



Desde (y por) Cuba — ayudando a remontar la caída de la Unión Soviética

Darel Avalus

**DESDE (Y POR) CUBA — AYUDANDO A
REMONTAR LA CAÍDA DE LA UNIÓN SOVIÉTICA**

Darel Avalu

Resumen

Entre los trabajos acerca de la desaparición de la Unión Soviética a los que tiene acceso el público promedio que se interese en Cuba por este tema, tras muchos artículos insulsos, subjetivistas, tibios, maniqueos, tímidos, parcializados, academicistas, descontextualizados, reductivos y oportunistas, y —muy pocos— parcialmente acertados, apareció el magnífico trabajo de Joaquín Sagaseta y Arturo Borges “**Socialismo y burocracia — La Revolución Usurpada**”, publicado en *Rebelión* por primera vez en la edición del 9 de noviembre del 2004 y en una versión revisada y ampliada en la edición del 13 de octubre del 2006, en el que con toda objetividad, profundidad y respeto, los autores analizan **cómo** sobrevino en la Unión Soviética el momento en que “los de arriba no quisieron gobernar como antes”.

En alguna literatura de diferente valor pueden encontrarse reflexiones en torno a las siguientes dos interrogantes, asociadas a los mismos eventos: a) ¿por qué sobrevino ese momento?; b) ¿cómo “los de arriba” pudieron revertir tan fácilmente el alud de procesos sociales que desencadenó la Revolución de Octubre? Peor suerte ha corrido un tercer asunto, quizás el más inquietante de todos, a saber: c) ¿por qué los soviéticos no defendieron su sistema?, o sea, ¿por qué “los de abajo tampoco quisieron vivir como antes”? y ¿cómo llegaron a esa desafección?

Al mismo tiempo, cualquier análisis de aquellos acontecimientos resulta infecundo y baldío si se limita a la realidad que lo motiva y se presenta sin vincularlo con los hechos de nuestros días. En otras palabras, los sucesos de la Unión Soviética (a los que se dedica esta primera parte del texto), por dolorosos que resulten, no han sido vanos si de ellos se obtienen: 1) generalizaciones enriquecedoras de la teoría que demuestren que aquella debacle no descalifica al socialismo ni prueba su inviabilidad (si “prueban” otra cosa, los eternos inconformes no tendremos más remedio que seguir buscando); 2) experiencias útiles para las luchas de hoy, especialmente aplicables a la realidad de la Cuba actual. La segunda parte abordará los temas asociados a estas experiencias y peculiaridades de Cuba.

Animado por tales inquietudes, en esta primera parte, el escritor del presente trabajo expone, en los acápites primero (El Menor De Dos Males) y segundo (Sálvese Quien Pueda), la visión que tuvo de la debacle soviética la sociedad cubana de entonces y su impacto político en ella, respectivamente. El tercer acápite (Dilucidando el Contradictorio Fin de un Infeliz Comienzo) describe algunas de las explicaciones que se han dado en torno a estos hechos, a fin de resaltar debidamente el valor de las conclusiones a que permiten arribar las tesis que aparecen en el trabajo mencionado de Joaquín Sagaseta y Arturo Borges. El cuarto acápite (El Proyecto Abortado de Socialismo) desestima los “argumentos” más frecuentes que se esgrimen para explicar las interrogantes a), b) y c) mencionadas anteriormente. El quinto acápite (El Proyecto Prometido) es una introducción a las explicaciones mismas a esas interrogantes, en la que se ventila el brusco cambio que sufrió el escenario mundial con el advenimiento de la fase imperialista del capitalismo, respecto al cuadro clásico de circunstancias descritas por las teorías marxistas y generadoras de la propia Revolución de Octubre, en calidad de solución. El sexto acápite (La Soñada Aventura Soviética) recoge en siete momentos (La Escena del Nacionalismo; La Herencia Civilizadora Europea del Siglo XIX; Los Protagonistas; Lenin; Asalto al Cielo; Perestroika, Glasnost y Caída; El Paradigma Perdido) las respuestas del autor acerca de las causas que condujeron a la burocracia a desear reproducir su situación de dominio social de manera automática (sistémica) y, sobre todo, las que explican la permisividad de los soviéticos hacia esos hechos. En el séptimo acápite (El Mamut con Pies de Barro), haciendo las generalizaciones pertinentes que actualicen su utilidad, y en busca de las circunstancias favorables que utilizó la burocracia soviética para revertir el proceso desencadenado por el Gran Octubre, se considera el problema que enfrentó la dirección de la Revolución de Octubre referente a la arquitectura funcional (política y económica) del estado, los límites de las estructuras (alcance y profundidad de su influencia) correspondientes a la arquitectura de referencia y las formas de propiedad sobre los medios de producción. Para comprender las causas que condujeron a la desafección de las masas por el régimen y que desarmaron y finalmente doblegaron a la dirección soviética propiciadora de la debacle, en el octavo acápite (La Seducción del Capitalismo y las Fuerzas del Mal) se exponen algunas de las características más generales de la ideología dominante en el mundo actual y sus mecanismos de acción, omitidos por los ideólogos del socialismo irreal.

El autor no desea en lo más mínimo que sus asertos sean ciertos o considerados en tal calidad. Desea vehementemente que propicien discusiones.

Introito

Alguna vez escuché la siguiente anécdota de talante verosímil: tras leer su famoso “**Informe Secreto a los Delegados al XX Congreso del PCUS**”, ya en sesión destinada a su discusión, Nikita Serguéyevich Khruchóv dio a conocer al plenario una nota anónima en la que un delegado preguntaba por qué el propio Secretario General del PCUS, redactor del discurso leído, en virtud de las potestades que le ofrecían los cargos que antes ocupaba bajo Stalin, no se opuso, en el momento de su ocurrencia, a los hechos terribles que ahora relataba. “Actué —cuentan que respondió el socarrón y espontáneo dirigente—, impulsado por el mismo criterio que justifica el anonimato de esta nota”...

Hay que hablar de la Unión Soviética. Las fuerzas progresistas tienen que retornar una y otra vez a este tema para entender qué pasó y poder consecuentemente prevenirse de dar pasos falsos en el futuro, pero —sobre todo— para impedir poner en riesgo la experiencia socialista cubana: demasiado grandes son los peligros que la acechan desde el exterior y —en medida no despreciable— desde el interior, y demasiado valiosa es su contribución al mundo del mañana como para permitir su deformación o su muerte. Todo el que piense tiene el deber de hacerlo, esto es: **todos**.

El siguiente texto persigue pues aportar, en lo que valga, el pequeño esfuerzo individual de su hacedor como miembro de un coro, bastante invisible todavía, de “horizontales” que no hesitan implicarse ni requieren a cada paso la sujeción a árbitros morales ni su aquiescencia justificativa, para ayudar a otros a plantearse, mejor que responder, algunas interrogantes cuya utilidad y necesidad de elucidación diríanse evidentes en nuestra época, tales como son las relacionadas con el triunfo del socialismo, su factibilidad y construcción, sus deformaciones más comunes, la caída de su versión irreal en la región central euroasiática, su vigencia en algunos países y el grado de existencia en estos, sus posibilidades de permanencia y —más relevante— de prevalencia ante el capitalismo.

Las reflexiones aquí publicadas testimonian la visión de una persona ordinaria, aunque parcializada, que no ostenta cargo, filiación formal partidista, ni responsabilidad social alguna, salvo la que corresponda a su condición de padre de familia y ciudadano cubano de inicios del siglo XXI, en la convicción de que donde florecen respuestas competentes, desaparecen las preguntas baladías: harto clara y cruelmente ha quedado demostrado que el socialismo o es un régimen que se erige conscientemente con la participación consensuada de todos o no es, puesto que la simple emotividad, por voluble, no sustituye la incorporación pensada ni la convoca a plenitud. Definitivamente, no es la verdad coto privado, ni su búsqueda, pericia restringida a blasonados.

Por consiguiente, el escribiente de esta líneas —ferviente opositor a la alusión a autoridades como medio de sustentación de los asertos emitidos o corroboración de su veracidad, argucia interpretable siempre como intento sutil de manipulación mental— aposta evita en lo posible las citas y la referencia a estudios enjundiosos, no por vacua jactancia ni desdoro, sino para no desvalorar, siquiera de soslayo, la sagacidad incompañable de los lectores ante el peso histórico de los emisores de las ideas acreditadas de célebres y de los creadores de documentos programáticos, todo lo cual no significa, desde luego, que los lectores avezados no encuentren, prácticamente en cada línea, argumentaciones ya felizmente formuladas. Idénticos razonamientos imponen al expositor aludir respetuosamente a realidades concretas del presente, sin mencionarlas directamente, siempre que sea evitable (salvo que se trate de Cuba, en virtud de la atribución que le confiere su calidad de testigo compartidor de esa realidad), en la comprensión de que es sobradamente difícil, si no imposible, juzgar una conducta política específica careciendo de todos los elementos de discernimiento requeridos, o una vasta mayoría de ellos.

Resta pues a cada quien hacer su contribución, sin consideraciones cuantitativas de su círculo de influencia, de forma **responsable**, es decir, **estando en capacidad de responder por ella**.

El Menor De Dos Males

[...] El omnímoto derecho de dicha sociedad se llama democracia; esta se define, pues, como aquella asociación general de hombres que posea colegialmente el supremo derecho a todo lo que puede. De donde se sigue que su omnipotencia no está sometida a ninguna ley, sino que cada quien debe de obedecerla sin excepciones, ya que todos, en efecto, tuvieron que hacer, tácita o expresamente, este pacto de sumisión irrestricta, cuando le transfirieron a ella su poder de defenderse, como parte de la totalidad de sus derechos. Porque, si quisieran conservar algo para sí, debieran de haber previsto cómo podrían defenderlo con seguridad, pero, como no lo hicieron ni podían haberlo hecho sin dividir y, por ende, destruir la potestad suprema, se sometieron completamente, *ipso facto*, al arbitrio de la suprema autoridad. Puesto que lo han hecho incondicionalmente (ya fuera, como hemos dicho porque la necesidad les obligó o porque su sano juicio se los aconsejó), se sigue que están forzados a cumplir sin exclusiones cualesquiera órdenes de la máxima jurisdicción, por más absurdas que sean, a menos que quieran ser enemigos del Estado, y obrar contra la evidencia que les aconseja defenderlo fehacientemente, porque la cordura les conmina a cumplir dichas órdenes, a fin de que elijan de dos males el menor.

Baruch Spinoza
(1632-1677)
Tractatus Theologico-Politicus
(1670)

Mucho se ha escrito concerniente a los acontecimientos que condujeron al colapso de la extinta Unión Soviética. (A pesar del tiempo transcurrido, quienes comprendemos el significado exacto de ese trágico proceso de involución social —sea por haber sido testigos directos, históricos o presenciales; sea por empatía emocional o cognitiva; o por cualesquiera otros motivos—, escribimos el adjetivo “extinta” agobiados hasta el dolor, aun si admitimos que —dado el grado de descomposición multifactorial y poliédrico que, en el instante oficial de la proclamación de su deceso, presentaba aquel modelo— la prolongación necesariamente artificial del aspecto prototípico de su existencia, no podría sino redundar perjudicialmente a la larga sobre el movimiento comunista internacional: poca utilidad se encuentra en la acción ilusoria del cadáver de un estado policíaco, mal llamado socialista para entonces, y ninguna herencia útil en él, exceptuando la que se extraiga del legado histórico que aporten sus defectos y confusiones.)

¿Cómo es posible —nos preguntamos—, que aquellos titanes, o sus hijos y herederos, que se atrevieron a desafiar la historia toda y el poder de zar, iglesia y capital, para fundar, por vez primera en esta Tierra, no una sociedad indeliberada e irreflexiva, de esas en que prima la razón de la fuerza y no la fuerza de la razón, como ha ocurrido desde siempre, sino una de fines cuidadosamente diseñados y alentados con pasión y confianza, se doblegaran, ladinos y temerosos, para demoler, solícitos, contritos y hasta gozosos, el fruto colectivo y primoroso de tres generaciones? Cuando los expropiadores del futuro, ataviados petulantemente de reparadores decididos de entuertos pasados, comenzaron su liquidadora liberación de iniquidades y de fantasmas de artificio insuflados de miedo, ¿dónde estaban los defensores irreductibles de sueños que opusieron sin vacilación sus pechos al fascismo, aquellos que arrancaron literalmente de entrañas, poquedades y penurias el saber y el empuje requeridos para llevar mujeres y hombres allende la estratosfera?...

Allí, seguramente allí languidecían, en las multilingües extensiones soviéticas: incautados, desprovistos, desalentados y exhaustos; confundiendo una vez más

- disciplina y obediencia,
- ambiciones y aspiraciones,
- ajetreo burocrático y laboriosidad,
- propaganda y pensamiento,
- totalitarismo y vocación,
- indigencia y pobreza,
- dogma y teoría,
- corrupción y entrega a la causa,

- ética y moral,
- autoritarismo y consenso,
- pedantería y gloria,
- progreso social y desarrollo tecnológico,
- científicidad y proselitismo,
- reiteración de citas y fértil reflexión,
- consumismo y bienestar,
- fe y argumentos,
- democracia y unanimismo,
- incondicionalidad y abnegación,
- crítica y sabotaje,
- religión y misticismo,
- multinacionalidad y avasallamiento,
- partidismo y reverencias,
- exceso y abundancia,
- paz y conformismo,
- indiferencia y respeto,
- cobardía y patriotismo,
- lealtad y servilismo;

eligiendo en sociedad, todos a una, el acatamiento vertical y dócil —en supuesta calidad de mal menor—, para terminar despeñando, quizás también heroicamente, la leyenda de su propia irrepetible heroicidad, en una pésima sátira de virtualidad occidentalizante y falso modernismo futurista... Abatidas, fatigadas, dispersas, quedaron sobre esas tierras, a partir de entonces “exsoviéticas”, en un pasado irrecuperable, millones de toneladas de papel editadas y leídas inútilmente, decenas de millones de horas/individuos de infructuosas marchas tumultuarias, centenares de millones de decibeles de vocinglería propagandística estúpidamente emitidos, miles de millones de apologéticas tesis, tendenciosas ponencias, insulsos trabajos referenciales, reiterativas defensas de diplomas; millones de millones de frívolos vítores atronadores, idiotizantes juramentos compulsivos, complacientes aplausos de ocasión, fervorosas lágrimas comprometidas... Es una pena: al menos la Comuna de París evoca duelo, despierta comprensión, convoca encomios; el derrumbamiento del “Socialismo Irreal” de Europa del Este y Asia del Oeste, solo anatemas, perplejidad y suspicacias.

Sin embargo, los que comprendemos a cabalidad la inviabilidad de las “soluciones” capitalistas para los problemas terrenales, a causa de la discordancia insoluble entre los propósitos de este sistema social, sus modos y medios de lograrlos, respecto de la íntima esencia humana; los que contemplamos espeluznados cómo un puñado de necios acaudalados, aupados por infundadas creencias místicas y pseudo verdades edulcorantes de la realidad empujan de la manera más egoísta imaginable el paciente “trabajo” realizado por la naturaleza durante disímiles y extensas eras cosmológicas (incluyendo la aparición de la vida y la subsiguiente evolución biológica) hacia el exterminio y el agotamiento, en aras de satisfacer vanidades intrascendentes y dudosas necesidades existenciales; quienes creemos en la posibilidad de que la inteligencia de nuestra orgullosa especie se yerga sobre el derrotero espontáneo de las relaciones jerarquizadas que impone el mercado a personas y naciones, nos oponemos con el súmmun de nuestro vigor a admitir que el socialismo, en el mejor de los casos, se empequeñezca (¡hasta para algunos autotitulados “de izquierda”!) a “La Utopía”. (“¡Habría sido bello!”, parecen decir abatidos, antes de rendirse finalmente con un lapidario: “Es una lástima que sea impracticable.”)

Mucho se ha escrito acerca de todo esto, mas resulta totalmente insuficiente, dada la urgencia de insuflar decisiva vitalidad a las corrientes progresistas de la humanidad ante el reto cierto de auto aniquilación que ella enfrenta, y alentar a las nuevas generaciones hasta conseguir su incorporación a la lucha, para que se opongan fervientemente a las maquinaciones imperiales de la mundialización burguesa y, a la postre, los detengan.

Esto es cierto especialmente para Cuba, no solo por ser este el país que, como es conocido (aunque no suficientemente reconocido, tanto menos divulgado sin aberraciones lejos de sus fronteras), en medio de un asedio atroz e incesante, acentuadamente en los planos ideológico y económico, por parte del imperialismo y las **verdaderas potencias del mal y del oscurantismo**, se mantiene en la vanguardia de la práctica socialista mundial, sino porque la relación de su población con la Unión Soviética ha sido *sui géneris* en todos los sentidos: después que una gran parte de los cubanos, pertinaces sandungueros —nada esclavos— por estirpe y propensión, experimentaran en sí mismos la nobleza, prodigalidad y desprendimiento del sufrido y sencillo pueblo soviético, compartiendo incluso humano amor, sudores y vivencias cotidianas; después que todo el país y su Revolución fueran testigos del poder, la pujanza comprometida y la solidaridad militante de aquel estado; tras ser testigos totales de las copiosas cantidades de medallas, halagos, diplomas, lisonjas, elogios, loas, alabanzas y diversas condecoraciones intercambiadas bidireccionalmente entre las más conspicuas personalidades y representantes de ambas repúblicas; después —en fin— de haber visto criminalizadas en su código penal las críticas dirigidas por los ciudadanos particulares de Cuba a aquella nación (y —en el más benigno de los casos— de ser algunos de ellos legalmente advertidos y declarados por esta figura delictiva como “individuos proclives al delito”), y refrendados constitucionalmente los lazos dizque “eternos e indisolubles” entre ambos países, parecería tan festinado —más que insuficiente— atribuir las causas del dramático “desmerengamiento” de la experiencia histórica soviética a errores exclusivos de los dirigentes de aquel proceso (en particular a los sujetos políticos relacionados con su última etapa de glasnost y perestroika), o a factores exógenos al socialismo, como a insuficiencias raigales de este sistema en tanto proyecto social, sin que todos quienes lo deseen puedan participar activamente en las búsquedas, análisis y exposición de las explicaciones pertinentes, porque salvar el socialismo no es para la humanidad simple alternativa: es, en verdad, equivalente a sobrevivencia.

No hay solución para problemas ignorados o mal conocidos, ni recibe solución correcta el que sea mal planteado.

Basta, entonces, de lamentos: es la hora de la introspección viva y de la obra meditada.

Sálvese Quien Pueda

El desplome de la Rusia Soviética y del socialismo irreal semi impuesto por ella en la zona central de Eurasia, provocó en las huestes de la izquierda y en sus simpatizantes (residieran o no dentro de las fronteras de los países supervivientes del para entonces fenecido “bloque socialista”), amén del comprensible asombro inicial o suspicacia (según fuere el grado de conocimiento de la realidad soviética en posesión del sujeto de referencia), una ola de rechazo de sus principales axiomas en forma *acrítica*¹, un repudio inmoderado de los medios usados en su implementación, y una desilusión generalizada respecto a sus fines. A todo lo anterior habría que añadir que los enemigos del socialismo, y sus malos conocedores, consideraron propicia la ocasión para adjudicar a este sistema “postulados rectores”, “medios instrumentales” y “fines perseguidos” abiertamente espurios, no ya en el cuerpo teórico de sus principales pensadores, sino en la praxis misma seguida hasta entonces.

Así, en la mente de los implicados e interesados colaterales, fueran o no conscientes de ello, surgían preguntas (entre otros muchos temas, variaciones y matices) relativas a:

- la dirección geográfica principal que han seguido los movimientos migratorios durante el transcurso de la última centuria;
- virtudes de los paradigmas sociales vigentes y su grado implícito de asequibilidad;
- universalidad de los modelos de vida y existencia impuestos o alcanzados por la humanidad en su progresión;
- sistemas axiológicos aceptados en nuestra época y su utilidad en el esclarecimiento del sentido de la vida humana y, en particular, valor del principio, resumido como *carpe diem*, en la conducta cotidiana del individuo;
- relación individuo/ciudadano en diversas formaciones económico-sociales;
- importancia de la crítica social activa y su promoción efectiva, mediante una política informativa definida, que incluya el análisis de la necesidad de sistemas confiables, expeditos, transparentes y democráticos de información, y de acceso irrestricto a datos de interés ciudadano;
- las jerarquizaciones sociales y los elementos sobre las que se erigen;
- el papel de las personalidades en la historia, la idolatría social como elemento coercitivo de la conducta grupal de ciudadanos y estabilidad de la validez (plazo de vigencia) de este recurso;
- trabajo ideológico, mejoramiento interior humano y manipulación social;
- mecanismos de selección y promoción de cuadros...

De esta manera, para una gran parte de la población mundial y para los ciudadanos de los estados sobrevivientes del recién auto implosionado régimen, o sea, los no pertenecientes al “bloque socialista europeo”, se hizo bruscamente evidente que:

- podrían ser ciertas las sólidas sospechas, anidadas en sus mentes desde mucho antes de la ocurrencia de los hechos ahora narrados, de que, en un planeta dominado por las potencias capitalistas, el socialismo, mediante la simple apropiación de los medios de producción por parte del estado y la distribución centralizada de los bienes producidos, no conducía **automáticamente** ni a la solución de los problemas de la pobreza ni a la liberación de los surtidores de riquezas prometidos para satisfacer las “necesidades materiales siempre crecientes de hombres y mujeres”;
- que el socialismo no es irreversible, y que la muy publicitada inexorabilidad de las leyes históricas es un mito sin el quehacer decidido de los sujetos sociales interesados en el cumplimiento cabal de dichas leyes;

¹ Utilizo deliberadamente un calificativo que todos comprendemos, aun si no goza del reconocimiento oficial de la RAE, como haré con “epocal” y con “cosmovisivo”, entendido este último como adjetivo de “cosmovisión”, traducción aceptada en filosofía del término alemán *Weltanschauung* y del término ruso *мировоззрение*, de acuerdo con la interpretación que reciben en estas lenguas de “imagen o visión global (total, unitaria, sistémica) del mundo (universo)”.

- que la mayor parte del proletariado de los países socialistas, reputado durante mucho tiempo como “sujeto histórico principal y protagonista del mañana”, viéndose involuntariamente convertido en cándido portador de la imagen especular de la *ideología de la clase dominante*, había hecho la revolución **no con el fin de eliminar la explotación del hombre por el hombre, sino con el de heredar ellos mismos el modo de vida de las clases explotadoras**;
- que la invariable unanimidad pública exhibida como “irrefutable indicativo de la indisoluble unidad interna del pueblo y su dirección partidista” no revelaba obligatoriamente los deseos más vehementes de sus gestores;
- que los prohombres tantas veces vitoreados y multicondecorados de los buroes políticos comunistas podían ser víctimas de vulgares apetencias mundanales, y vivir enajenados respecto a la realidad cotidiana y a las más pedestres y perentorias necesidades de sus pueblos;
- que las banderas del internacionalismo proletario podrían esconder velados intereses imperiales;
- que, fuera del férreo control estatal, la conducta cotidiana del “hombre nuevo socialista”, educado con esmero durante más de cuatro décadas (contando desde el fin de la segunda gran conflagración bélica llamada mundial), podía revelarse agudamente filonazi (hasta el límite de verle consiguiendo engrosar sin remordimientos la membresía de los partidos y agrupaciones de esta antihumana tendencia política), o superficial, despolitizada, pacotillera y frívola en relación al oropel del desarrollo tecnológico burgués;
- que los miembros menos afortunados de las sociedades contemporáneas no han sido capaces de superar las malintencionadas divisiones nacionales exacerbadas por la burguesía mundial, dando por resultado la supremacía de los sentimientos nacionalistas de inclusión sobre los equivalentes clasistas;
- que el cacareado monolitismo de los partidos comunistas hermanos fue conseguido a costa de la incautación de todo poder político, hasta el más nimio, de toda la voluntad política propia, de toda la cultura política sin dejar un rescoldo remanente u olvidado, de todo el pensamiento político lúcido, y de todos los criterios políticos sólidos de los ciudadanos de los pueblos en que se había alcanzado, hasta tornarlos, de tal suerte, en marionetas incapaces de oponerse a los designios retrógrados que se veían conminados a aceptar como “perfeccionamiento del socialismo”...

Ante los ojos anonadados de mis congéneres tropicales se desvelaba una historia siniestra de la gran Unión Soviética; una historia bajo cuyas luces el ilustre país aparecía con un ropaje más cercano al de un señorío feudal ilustrado que al de un protoestado del futuro; una historia plagada de intrigas palaciegas, crímenes políticos, perversidades y bajezas; una historia en concordancia con la cual fue justamente la URSS, y no la Alemania fascista, el primer país de Europa en emplear, en ese continente, campos de concentración para prisioneros en el siglo XX, después que el protervo general español Weyler durante la Guerra de Independencia de Cuba de 1895 ideara semejante proceder para con los campesinos cubanos bajo la infamante estrategia denominada “Reconcentración”; una historia en la que se revelaba como “necesario a la causa” el fusilamiento en pleno ante los muros del Kremlin (menos dos de sus miembros, que no asistieron a la reunión citada por Stalin, por estar enfermo y preso en Varsovia, respectivamente) del Comité Central del Partido Comunista Polaco de preguerra que había manifestado oposición al Tratado Molotov-Ribbentrop de 1939...

Desde estas cálidas costas caribeñas contemplábamos estupefactos cómo eran rematadas colosales instalaciones productivas e ingentes yacimientos de recursos naturales a precios irrisorios entre los antiguos *apparatchiki* y miembros de la *nomenklatura* de los partidos comunistas hermanos y sus más cercanos acólitos, tornándose así, en el curso de escasas horas, en boyantes empresarios capitalistas, aprovechadores de mano de obra barata, y cómo una parte de los entregados y fieles ex-agentes de la KGB, sintiéndose injustamente desplazados por haber sido declarados innecesarios bajo las nuevas

condiciones y estando en posesión de información suficiente acerca de los nuevos amos, de los contactos imprescindibles en los bajos fondos, de abundante arsenal armamentístico, y del conocimiento del *modus operandi* requerido para la ocasión, decidieron sustituir graciosamente la dirección del hampa vernácula, engrosar su recua, y convertirla en una poderosa y decisiva fuerza con representatividad a escala mundial, a fin de repartirse el espléndido botín del país que antes defendieran, mediante la recreación, potenciación y explotación de una floreciente economía subterránea.

Había comenzado un gigantesco y grotesco “Efecto Dominó”, en el que las piezas desequilibradas eran naciones íntegras, con sus historias heroicas y terribles, con sus empeños y esperanzas. Tras el desplome de cada nueva ficha, la reacción mundial esperaba impaciente el turno de esta isla rebelde, y, ante la terquedad insular, las filas progresistas externas se asombraban, dudaban, se alegraban, en tanto las internas se debatían entre dubitaciones, compases de espera, devociones, defecciones y probidades.

Desafortunadamente, cabe reconocer, sin especial regocijo, que ese aluvión de inquietudes, de acuerdo con mi modesta percepción, fueron ventiladas las más de las veces puntualmente (esto es, descontextualizadas, sin historicidad), en la cálida paz de hogares inconexos, circunstancias ambas que favorecen el empobrecimiento de los resultados de cualesquiera reflexiones, lo que puede haber inducido a algunas personas a tomar decisiones con frivolidad, irreversiblemente redundantes en su propio perjuicio, puesto que —a despecho de la ligera opinión que ocasionalmente parecen sustentar los funcionarios de todo tipo— las apreciaciones y reflexiones (siempre sesgadas) de los representantes oficiales del poder político jamás sustituirán el juicio que cada quien deduzca y califique de “propio”, independientemente de la ascendencia y relevancia del expositor de la “línea de pensamiento oficial” de que se trate.

Sin embargo, en descargo de conductas que ahora podrían parecer timoratas, empecinadas o rígidamente descalificadoras de indagaciones, vale subrayar que tal cauta aproximación impide ciertamente la difusión, por canales “partidistas y gubernamentales”, de conclusiones erróneas o apresuradas, y la diseminación de dudas y derrotismo: en Cuba, considerando las voracidad imperial de su poderosísimo vecino —fácilmente visible a quienes se acerquen desprejuiciadamente al estudio de la historia del archipiélago caribeño—, hay que saber pensar rápido (afirmación que en modo alguno acicala la punición de la lentitud de pensamiento, dondequiera que haya existido). En esta “ínsula absoluta”, no se puede “jugar a la política”, porque “el mal mayor” apunta únicamente a la virtual eliminación de la nacionalidad. Así que, sin dejar de enfrentar incesantemente retos crecientes, en medio de desercciones imprevisibles y lealtades inesperadas, ha habido siempre que actuar.

Dilucidando el Contradictorio Fin de un Infeliz Comienzo

Parecería que, poco a poco, los minuciosos análisis, de intencionalidad contrapuesta, a que ha sido sometida la debacle de la experiencia histórica soviética han abandonado la tendencia inicial al regodeo en lo ocurrido y la magnificación de sus defectos, hasta llegar a descarnar los orígenes reales de ese catastrófico evento.

En las condiciones actuales, cuando lo que está en riesgo no es otra cosa que la supervivencia de la especie humana, es imposible minimizar la importancia de tales intentos: si pretendemos que exista un mañana, nuestro proyecto de futuro común tiene que ser encarado con ayuda de la razón, y construido en cooperación, sinérgicamente, de manera concertada. Por tal razón, el capitalismo competitivo, tanto más su fase imperialista neoliberal, tiene que ser definitivamente barrido cuanto antes.

Sin embargo, entre esos recuentos existen todavía enfoques que parecen merecer el calificativo de insuficientes o reduccionistas.

Por una parte el lector recibe frecuentemente la impresión de que los textos de los escritores de derecha (incluso los de algunos analistas que podrían ser catalogados como representantes de una “derecha realista”, “derecha moderada” o “derecha productiva”) intentan permanentemente demostrar que, aun reconociendo la seducción que ejercen los postulados básicos del sistema socialista sobre las grandes masas (hecho este que explicaría el triunfo de las numerosas revoluciones y proyectos socialistas del siglo pasado), el fracaso del socialismo en Eurasia Central se debe, muy *grosso modo*, a una de las siguientes razones, o a una mezcla de todas ellas:

1) Insuficiencias insolubles de sus presupuestos económicos: el socialismo acarrea el fracaso de la economía del país de que se trate, porque la planificación centralizada y la abolición de la propiedad privada sobre los medios de producción, sin eliminar la enajenación de los trabajadores ni horizontalizar la dirección de los procesos productivos, anula la competencia y conduce al desconocimiento de las leyes más elementales del mercado, lo cual a la postre desorganiza la producción (muy bruscamente, además), desestimula a los productores, provoca el decrecimiento de la productividad, relaja la disciplina laboral, enrarece los productos, incrementa la escasez, empobrece el espíritu creador e investigativo en las ramas directamente vinculadas a la producción de bienes y servicios, coarta hasta su ahogamiento la esfera de los servicios, anula el mercado organizado, potencia la actividad y alcance del mercado negro y de la economía subterránea, propicia la corrupción de funcionarios, y un largo etcétera.

2) Limitaciones de su instrumentación política: el socialismo no está en condiciones de superar la necesidad de la desnuda dictadura (sea o no del proletariado) para su subsistencia, razón por la cual, a este sistema le es inherente el rechazo de los derechos políticos (burgueses, cabría agregar) de los seres humanos que aparecen en la Carta de los Derechos Humanos, todo lo cual desemboca en la creación de estados con sustentación forzada, caracterizados por el monopartidismo; la universalización del precepto de supeditación ética de los medios a la evaluación social de los fines; la verticalización de la dirección política de la sociedad; la generalización de la vigilancia y la delación entre la ciudadanía; la prohibición o censura de la crítica social y la suspensión de su difusión; el intento de sustituir todas las variantes de discriminación a que se ven sometidos los seres humanos en las diferentes sociedades (racial, de género, de preferencias sexuales, generacional, cultural, de salud, social, laboral, física, psíquica, etc.) por la sola discriminación ética, sin que las anteriores sean definitivamente eliminadas; la pérdida de virtudes cívico-religiosas propias de la herencia cultural humana y —en particular— correspondientes al *Canon Occidental* (la decencia, la honradez, la urbanidad, la honestidad, la bondad, la fuerza unificadora de la familia y el *pater potestas*, etc.) o su devaluación ante otras políticamente convenientes y ocasionalmente emergentes (grado de entrega a los fines de la clase, intransigencia ante el enemigo, supeditación de los intereses

personales a los sociales, espíritu crítico y autocrítico, incondicionalidad a la causa y a sus líderes, etc.); la visión apologética que presentan los *mass media* respecto a la realidad del país de referencia; las conductas sociales ambivalentes o caracterizadas por la doblez moral de sus portadores y exponentes; la idolatría a los dirigentes, y un nuevo larguísimo etcétera.

No hay que pensar demasiado para comprender que la desigualdad esencial de los seres humanos es el axioma que sirve de sustrato a los vacíos económicos que atribuye al socialismo la “derecha prudente”, en tanto que las lagunas políticas que ella le adjudica se sustentan, contradictoriamente, en la igualdad esencial de esos mismos seres humanos.

La “derecha realista” ofrece una tercera colección de “explicaciones positivas”, basadas generalmente en la suposición de la pobreza que ella alega encontrar en el cuerpo teórico justificativo del socialismo, debido a la falta en él de reflexiones verdaderamente “positivas”. De acuerdo con esta línea argumental, el marxismo (tanto menos el leninismo) no es una doctrina dialéctica en permanente desarrollo, no es una filosofía, no es una teoría económica, no es un proyecto de construcción social viable, no es un instrumento ideológico: el marxismo, clasificado por estos “analistas” como sistema conceptual básicamente cosmovisivo y fácticamente utópico, es así reducido a poco más que el lamento comprensible de un hombre noble y sus adeptos, ante el hecho de que la realidad social es tal cual es, como ha sido invariablemente refrendado por la historia: esta realidad social es posiblemente injusta (en concordancia con ciertos cánones —tal vez ideales o ficticios—, o con determinada construcción del lenguaje sociológico), y no hay nada que hacer al respecto, salvo acomodarse lo mejor posible a ella, puesto que esta “conducta de sobrevivencia” es la única “inteligente”. Para estos pensadores, el marxismo es a las ciencias sociales el equivalente de las antinomias para las matemáticas: son irresolubles para el nivel del lenguaje en que se generan, pero deben de ser olímpicamente ignoradas, porque las matemáticas siguen siendo útiles.

Cada una de estas tendencias explicativas de la “derecha realista” referidas a los acontecimientos asociados a la caída del socialismo irreal, llevan por diversos cauces (bastante previsibles, por demás) a la descripción de deformidades sociales de mayor alcance, las que resultan —por esta vía— “inevitables”. Entre estos se mencionan el empobrecimiento de la producción artística y literaria observado en los países socialistas en relación con su contraparte “capitalista”, la visión excesivamente polarizada de la realidad científica, el estudio de la historia humana a través del desmesuradamente estrecho prisma clasista, una conducta política irreal por ajustarse permanentemente a los rieles que supone la observación invariable del partidismo, todo lo cual serviría de fundamento a la adopción de comportamientos erróneos ante acaecimientos tan disímiles como la intolerancia al homosexualismo; la incomodidad oficialista ante las modas y otras frivolidades; la negación de la teoría moderna de la herencia; la politización de los eventos deportivos y la subsiguiente implantación de un programa oficial de dopaje de los atletas; la estructuración de una igualdad social de géneros de acuerdo al principio de “igualdad al macho en actividades laborales” (esto es, las mujeres son tanto más iguales a los hombres mientras más exitosamente realicen las labores históricamente atribuidos a estos) y no según el “desempeño de roles”; la impugnación de la **existencia objetiva del universo subjetivo humano**; la invalidación a ultranza de las dimensiones aportadas por el existencialismo al enfoque del “problema humano”; la desconfianza ante las técnicas computacionales; el rechazo de los estudios de las ciencias occidentales en el campo de la psicología, la axiología y la sociología (entre otros); la desautorización de cualquier mínimo disenso del dogma “soviético” en las ciencias sociales y humanísticas; la interpretación de la invasión soviética a Checoslovaquia en 1968 como expresión de internacionalismo proletario; la adopción del realismo socialista como patrón estético y el rechazo del abstraccionismo, el desnudo humano, el simbolismo, el surrealismo y de otras corrientes del arte “decadente” del Occidente capitalista, etcétera.

En lo que concierne a la “derecha improductiva” (también entendida como “ultraderecha”, “derecha no-realista”, y más frecuentemente, en nuestros días, como

“neoconservadores”, brevemente “neocons”), esta no se “molesta” en discurrir acerca de aquellos eventos: para los ideólogos de esta tendencia la hecatombe soviética no merece ser investigada, porque lo verdaderamente extraordinario es que haya existido alguna vez semejante experimento social.

Por lo que se ve, ninguna de estas “explicaciones” (aun cuando hayan sido hechas con el ánimo positivo de esclarecer una situación histórica relevante de nuestra contemporaneidad) sirven a las fuerzas comprometidas con el progreso social, porque la derecha, aceptando parcialmente como válida la peor aproximación dogmática de la cúpula dirigente en su tiempo de las ciencias sociológicas de la nomenclatura científica de la burocracia soviética, se detiene en elementos parciales, aunque interrelacionados, absolutizando mecánicamente, de tal suerte, la forma de edificación práctica del socialismo en un país y momento concreto del devenir humano, y la convierte, por una parte, en el contenido esencial del cuerpo teórico que fundamenta este sistema, y —por otra— en su única vía posible de realización. Así, sucesos aislados del sistema, sin que se demuestre su universalidad, condenan el todo.

En cuanto a los analistas de la izquierda, además de aquellos que subrepticamente —se me antoja— aceptan (o parecen hacerlo), de buena gana o con vergonzante prurito, total o parcialmente, algunas de las teorías de la “derecha productiva” (o todas ellas), recibe el lector insistentemente la impresión de que varios de sus trabajos se apoyan sobre una de las siguientes hipótesis:

1) En la Unión Soviética nunca se construyó el socialismo, sino una aberración burocrática y totalitaria de su interpretación stalinista, carente ella misma de asideros teóricos importantes, por lo que su implosión era inevitable. Se asegura entonces, que esta deformación, multicausal en última instancia, fue provocada, en primer lugar, por las características personales de Iósif Visariónovich Dzhughashvili (a. Stalin).

2) El socialismo construido en la Unión Soviética era excesivamente (si no exclusivamente) ruso y estaba demasiado atribuido de las peculiaridades de este tipo específico de esclavismo imperial, por lo que los motivos de su disolución hay que buscarlas en atributos de esta nación y de su desarrollo en el tiempo. A tenor con estas dilucidaciones se aducen a veces paralelismos entre diversos personajes de su historia, tales como la comparación entre Pedro el Grande y Stalin, quizás el más connotado.

Ambas tesis son, en primer lugar, demasiado estrechas. ¿Será posible que el destino de tamaño proceso histórico como el que desencadenó la Revolución de Octubre dependa de un individuo aislado? Esa conclusión resulta bastante increíble incluso para aquellos que no conozcan nada de “materialismo histórico y dialéctico”, “condiciones objetivas y subjetivas”, “relaciones de producción y fuerzas productivas”, y otras categorías similares... Sería como aceptar que después de la gran conflagración bélica europea de inicios del siglo XX, llamada Primera Guerra Mundial, no fueron las condiciones históricas objetivas las que condujeron a Alemania al fascismo (sin aceptar los fatalismos históricos de “un solo camino posible”), sino la voluntad e inteligencia de un solo hombre: Adolfo Hitler.

No obstante, para no pecar de ingenuidad política, vale quizás aclarar que después de la copiosa cantidad de literatura idiotizante, filmes manipuladores, propaganda alienante y “arte sesgado” de la ideología dominante que la población mundial ha recibido por siglos, donde todos los eventos dependen de Aquiles, algún Profeta (que no mencionaré por respeto a los creyentes), Superman, Batman, Spiderman, Harry Potter, Power Rangers, y otros “héroes” similares, no es imposible hallar crédulos que admitan la leyenda de “**Stalin, el causante de todos los males**”, porque lo importante definitivamente no es si Superman vuela de verdad o no puede hacerlo, lo que cuenta en realidad es si las gentes creen que lo hace. Por otra parte, no falta razón a quienes alegan en defensa de estas ideas que hasta el momento, la dirección política de las sociedades ha conocido una sola forma de realización, la piramidal, independientemente del grado de estatización (que no socialización) de los medios de producción y de la distribución de las riquezas imperante en ellas. (A propósito del tipo descrito de grosero inductinamiento social, no es ocioso subrayar que a numerosos “ideólogos” del socialismo —desafortunadamente con suficiente poder en muchos casos

para aplicar sus teorías en la práctica— no se les ha ocurrido con frecuencia otro recurso para combatir a los “héroes” del capitalismo —tal vez actuando de buena fe— que el de generar los “héroes” socialistas y depositar en ellos poderes equivalentes, pero con el signo adecuado... Sin comentarios.)

Considerando esas circunstancias, lo más provechoso sería concentrarse no en las honduras peculiares de la personalidad de Stalin o en las manifestaciones sociales que ellas tuvieron, sino en las condiciones existentes (espontáneas o creadas) que permitieron la revelación de sus aspectos más dañinos, con tanta potencia —además— como para deformar, hasta finalmente anonadar, el proyecto socialista cuya edificación dirigía.

En segundo lugar, esta aproximación acepta de soslayo el impacto social diferenciado en función de la etnia (pueblos, razas, naciones, nacionalidades, etc.) de que se trate. Es cierto que cada pueblo posee características propias, adquiridas como resultado de su desarrollo histórico concreto ante situaciones específicas, algo que podría modular sus reacciones ante los eventos; lo que resulta categóricamente falso es que las respuestas condicionadas por esas “características propias” puedan ser sometidas a una jerarquización que llegue a ilegitimar alguna de ellas. Consecuentemente, esta plataforma es totalmente inaceptable, no solo por razones éticas, sino por su invalidez real, demostrable con ayuda de las propias ciencias positivas. Su admisión parecería el equivalente de un imprescindible (y misterioso) “pueblo elegido” para la construcción del socialismo. Si a semejante “nación del futuro” unimos el Mesías no-stalinista adecuado, tendremos un cuadro bastante completo de lo que estas conjeturas “místico-comunistas” representan... Diríase que ya hay demasiado de eso en otros ambientes.

Por lo demás, la plena aceptación de estos asertos deja sin explicar fenómenos negativos e insuficiencias relacionados con el triunfo, instauración y edificación del socialismo, el papel y relevancia de las personalidades en diversas latitudes geográficas y momentos de la historia, y las relaciones de culto hacia ellas, pero —más peligroso— focaliza la ocurrencia de las anomalías y singularidades negativas argüidas al socialismo a un único país: la Unión Soviética de Stalin. Es claro que semejante insuficiencia debilita la vigilancia de las fuerzas de la izquierda respecto a la aparición de alguna de esas irregularidades en otros contextos y acaecimientos sociales.

Otra importante vertiente de disquisiciones de la izquierda se concentra en el papel desempeñado por Mikhaíl Serguéyevich Gorbachov y su “banda de choque” (o “fuerza de tarea”) en lo acaecido.

Algunos analistas parten del supuesto de que en la Unión Soviética **NO** existían conflictos estructurales, sino dificultades circunstanciales propias de cualquier formación económico-social, especialmente si es nueva, tanto más en la etapa de su edificación dialéctica, en particular si lo hace en condiciones de prevalencia mundial (económica, ideológica, científica, tecnológica y militar) de su enemigo jurado, el imperialismo capitalista global, por lo que la actuación desarticulante de la última dirección soviética fue tendenciosa, premeditada, e —incluso— concertada con las potencias capitalistas enemigas. (Esta parece una variante de la “leyenda stalinista”: de acuerdo con esto, Gorbachov era una especie de “súper-agente 0001”). Un subconjunto de los politólogos adscritos a esta teoría resalta como decisiva en estos hechos la presión ejercida por las elites imperiales del momento, mientras que para el otro sector el factor principal que explica la muerte del sistema se encuentra en la catadura moral de los dirigentes soviéticos de entonces, y un tercero ve la explicación de todo en la acción conjunta de los dos elementos recién aducidos.

Una segunda parte de los pensadores interesados en el tema acepta que en la Unión Soviética **SÍ** existían problemas objetivos y subjetivos relacionados con la construcción del nuevo sistema, pero que ellos eran solubles, en el marco de la estructura ya alcanzada, con ayuda de las fuerzas con que podía contar la dirección soviética en ese momento, razón por la cual achacan la destrucción del sistema a la impericia de ese grupo rector en la conducción de los eventos que se desencadenaron en aquel país, aun si algunos de ellos actuaron estimulados por loables intenciones (otros, como el zar Yeltsin, es obvio que no lo

hicieron).

En estos momentos, se diría que el mayor interés de la discusión relativa a la validez de los resultados investigativos y de las especulaciones asociadas al desempeño de la última máxima dirección del estado soviético, se encuentra fundamentalmente en el campo de la historiografía y, consecuentemente, su utilidad como guía de acción inmediata es solo relativa, aunque sin dudas ilumina el espinoso tema de la elección de los cuadros dirigentes, del control efectivo de su actividad por parte de las mayorías, de la participación ciudadana horizontal y consciente en los asuntos políticos del estado socialista (no democracia multipartidista burguesa), de la transparencia de la gestión de la dirección política del estado, de los mecanismos de remoción expedita, etc..

Para otros pensadores, dada la gravedad de las anomalías acumuladas y las fuerzas y alcance en disposición de la burocracia, lo ocurrido era inevitable: Gorbachov no fue mas que un nombre, a lo más, desafortunado; el vehículo casual de las potencias en apariencia ciegas de la historia, para destruir un proceso que pudo ser —y fue ocasionalmente— genuinamente socialista, pero que devino en lo que llamaremos, para distinguirlo, “Proyecto Abortado”.

Es claro que para el movimiento comunista internacional, y en general para todas las fuerzas de izquierda y progresistas del planeta, las conclusiones de estos últimos pensadores son las más interesantes, puesto que les advierten en torno a un hecho de importancia no minimizable, a saber:

el mejor sistema de ideas del mundo, las más justas y adecuadas para cierto nivel de desarrollo de los principales sujetos históricos del momento, puede ser realizado desde un inicio (o deformado durante su implementación ulterior) de manera tan desafortunada, que no solo haga inviable esa realización a la larga, sino que podría provocar un fuerte, aunque injusto, rechazo generalizado al sistema de las fuerzas colaterales y presuntos aliados, y atrasar por esa vía su inevitable concreción histórica.

Tanto más juiciosos tenemos que ser todos ahora, porque, parafraseando a Einstein (“Si hubiera una Tercera Guerra Mundial con armas nucleares, la Cuarta sería con palos y piedras”), un nuevo fracaso del socialismo significaría un retroceso tal, que el sistema subsiguiente al “Gran Capitalismo Globalizado” será probablemente el que exijan para su “Comunidad Primitiva” los nuevos seres que surjan.

Somos muchos, sin embargo, los tozuda y hegelianamente convencidos de que la razón encontrará cauce adecuado para su realización. En aras de ofrecer entonces una modesta ayuda a su eventual factualización, vale la pena detenerse en las reflexiones correspondientes al “Proyecto Abortado” y ver qué se hizo tan mal que permitió la prevalencia de un sistema atroz sobre uno supuestamente superior.

El Proyecto Abortado de Socialismo

La Unión Soviética no existe ya, y ahora hay fuertes indicios que invitan a suponer que su caída era inevitable, posiblemente al momento de su ocurrencia o, a lo sumo, unos años más tarde.

¿Por qué?

Quienes aducen que la implosión soviética se debió a la “gran cantidad de crímenes monstruosos e injusticias cometidas” durante la época más negra del estalinismo, desconocen (o quieren hacerlo) que la historia humana está plagada de ejemplos de regímenes, gobiernos, cuerpos religiosos y otros sistemas de poder que se sostienen **gracias a** los crímenes monstruosos e injusticias que impunemente han cometido (¡y cometen!) sus cuerpos rectores y no **a pesar de** ellos. (Algunas elites, ladinamente, cada cierto tiempo reconocen y ventilan públicamente, como recurso de virtuosa permanencia mediante expurgación contrita y exorcismo fervoroso, tales atropellos; otros, ni siquiera eso.)

Los que ven una explicación significativa de la debacle de la Unión Soviética en la falta de oportunidades civiles y derechos democráticos, sumada a los desmanes del sistema judicial que sufrió su población durante los poco más de setenta años de su existencia, no saben nada de historia universal contemporánea, si dicen semejantes cosas de buena fe.

Aquellos que encuentran sensato suponer que la corrupción administrativa, los privilegios elitistas, el inmovilismo gerencial, el nepotismo, las torpezas de los funcionarios, las negligencias burocráticas, los laberintos sistémicos, la incomunicación entre dirigentes y dirigidos y los abismos funcionales, condujeron al colapso del régimen soviético, pueden elegir entre ser catalogados de ignorantes totales de la historia o de crédulos parvulitos en política.

Quienes aseguran que el derrumbe de la Unión Soviética se debió a la intolerancia ideológica, a la ortodoxia política, a la difidencia socializada, al ateísmo forzoso, a la desmesura de la propaganda triunfalista, a la relación servil, de idolatría e iconolatría de las masas con sus dirigentes, a la profunda jerarquización ético-partidista de los miembros de su sociedad, harían bien en justificar sus opiniones alegando que provienen de otro planeta, si pretenden ser tomados por cuerdos. Lo mismo puede decirse de aquellos que esgrimen que la “relativa pobreza económica” en la que “el régimen sumió al pueblo soviético” fue la causa definitiva de su colapso.

Además de los ingenuos estultos que alegan “causas ecológicas” en el desplome de la Unión Soviética, ¡hay incluso escatófagos que ven en ese hecho la mano de una supuesta “providencia divina”!

Ni siquiera la acción conjunta de todas esas “causas” explica completa y satisfactoriamente ese fenómeno, porque lo más frecuente en este mundo es ver países que funcionan desde hace muchísimos años, dentro de límites aceptables de estabilidad, con regímenes que han impuesto en ellos (**¡precisamente para su “mejor” gobierno!**) la acción del conjunto de todas esas “causas”.

Volvamos pues a una idea esencial.

Si quienquiera que goce de sano intelecto convendrá en que, por más increíble que parezca, toda la historia de la humanidad, independientemente de la época o grupo humano de referencia, no es, en última instancia, sino un recuento del poder ejercido por una minoría de la población (ocasionalmente asaz ceñida) sobre la absoluta mayoría restante, y puesto que la reproducción monótona de esa ley rectora de las relaciones humanas no ha conocido excepción respecto a época y lugar, a pesar de que su solo enunciado revela una construcción social totalmente disparatada, en virtud de que la inequidad de los seres humanos diríase cierta al sentido común solo ante bien definidas circunstancias (hasta el punto de que la igualdad esencial de los mismos ha sido formalmente anunciada y legalmente refrendada por cuanta doctrina social, ética, religiosa, legislativa, etc., haya sido alguna vez edificada), si, por último, el capitalismo, lejos de ser una alteración de esta desigualdad social forzosa, es en verdad su expresión más acabada, y tiene en el

socialismo un sistema sustituto bien elaborado, llamado en principio a salvar la anomalía expuesta, la pregunta que cualquiera podría imparcialmente hacerse no estaría referida a la viabilidad y factibilidad del socialismo, sino a cómo es posible que el capitalismo haya durado tanto tiempo, por qué no ha sido ya barrido, cómo “derrotó” al socialismo (irreal).

En otras palabras, el capitalismo es —sin recatos— un régimen de enormes desigualdades sociales (tanto en lo que respecta a la posesión de bienes materiales, como en lo que atañe a las oportunidades de crecimiento del individuo en sociedad), acendradas por el comportamiento relativamente caótico de las leyes del mercado, mismas que imponen un curso irracional al desarrollo tecnológico de la humanidad... Pero —y esto es lo que, en un acercamiento ingenuo, parecería sorprendente— la mayoría de las personas de las clases desposeídas, con cierto poder de decisión y algún arbitrio en su calidad de “masa votante”, que habita hoy nuestro planeta, no se muestra interesada en sustituirlo **por el socialismo**, afirmación sustentada no solo por los resultados que puedan aportar las observaciones sociológicas más imparciales, sino —lo que es peor— de acuerdo **¡con la propia experiencia histórica!**: sin hablar de los territorios con “revoluciones socialistas importadas”, en la propia Rusia, cuna de la revolución primigenia, y matraz de una parte importante del cuerpo teórico atinente a la instauración y evolución inicial del socialismo, nadie salió a las calles en el momento requerido, el de su liquidación, a defender sus “conquistas socialistas”...

Como vemos, tanto más problemática resulta esta obvia contradicción entre “necesidad”, “realidad” y “posibilidad” cuando se trata de la Unión Soviética, porque —por una parte— **el pueblo que devendría soviético no fue el protagonista casual de una revuelta espontánea e impensada, sino el sujeto activo de una revolución programática de acuerdo al proyecto de un prometido “nuevo y superior sistema social”**, y —por otra— porque **encaró su edificación en condiciones internas y externas muy especiales**.

Diríase evidente que ambos argumentos están interrelacionados de manera compleja. Así, el primero (que podría ser considerado una suerte de “condición necesaria”, de acuerdo a cierta terminología) serviría de base **a una parte** de las explicaciones del desencanto de la población soviética con los resultados cuantitativos y cualitativos obtenidos por la experiencia de su régimen (**la otra parte** de esas explicaciones se asocia al grado de realidad de semejantes expectativas); mientras que el segundo argumento (actuando como “condición suficiente”) ayudaría a explicar los resultados cuantitativos y cualitativos que obtuvo la experiencia soviética. Resulta claro, por lo demás, que **lo logrado** por el sistema el tiempo que duró y **lo esperado** de él dependen fuertemente de las condiciones objetivas y subjetivas, internas y externas, existentes al momento de su edificación, y tienen en ellas un poderosísimo sistema de referencias: **lo epocalmente posible**, aún cuando esta referencia (como es el caso) fuese engañosa.

En otras palabras, no creo que sea posible entender lo ocurrido en la Unión Soviética si se soslaya la apreciación o impacto subjetivo que sobre la población tuvo lo logrado en ese país, durante el socialismo, no solo respecto a lo prometido por el modelo, sino a lo esperado por esa misma población. (Es difícil que alguien, a quien le hayan ofrecido un automóvil, quede del todo satisfecho si recibe un *Lada* cuando esperaba un *BMW*.)

De esta manera, parecería sensato detenernos a considerar más profundamente eso que hemos llamado **lo esperado, lo logrado, lo posible** del modelo socialista edificado en la Unión Soviética.

El Proyecto Prometido

La imagen del mundo que tenemos hoy debe de ser la de un sitio más pequeño y menos misterioso que aquella que de él tuvieron los habitantes del siglo XIX... Cuando Marx pensó en los males de las sociedades humanas no existía Internet, ni GPS, ni televisión satelital. En la época en que él elaboró sus ideas, la propia Alemania, en tanto estado-nación, no existía; la Revolución Científico-Técnica, tampoco; no se apreciaba un desarrollo significativo de las ciencias antropológicas, ni de la psicología científica, razón por la cual casi todo lo que se dijera de las relaciones entre soma y psiquis era fruto de la más pura especulación (situación que en la actualidad ha mejorado en algún grado). Cuando Marx realizó indagaciones acerca de lo que tenían en común las raíces originarias de los problemas sociales de que era testigo, ya Calvino había introducido en la práctica religiosa y en su cuerpo de creencias una supuesta solución al problema teológico (llamado) “de la predestinación y el libre albedrío humano”, de acuerdo con la cual dios —en virtud de sus capacidades precognitivas absolutas y omnisciencia— hace conocer a quiénes de las personas nacidas en este mundo ha elegido como justas (una de cuyas misiones retributivas ante ese dios es entonces descubrir y castigar en sociedad a los predestinados impíos) a través de los éxitos que ellas obtuviesen como seres sociales (entendiendo por “éxito social”, en primerísimo lugar, el “éxito en los negocios” emprendidos), y había ofrecido este clérigo al capitalismo —con esta ideología— una contundente teleología y una justificación ética a la conducta despiadada y explotadora de los capitalistas. En vida de Karl Marx las geometrías no-euclidianas eran consideradas por muchos una anomalía del pensamiento matemático (casi un chiste de mal gusto) y el capitalismo no había entrado en su **fase imperialista (y final) de desarrollo**, por lo que la expresión “Tercer Mundo” carecía totalmente de sentido... Hoy, en resumen, el siglo XIX parece que ocurrió hace —a lo menos— 500 años y es completamente imposible comprender a cabalidad la Revolución de Octubre sin tener en cuenta todo eso, **porque ella fue un evento social cuya finalidad era resolver problemas que estaban cambiando rápidamente de forma y de contenido, precisamente en el instante en que se edificaba, por primera vez en la praxis social, su solución.**

Digamos así, ninguna de las personas que hoy vive fuera de los confines ocupados por los aborígenes que conservan su modo de vida escasamente tecnológico, en las diferentes partes del mundo donde los haya, creería que el desarrollo tecnológico y de otro tipo del resto de la humanidad dependería, en algún grado y modo, de esos nativos. En otras palabras, nadie en el Occidente ni en el Oriente (tecnológicamente) desarrollados cree que las decisiones pertinentes al futuro inmediato de la humanidad estén en relación funcional con los elementos propios del universo sociológico de los mencionados aborígenes. **Eso mismo le pasó a Karl Marx**, hasta el punto de ver con sospecha los movimientos libertarios de las colonias americanas, puesto que —imbuido de ideas deterministas de la historia humana y defensor inconsciente de un curso unitario de la misma, derivado de la traslación subrepticia de la validez de los postulados evolucionistas a la esfera sociológica— supuso que ellas perseguían más fines nacionalistas que clasistas, en el sentido de que —tal como ocurriera, en contra de la visión de los próceres americanos más preclaros, Bolívar, el primero— las burguesías nacionales buscaban a través de esas luchas garantizarse cotos privados de mano de obra barata y no la liberación definitiva de los ciudadanos que emergieran de aquellas *protonaciones*... Karl Marx dedujo —con toda razón, según corroboraron los eventos ulteriores—, a partir únicamente de sus convicciones, que a esos ciudadanos esperaba en realidad el cambio de los ídolos de adoración foráneos por los nacionales. (A juzgar por las argumentaciones programáticas de los movimientos indigenistas actuales de este continente, se podría concluir que, de haberlo conocido, muchos de los nativos americanos de aquella época habrían presuntamente coincidido con este pronóstico marxiano.)

K. Marx pensaba que el socialismo triunfaría simultáneamente en las principales potencias capitalistas (esto es, en todo el mundo, de acuerdo a la visión del momento).

Ocurrió sin embargo que una parte muy importante de ese “mundo aborigen” que él no supuso podría incidir significativamente sobre el curso de los acontecimientos que en breve se suscitarían en la humanidad reconocida, iba a ser muy pronto incorporado a la cadena de explotación capitalista gracias al imperialismo emergente y a una nueva forma que este implantaría de dominación mundial: el neocolonialismo.

Después que K. Marx:

- hiciera suya la tesis que demostraba que en el orden individual nadie, por acumulación paulatina de riquezas familiares legalmente heredadas (a partir de una hipotética “distribución equitativa de bienes” en los comienzos de la humanidad), consigue convertirse en una persona notablemente rica (esto es, **el único camino para que una sola persona pueda disponer del acervo de muchos es que esos muchos sean extorsionados de algún modo, sea mediante estafa sutil, o procedimientos francamente coactivos**),
- y de que —en adición— la lucha de clases, motor impulsor de la historia, alcanzaba su cenit cuando las fuerzas productivas en su desarrollo se hacían irreconciliables con el modo de producción prevaleciente (coyuntura en la cual la historia conocía cambios revolucionarios que devenían en la sustitución de las formaciones económico-sociales prevalecientes hasta ese entonces por una superior),
- y expusiera finalmente la revolucionaria hipótesis de que la existencia de clases es un fenómeno transitorio, la lucha entre las cuales conduce inevitablemente a la dictadura del proletariado como preámbulo de la sociedad sin clases,

el imperialismo emergente dejaba claramente demostrado, a su vez, que **con el sistema por él impuesto de distribución internacional de las riquezas de las naciones, ningún país podría acceder al desarrollo (tecnológico), si ese mismo país —además de contar con la más franca voluntad financiera de los poderosos— careciera de un grupo de naciones (nacionalidades, regiones, amplios grupos poblacionales) a quienes someter a la más despiadada explotación en todos los órdenes.**

La idea de que una nación puede alcanzar por sí sola un desarrollo tecnológico (no verdadero progreso) de preeminencia es similar a la de que un jinete puede alzarse completamente sobre su montura halándose con una mano por el cuello de la camisa: un mito. Por otra parte, en este planeta, dado el hecho incontrovertible de que compartimos una sola realidad —siendo este mundo único para todos, y para todos hay una misma cantidad de recursos en él—, la suma de todas las “oportunidades” de todos los países de la Tierra es una magnitud de valor constante, de manera que el superávit de “oportunidades” en un país solo puede ocurrir en detrimento de la cantidad de “oportunidades” en otro.

Surgió de tal suerte sobre la faz de la Tierra un capitalismo (tecnológicamente) desarrollado y el reflejo de su virtualidad en una deformada imagen especular: el capitalismo de los países subdesarrollados. Si hasta entonces en las metrópolis la pobreza individual había sido “explicada”, a través de un pretendido libre albedrío (ya felizmente armonizado con la “predestinación”), por defectos personales de repercusión social (holgazanería, tontería, torpeza, ineptitud, inutilidad, inexperiencia, falta de deseos, desidia, desinterés, inapetencia, dipsomanía, beodez, incapacidad para organizarse y priorizar objetivos, etcétera), la formidable maquinaria de fabricación e imposición de ideología dominante de la burguesía mundial comenzó a “explicar” el débil desarrollo de las fuerzas productivas de las naciones que hoy conocemos como tercermundistas adjudicándole a pueblos enteros las mismas características negativas: todo adquirió meridiana claridad, puesto que los africanos son muy estúpidos, los mexicanos muy vagos y los cubanos muy guaracheros. De este modo se asentó en la consciencia ciudadana planetaria (incluso en la de numerosos representantes de las fuerzas progresistas respecto a otros asuntos) una jerarquización válida de pueblos, recibiendo así el darwinismo social —sublimación seudo científica del racismo, fruto falaz, anticientífico e insuficiente del triunfo del estrecho pensamiento mecanicista del siglo XIX— una *corroboratio de facto*.

Marx describe un mundo con indigentes, en el que los obreros sufrían largas jornadas laborales, sin días de asueto establecidos (salvo los días feriados patrióticos y religiosos), y

las niñas y los niños eran despiadadamente explotados en minas, en canteras, y en otras labores terribles, inhumanas y degradantes, con el único fin de reportar ganancias a los capitalistas.

Marx conoció ciertamente un mundo de metrópolis coloniales que vivían una Revolución Industrial efervescente, pero en el que la acumulación paulatina de conocimientos, por parte de los sectores de población que podían dedicarse a tiempo completo al “ocio intelectual”, y de riquezas elaboradas con materia prima proveniente tanto de su propio “subsuelo metropolitano” como del de sus colonias, no habían alcanzado el nivel suficiente para dar el salto dialéctico cualitativo gracias al cual las ciencias se tornaron una fuerza decisiva en la creación de riquezas materiales y la Revolución Industrial deviniera así Revolución Científico-Técnica. La burguesía en los imperios coloniales que Marx conoció necesitaba explotar inmisericordemente al proletariado de las propias metrópolis, en aras de mantener a su favor el ritmo creciente de acumulación de sus riquezas. Por ese simple motivo no existían leyes sociales ni laborales “humanizadas” (tales como la jornada laboral semanal de 40-44 horas y vacaciones pagadas y estables), ni las que instituyen los sistemas “públicos” (esto es, de “subvención general y obligatoria”, puesto que —como fácilmente se comprende— la “gratuidad” de tales servicios es, desde el punto de vista económico, un mito en cualquier sociedad y régimen social) para la educación, la atención primaria de salud de la población, la seguridad social tras concluir la vida útil de los trabajadores, la seguridad ciudadana (ejércitos y policías incluidos) y otros.

En el mundo de Marx, el proletariado, en virtud de la terrible situación de explotación y miseria que sufría, se vio obligado a convertirse en audaz revolucionario, en ferviente luchador por la justicia social, en incansable forjador de utopías; se entregaba con pasión a la contienda, sin temor a la muerte, porque en esa batalla feroz, cualquiera que fuera su desenlace, no podía perder más que las cadenas.

Esa no es la situación que encontramos hoy en el mundo metropolitano y eurocentrado de K. Marx, toda vez que mejoró la situación de las clases trabajadoras. ¿Por qué? ¿Acaso las elites capitalistas se humanizaron? ¿Acaso comprendieron que era absurdo convertir la acumulación privada de bienes y riquezas en el sentido de la vida toda? ¿Acaso convinieron en ver reducidas sus ganancias en aras de mitigar el sufrimiento de los desposeídos? ¿Acaso socializaron o modificaron la distribución de las ganancias a favor de dar solución a los enormes problemas humanos que antes enfrentaba? No, nada de eso ocurrió: el capitalismo, en su última fase imperialista, creó el Tercer Mundo, y con él, aquel capitalismo en crisis, decadente y casi moribundo que K. Marx tan acertadamente comprendió y describió, recibió un milagroso renacimiento: la etapa en que se adentraba con tales aires, siendo la última de su desarrollo, constituyó un refinamiento hasta entonces desconocido de los mecanismos capitalistas de extorsión, una sofisticación extrema de su sistema de dominación total de pueblos en aquello que definitivamente son: cuerpo, alma e intelecto.

La aparición de ese “enigmático” Tercer Mundo, como fruto directo y legítimo del desarrollo del imperialismo, ofreció a su sobrevivencia diversas e inmediatas ganancias de una insospechada trascendencia vía el traslado de la explotación que le caracteriza a sus neocolonias. Además de los dividendos más evidentes, relacionados con el acceso expedito a las considerables cantidades de materias primas de estos países y del aseguramiento en ellos de las capacidades adquisitivas de sus manufacturas crecientemente tecnologizadas (lo cual garantizaba un incremento, espectacular incluso, respecto al experimentado hasta entonces, del crecimiento de sus montos gananciales y la mejora de la situación de “sus” proletarios), hay algunos otros menos notables quizás, pero cuya repercusión no es en modo alguno minimizable, aun sin haber sido suficientemente advertidos en su momento, por diversas causas. Entre esos beneficios podríamos destacar dos: la invisibilización de la indigencia en las metrópolis, mediante su transferencia a los “países emergentes” (en las maquilas y vertederos tercermundistas se encuentran ahora las mujeres superexplotadas y los “niños deshollinadores” descritos por Dickens); el amansamiento de los movimientos y fuerzas progresistas de los países más industrializados gracias a su acomodamiento

material y a prebendas en sus condiciones de explotación, a título de “justas conquistas sociales alcanzadas” (algo que —en adición— ha adecentado el rostro de la burguesía capitalista y la ha hecho aparecer bajo el aspecto de “interlocutor razonable”, al tiempo que ha elevado la “autoestima” del sempiternamente presente reformismo dentro de las filas revolucionarias y la confianza en sus capacidades negociadoras, debilitando de soslayo a las fuerzas más radicales).

Ninguna de esas afirmaciones resta mérito a las colosales luchas del proletariado europeo por las prebendas económicas de que hoy goza, calificadas legítimamente como sus “conquistas”. Simplemente subrayan que ellas llegaron en el momento posible: cuando los barones del capital tenían cómo financiar en otras fuentes las pérdidas, o reducción de sus montos gananciales, que esas victorias obreras supondrían para sus arcas y bolsillos.

En el neocolonialismo de su fase imperialista, el capitalismo global halló sendas antes ocultas para su desarrollo, mediante la “solución” momentánea de aquellas contradicciones que a K. Marx parecieron —con toda justeza— irreconciliables. Al mismo tiempo, los nuevos imperios liberales se erigieron en paradigma² de desarrollo para el resto del mundo, creando con ello el mito de la preeminencia de un alegado *Canon Occidental* (concepto que desde mucho ha abandonado el cauce literario para el que fuera inicialmente ideado, para significar un cierto *modus vivendi et operandi*).

Las descripciones de K. Marx sobre las condiciones de explotación de las clases trabajadoras de las antiguas metrópolis que él conociera más parecen hoy pertinentes a las que encontramos en las naciones del Tercer Mundo, pero ese hecho no invalida las soluciones que él formuló, porque la mitigación de la deplorable situación de un grupo de personas mediante el empeoramiento de las condiciones de otras no resuelve las discordancias principales a que esa explotación inevitablemente conduce.

El capitalismo no ha resuelto las contradicciones entre trabajo y capital a él inherentes ni ha modificado su paradigma ganancial: las ha exportado y mundializado, y —al hacerlo— se ha engullido demencialmente, en aras únicamente del lucro, los recursos naturales de todo el planeta, poniendo en peligro la supervivencia de nuestra especie.

Marx, quien había sido educado en las concepciones idealistas de Hegel, no “eligió” el materialismo como método de análisis y discernimiento por extravagancia ni por disentir del consenso general: él era consciente que es esta, y no la especulativa, la aproximación elucidaria que —a través de la observación viva de fenómenos concretos, el experimento en el mundo sustancial, la confrontación de datos verificables con la realidad objetiva, la elaboración de modelos sobre el comportamiento de fenómenos directamente observables y otros recursos— aplican permanentemente las ciencias positivas físico-matemáticas y naturales en su búsqueda de la verdad, sean o no conocedores de ese hecho sus gestores. Marx prefirió el ateísmo sobre el misticismo religioso como cimiento de su comportamiento y pareceres éticos no por falta de espiritualidad ni para enojar a sus familiares, sino porque los resultados que ofrecían las ciencias, erigidas del modo descrito, le parecían suficientes argumentos explicativos del universo circundante. (La misma convicción encontramos en Laplace, quien no necesitó introducir ningún poder divino en su hipótesis de formación del sistema solar, de acuerdo a la respuesta que da a Napoleón, cuando este lo interroga al respecto.) Marx no asienta sus razonamientos en el método dialéctico, aceptando así los descubrimientos de Hegel, por lenidad intelectual: simplemente pensó con todo acierto que la metafísica, el estatismo, el mecanicismo, el dogma y la escolástica ofrecían visiones desmedidamente parciales, reductivas, inconexas y desconectivas, unilaterales, reiterativas, temporalmente secuenciales y resumidamente constreñidas como para servir de vigoroso y exitoso mecanismo de examen de los complejísimos problemas del universo circundante.

Karl Marx, persona de convicciones materialistas, comprendía que la voluntad

² Aunque el término “paradigma” —considerado “metatérmino” en algunos cuerpos de enseñanza— posee una connotación gramatical (y de otro tipo) desarrollada, en este contexto lo utilizo, sin entrar en las honduras que el tema indudablemente merece, dándole la interpretación que los profanos hacemos de su empleo en el lenguaje sociológico actual, algo así como conjunto de metas (propósitos), de los más diversos planos, aceptadas y perseguidas por el grupo social considerado y los medios para alcanzarlas.

humana es ineficaz respecto a las leyes naturales y no existe, por tanto, una organización social que pueda cambiar la esencia del **problema humano**: satisfacción simultánea de *soma* y *psiché*. Comprendió con toda claridad, además, que el camino seguido hasta entonces por la humanidad, consistente en garantizar la satisfacción de esas condiciones materiales y espirituales para una parte ínfima de la población en detrimento y a costa de los recursos expoliados a la mayoría, era una falsa solución, puesto que equivale a la creación de una situación de beligerancia ininterrumpida. Creyó posible, sin embargo —en virtud de la racionalidad de su propuesta—, **abordar** dicho problema no mediante el enfrentamiento de los individuos socializados, agrupados en clases antagónicas, para dirimir sus intereses **irreconciliables**, sino de forma más lúcida, razonable, mancomunada, **sinérgicamente**, para crear las condiciones materiales y espirituales que permitan **a cada cual** convertirse en el diseñador y hacedor de su propio futuro, en concordancia con las posibilidades que le ofrezca la época.

A la producción en virtud de las ganancias, Marx opuso la producción para satisfacer las necesidades crecientes en el orden material y espiritual de los seres humanos. A la elección festinada de las prioridades productivas mediante la sobrevaloración de las caprichosas exigencias del mercado, Marx enfrentó el sistema de planificación científica del proceso productivo. A la codicia que alimenta la propiedad privada como incentivo de la productividad, Marx contrapuso la comprensión culta de la necesidad y la solidaridad humana. Ante el ficticio e inalcanzable paraíso divino *post mortem*, se alzó de pronto el factible y formidable sueño de una sociedad superior sobre la tangible superficie de la Tierra.

En resumen, K. Marx propuso soluciones razonables para un mundo irracional que, en comparación al nuestro, aparenta ser casi cuerdo, equilibrado y sensato.

La Soñada Aventura Soviética

La Revolución de Febrero de 1917 en Rusia, tras acabar con el absolutismo de Nicolás II, sacó —en principio— a ese gigantesco estado multinacional del feudalismo zarista y lo colocó legalmente en la avanzada del mundo liberal burgués, al dotarle de una constitución y un cuerpo de leyes, cuya paulatina discusión y aceptación la convirtió en el país formalmente más libre del planeta, según expresó Vladímir Ilích Uliánov (a. Lenin).

Si hoy nos aventuráramos a hacer especulaciones sociales primitivas, en las que fijáramos las condiciones límites de manera que ciertos eventos históricos del siglo XX vieran privilegiada su factibilidad y otros (nazismo, Segunda Guerra Mundial, Guerra Fría, globalización, surgimiento de potencias atómicas, espectacularidad de los avances científicos, informatización de las sociedades, descolonización, apartheid, sionismo, tercermundismo, etc.) fueran excluidos, podría parecer —gracias a ese ingenuo acto de prestidigitación social en el que unos sucesos se dan sin conexión con otros que tal vez los hayan en verdad generados— que ante Rusia, en la época del soso Gueorgui Yevguénievich Lvov y del anodino Alexandr Fiódorovich Kerenski, se alzaba la posibilidad de seguir un camino de progreso liberal capitalista, y que este la habría conducido al conocido desarrollo (tecnológico) del que actualmente gozan las principales potencias del mundo... Esa es una alucinación, no descartable por ficticia, que encontró sutil albergue en las mentes de muchos soviéticos.

¿Por qué es una alucinación? ¿Por qué encontró sutil albergue en aquellas mentes?

La Escena del Nacionalismo

Me arriesgaría a asegurar, sin temor a exageraciones ni equívocos, que los lectores promedios, pero alertas, con frecuencia e infortunio, recibimos la impresión de que numerosos escritos historiográficos realizados por pensadores de izquierda sobre la Revolución de Octubre —tal como ocurre con la mayoría de las narraciones históricas de muchos otros eventos de esos autores— son tan superficiales, incontradictorios y descontextualizados que más parecen salidos de la pluma de Lewis Carroll que de investigadores comprometidos con la exposición y comprensión generalizada de estos hechos. (Salvo contingencias fácilmente reputables de oportunismo político, no veo qué otras razones dicten esta conducta, porque —ciertamente— la adecuada educación de las masas en busca de su “incorporación consciente y activa a la causa” **NO** es una de ellas.)

El fundamento de semejante comportamiento es de una sencillez abrumadora: el aspecto fenoménico —más que el contenido real— de las afirmaciones hechas tiene que corresponder con lo que espera de ellas el discurso oficial dominante. (Similares cauces siguieron gran parte de los trabajos teóricos que en su tiempo se destinaron a consolidar el pensamiento materialista: en ellos se intentaba demostrar la materialidad del mundo circundante con la sustancialidad de los objetos inmediatos que rodeaban al expositor y el traspaso de tal condición a objetos más lejanos, apelando a la lógica mecanicista del auditorio, casi por “inducción matemática”. Así no es difícil aceptar que la definición de materia que aparece en “Materialismo y Empirocriticismo” sea no solo exacta, sino válida y muy útil.) Pero, si en aras del cumplimiento de tal precepto, tomamos por real los deseos y se confunde *propaganda* (bastante pedestre, por cierto) con *trabajo ideológico*, se corre el riesgo de dejar sin resolver un problema por haberlo ocultado tras un maquillaje pueril e innecesario.

(Los escritos historiográficos de la derecha sobre este tema, por su parte, se descalifican mayoritariamente por falta de rigor científico, sus burdas falacias o por su edulcorada tendenciosidad.)

Diríase que esas exposiciones historiográficas de intenciones “progresistas” más persiguen *justificar* los resultados que *explicar* su auténtica procedencia, puesto que falta en ellas el **sentido de historicidad**, o sea, aquella comprensión del devenir humano, adquirido mediante el conocimiento vivo de las culturas que en la Tierra son y han sido, que ofrece al poseedor una visión perspectiva de la historia humana, en la cual su propia vida

individual es vista como un episodio asociado a una cadena de hechos que le trascienden y le permite actuar conscientemente y en consonancia con ellos, sobre la base de la comprensión cabal de que:

a) Todos los *homo sapiens sapiens* somos esencialmente idénticos; nuestras diferencias son solo fenoménicas (por abismales que parezcan a los ignaros, racistas, fascistas, filonazis y aprendices);

b) toda construcción social es pasajera;

c) los comportamientos humanos individualmente considerados dependen mucho más de las circunstancias sociales en que se desarrolla el individuo en cuestión que del conjunto de cualidades de que esté atribuido (hayan sido genéticamente potenciadas o no estas cualidades);

d) todos los eventos, fenómenos y situaciones sociales que ocurren, sin excepción, tienen causas históricas, esto es, causas que se encuentran en eventos, fenómenos y situaciones sociales anteriores.

Los elementos peor tratados en los desafortunados textos “realistas” acerca de la gestación de la Unión Soviética son:

- el país (Rusia) en su relación compleja con el resto del mundo;
- los protagonistas directos de los hechos.

Para entender qué pasó en 1991 es legítimo que nos preguntemos, ¿cómo era el mundo en el 1917 del cual provenía la Rusia devenida soviética?, ¿cuáles eran las principales características de la ideología dominante en esa época (o algunas de ellas), de la cual la mayoría de la población de entonces era portadora inconsciente?

Aparentemente superadas las barreras medievales divisorias entre el “mundo cristiano y musulmán” —artificialmente inventadas en su momento por las fuerzas expansionistas del medioevo para ocultar vulgares apetencias imperiales, y que fueron, como ahora sabemos, “temporal y convenientemente relegadas a un segundo plano” para recurrir a ellas en nuestros días—, el mundo en 1917, amén de otras muchas clasificaciones de aparente menor peso, se dividía en:

- metrópolis y colonias,
- Europa y resto del mundo,
- países industrializados y naciones atrasadas.

De esta manera, el concepto de *untermenschen* y similares, aplicable a los **no europeos**, y —peor aun— los fundamentos justificativos de semejante visión, eran casi universalmente aceptados (aunque tal vez no siempre de manera lúcida) por la mayoría de la población europea, porque **parecía** que la historia misma de la humanidad así lo acreditaba: vivimos, según todas las evidencias, en una peculiaridad de realización cósmica absolutamente causal y limitada, enclavada dentro de un universo infinito en el tiempo y el espacio, de modo que en torno al escaso margen de valores realizables en el cual nos encontramos, se alza la abrumadora infinitud de su continente, por lo que, al margen de nuestras preferencias, repugnancias o indiferencias, el mundo griego de la antigüedad, por ejemplo, no puede ya ser desplazado del lugar histórico que ahora ocupa por ninguna otra cultura. Sin embargo, la aproximación dialéctico-materialista de la historia permite concluir cómodamente que esa “elección histórica” está más asociada a circunstancias materiales (¡circunstancias al fin y a la postre!) que a “divinas predilecciones” ni a otras enteléquicas razones.

Hoy los datos científicos acumulados permiten elaborar un “modelo arbóreo” (bastante más “democrático”) de la evolución, en sustitución del “modelo piramidal” propuesto por Ch. Darwin (racista contumaz y “científicamente” convencido), cuya interpretación mecanicista aplicada a la sociedad no solo parecía justificar la jerarquización de razas y naciones, sino que ofrecía **sentido** a una obra creacionista de alegada divinidad (el llamado **diseño inteligente**): todo había sido proyectado y puesto en marcha para la aparición de nosotros, los humanos, como pináculo perfecto y concluyente de la evolución biológica.

El transplante mimético del darwinismo (incluyendo su justeza y su racionalidad

probatoria) a la esfera de lo social no fue casual, ni estuvo alentado simplemente por las necesidades ideológicas de los poderosos (aunque podría decirse, en una primera aproximación, que toda la historia colonial de la modernidad sugería su advenimiento); fue en verdad resultado de los triunfos de la mecánica en la física y de la adopción consecuente de un pensamiento mecanicista (científicamente avalado), por parte de la intelectualidad progresista de la época.

El conjunto mencionado de incidencias de orden francamente superestructural, convirtió al darwinismo social en un “sustrato inconsciente” que permeaba gran parte del pensamiento y la conducta social de quienes vivieron en esa época. Parecía tan “natural” ser alemán, digamos, y en consecuencia “luchar hasta la muerte” por su nación, que costó a Lenin muchísimos agónicos sinsabores convencer a unos pocos acólitos, camaradas de lucha y simpatizantes, de la preponderancia de la pertenencia clasista sobre la nacional, durante el curso de la gran conflagración europea de 1914-1918 (llamada Primera Guerra Mundial), en su labor de “pacifista con sentido político”.

Muy pronto han olvidado los actuales burgueses europeos cómo sus antecesores, a finales de la Edad Media, literalmente *inventaron* el concepto de ciudadanía, de suerte que cualquiera de ellos no solo pudiera operar sin trabas en el país en que mejor le fueran sus negocios, sin tener en cuenta el país original de procedencia de su dueño, sino que él mismo debía de estar en paridad, en cuanto a derecho, con los súbditos por nacimiento del rey de que se tratara. En otras palabras, no importa cuánto los burgueses europeos obstaculicen ese derecho ahora a los infelices africanos (y los estadounidenses a los mexicanos y otros latinoamericanos), sus antepasados se inventaron el derecho legal de poder elegir la testa coronada a la que jurarían fidelidad, tuvieron el sano juicio de hacer coincidir los receptores de sus devociones patrias y lealtades con los gobernantes de los territorios que mejor convenían a sus finanzas, y defendieron denodadamente su derecho a elegir nación de asiento. (Hoy las aberraciones jurídicas asociadas a las transnacionales hacen innecesario todo ese papeleo: ellas mismas se han convertido en “ciudadanos” con derechos en los países en que operan; mientras tanto, sus dueños viajan tranquilamente sin pasaporte ni documentos de visado: son V-VIPs.)

Es increíble (pero comprensible) la confusión existente y difundida entre los conceptos de “nación”, “patria”, “etnia”, “nacionalidad”, “ciudadanía” y similares, pero es incuestionable que los lazos de pertenencia que ellos tipifican tienen una fuerza subjetiva descomunal en el subconsciente colectivo. Del poder subyugante de esos apelativos (actuando con honestidad ante sí mismos, esto es, obligados por sus propias convicciones) supieron muy bien valerse los padres del nazismo alemán, y no solo ellos... (Cualquiera puede ver hoy las imágenes de la reacción eufórica de los congregados en el Parque Central de Nueva York, unos instantes después que el recién electo presidente Ronald Reagan exclamara con triunfal, orgullosa y engolada voz: “*We, americans...*” Imagen que se repite en muchos otros contextos y latitudes...)

Quizás los sentimientos nacionales fueran más inocuos o menos excluyentes sin la acción jerarquizante que los cala. No se trataría entonces de reconocerse como parte de un grupo nacional y compartir —en forma muy compleja!— los elementos básicos (o algunos de ellos) que peculiarizan su lenguaje social, sino de no ver en esa incidencia una ventaja respecto a los seres humanos que carecen de semejante “buenaventura”.

A propósito, hoy esos sentimientos no son ni menos potentes ni menos enaltecidos por cualesquiera fuerzas del escenario político mundial. Basta presenciar el más sosegado evento deportivo internacional para convencernos de ese aserto, y, sinceramente, no creo que el machismo secular sea la única “explicación” para tan complejo fenómeno. Respecto a nuestras naciones o nacionalidades, no solo nos “glorificamos” y envanecemos por sus logros reales y por sus éxitos asumidos, por sus disparates, por su discurso político, por las perversidades de su historia, por las comidas que en ellas se gustan, por la forma de andar de nuestros congéneres, por su lenguaje, por nuestras absurdas creencias religiosas y por la absurdidad de esas creencias, por nuestra historia, por nuestras carencias, por nuestros productos, por las cosas que hemos evitado, por las que nos han ocurrido, en fin, por todo,

sino —lo que es más peligroso— se nos alienta permanentemente a eso, porque no existe sistema axiológico en el que esa conducta apasionada, irracional y reductiva no haya sido declarada como “absolutamente virtuosa”. Ningún personaje público que desee ser tomado en serio se atreve a calificar los sentimientos nacionales como lo que son: una construcción social transitoria, a pesar de que la historia no se cansa de demostrar invariablemente la validez de esa afirmación (al que piense lo contrario se le puede proponer el ejercicio de buscar con vida, en la actualidad, un romano, o un parto, o un visigodo, o un etrusco, etc.). Valdría añadir que algunos pensadores “progresistas” de nuestros días, en evitación de honduras aparentemente inescrutables, aducen con aires de sacra complicidad, tolerante comprensión y sapiencia ocultista que la nacionalidad “es un misterio”, relegándola con esa concluyente afirmación al plano de las dimensiones esotéricas que cobija “metatérminos” abstrusos como son “amor divino”, “dios”, “providencia”, “destino” y similares.

La Herencia Civilizadora Europea del Siglo XIX

Si nos ceñimos a los comportamientos sociales de que fue testigo el siglo pasado y que todavía constituyen conductas prevalecientes en muchas personas, además del mencionado “racismo científicamente sustentado”, enlazado de manera biyectiva y compleja con el nacionalismo, y de los fortísimos sentimientos y creencias místico-religiosas indudablemente existentes en todos los entornos humanos (situación que lejos de probar la “veracidad” de la fe, apunta a debilidades culturales, a insuficiencias educativas, a los intereses de la ideología dominante, a la fragilidad del mundo interior de los muy privados de potencialidades seres humanos y a la endeblez del dominio masivo de las ciencias), se diría que en la Europa de principios del siglo XX esas conductas recibían apoyatura en convicciones, no escritas ni directamente enunciadas quizás, pero que —en virtud de la preeminencia del pensamiento mecanicista mencionado— se fueron sedimentando en el “subconsciente colectivo” por el decursar histórico y la experiencia cotidiana y convenientemente acentuadas en él por la maquinaria ideológica dominante, sin ser sometidas a escrutinio. Entre esas afirmaciones mundológicas de cierta repercusión que parecen guiar desde la psiquis profunda los actos de personajes históricos y literarios, me atrevería a señalar las siguientes, sin observar orden alguno:

- 1.- La realidad es dicotómica, siendo "lo bueno" (positivo, deseable, virtuoso, luminoso, apetecible, encomiable, fomentable, digno, etc.) aquello que se define dentro de la sociedad y sirve a sus fines.
- 2.- Los seres humanos pueden y tienen que esperarlo todo de la sociedad.
- 3.- Ser significa tener y el entorno entero cae dentro de la categoría de poseíble, de modo que “la realización personal”, “la felicidad” y otras categorías similares están directamente relacionadas con la posesión de bienes materiales.
- 4.- El camino para acceder al entorno y eventualmente apropiarse de él se asienta en la razón humana y no ha de tener en cuenta otras consideraciones.
- 5.- La violencia constituye una de las principales vías mediante las cuales la acción cobra cuerpo (premisa que justifica los “castigos educativos”).
- 6.- El fin justifica los medios.
- 7.- Validez casi universal del principio de autoridad.
- 8.- La forma es más importante que el contenido.
- 9.- En todo evento o fenómeno puede discriminarse un elemento constitutivo “esencial”, a cuya realización quedará subordinado “todo lo demás”, porque él es la causa y explicación última de “todo lo demás”.
- 10.- Los seres humanos nacen dotados de muy diferente manera; algunos de ellos, los héroes o superhombres, lo hacen de manera especialmente superior.

El escenario ideológico descrito era común para todas las naciones europeas. No se me ocurre nada más ajeno a un serio y sereno análisis dialéctico-materialista de la historia como la división de los sujetos actuantes en buenos y malos (viciosos y virtuosos, héroes y villanos, bondadosos e impíos) y las ingenuas argumentaciones maniqueas. No hay más que seres humanos y circunstancias. Por eso ahora no dudaríamos en calificar de cretinez

total los ingentes e ingeniosos intentos de “renombrados marxistas” y otros investigadores bienintencionados por restringir las posibilidades de ocurrencia de un fenómeno como el nazismo, cuyo fundamento esencial es la exaltación de las diferencias étnicas en favor de algunas (privilegiadas por la “providencia”), a una única nación: la Alemania del período anterior a la guerra. No existen razones serias (a menos que apelemos al ¡carácter nacional y a las diferencias nacionales!) para suponer que el racismo feroz que se vio campar sin recato alguno en las *deutscher Strassen* en la primera mitad del siglo XX fuera un sentimiento incomprendido para el resto de las naciones europeas de la época, y los habitantes de la Rusia Imperial no podían ser, ni eran, una excepción. Si las *streets of London* no fueron testigos directos de manifestaciones tan crudas de racismo como las ocurridas en sus similares berlinesas no es porque no existieran, sino porque ellas —entre otras causas— habían sido cuidadosamente enmascaradas en las colonias (pero, bueno, ya se sabe que los habitantes de las colonias **SÍ** eran —¡y son!— *untermenschen*).

Los futuros ciudadanos soviéticos no fueron preparados para serlo en otro planeta: como los italianos devenidos fascistas y los alemanes convertidos en nazis, fueron personas corrientes que adquirieron sus mañas y saberes en las calles europeas de finales del siglo XIX y principios del XX, y cuya intelectualidad exhibía orgullosa el domino de los “últimos” conocimientos alcanzados por las huestes civilizatorias europeas. En aquel entorno cultural, junto a la portentosa figura del físico cosmólogo Alexandr Friedmann se encuentra la imagen contracultural de la mística Helena Petrovna Blavatsky, al lado de un joven y luminoso físico Piotr Leonídovich Kapitsa languidece el filósofo idealista Nikolái Alexándrovich Berdiáiev, y Nikolái Ivánovich Lobachevski es un fruto tan legítimo de ese medio como el ocultista Gurdéyev y el taumaturgo de la última corte imperial, el farsante Grígori Yefímovich Rasputín.

Los Protagonistas

Pero, dialécticamente consideradas, las circunstancias objetivas no son una maldición (*o podrían no serlo*), porque los seres humanos poseemos ciertamente cualidades volitivas, pero —cada vez con más fuerza— las ciencias parecen corroborar el adagio tan sucinta y bellamente expresado por José Martí que reza “**Ser cultos es el único modo de ser libres**”.

Aún a riesgo de ser encasillado de platónico defensor de las exigencias planteadas por el celeberrimo pensador griego en *La República*, me atrevo a afirmar que son precisamente esas razones, cultura y conocimientos, y no cualesquiera otros argumentos de diversa naturaleza, las que mejor acreditan la “idoneidad” de determinados individuos y los autoriza moralmente para la conducción **exitosa** de sus semejantes, especialmente cuando se trata de la realización de una sociedad que debe de ser, literalmente, **construida**, puesto que, bien mirada las cosas, la edificación del socialismo —o cualquiera que sea el nombre que quiera dársele a una sociedad más justa, no jerarquizada o mínimamente jerarquizada, donde las relaciones mercantiles entre los seres humanos no sean el elemento preponderante—, en el mundo real, es un asunto más relacionado con el desarrollo cultural de las personas que con otra cosa, porque hay que dominar la historia, por ejemplo, hasta desarrollar en sí un sentido diáfano de historicidad y comprender a cabalidad, entre otros asuntos, que la vida de nuestra especie es un evento casual; que, en tanto tal, carece de sentido, puesto que no somos simples animales (además de vivir, **existimos**); que los bienes materiales, en tanto fundamento de la reproducción de nuestra supervivencia (vía la satisfacción de sus necesidades vivenciales), sólo pueden liberarnos cuando consideramos la especie humana como un todo, mientras que —en el plano individual— esos mismos bienes materiales no solo no aportan significación alguna a la esencialidad de cada cual y a la libertad real (no socializada) del sujeto de referencia, sino que podrían —tal como ya ocurre a una escala tristemente masiva— conducir a su esclavización espiritual... No es casual que la aparición de la lógica predicativa aristotélica (con su *ley del tercero excluido*) anteceda en el tiempo a la dialéctica: la primera parece directa e intuitivamente comprensible, la segunda es un elevado logro del pensamiento abstracto...

Mas tampoco podía enorgullecerse el sencillo pueblo que devendría soviético de su elevado nivel de instrucción, ni educacional en general. Como es muy bien sabido, ese pueblo estaba formado por masas de obreros y campesinos que habían sufrido una opresión atroz, sometidos a una política sistemática de abusos durante mucho tiempo, y deliberadamente alejados de otras corrientes de pensamiento liberalizadoras que no fueran las aceptadas *acríticamente* por el dominio público vigente.

Lenin

Todas las evidencias parecen sustentar la tesis —no por simple *decantación*, sino por merecimientos propios— de que Lenin era la única persona en condiciones de **dirigir** con éxito la gigantesca empresa de construcción del socialismo sobre las ruinas del imperio ruso. La idea de que existía un partido consolidado, con vigor suficiente y la cantidad (y calidad) mínima imprescindible de inteligencia colectiva, amplia, emprendedora y desinteresada para conducir eficazmente las acciones de las masas sin el liderazgo de Lenin, fue un espejismo, porque probablemente él fuera el único miembro de la máxima dirección de la Revolución de Octubre dotado de cultura suficiente para comprender la igualdad esencial de los seres humanos, de la sabiduría requerida para entender que la vida en sí misma carece de sentidos y predestinaciones, y que no hay objetivo otorgable a la existencia más decoroso que luchar por el mejoramiento humano. A esos atributos unió la conveniente sagacidad práctica para no regodearse en el triunfo ni amilanarse ante la derrota. Quizás no haya sido el único de toda aquella pléyade de agitadores irreverentes e insatisfechos que se tomara en serio la teorización revolucionaria y que comprendiera a cabalidad las complejidades que entrañaba la edificación de una **sociedad esencialmente diferente a todas las sociedades hasta entonces conocidas por los seres humanos con historia**, pero fue el único que, en virtud de su conducta y pensamiento expreso, aparece ante los ojos imparciales de la posteridad, capaz de haber comprendido una imprescindible máxima moral, contundentemente expresada por José Martí: “*Toda la gloria del mundo cabe en un grano de maíz.*”

En otras palabras, Lenin no estaba “situado por encima del bien y del mal”, ni creyó estarlo, por lo que no actuaba como si poseyera una exención para la comisión de errores, pero, es un hecho históricamente demostrable, que él fue **el único** entre todos aquellos dirigentes políticos que tuvo siempre la entereza ética y el coraje moral para analizar sus decisiones públicamente y asumir la responsabilidad por sus acciones. A la luz de los acontecimientos posteriores, tan sobrados de petulancia y vanidad, no podemos menos que lamentar la mediocre vulgaridad de los sucesores de Lenin, y —por supuesto— su temprana desaparición.

Lenin ha sido atacado muy duramente (no solo desde la derecha) por sus tenaces empeños por hacer aceptar **ocasionalmente** algunas de sus posiciones como si de órdenes militares se tratara (tales momentos, indudablemente existieron) y se ha imputado esta conducta a sus tendencias dictatoriales, a su ego desmesurado o a su naturaleza cruel, caprichosa y ávida de poder. Solo la mezquindad (y las malas intenciones bien pagadas) abona semejantes valoraciones, porque la comprensión profunda de la complejidad de la empresa acometida, de la vertiginosa dinámica de los acontecimientos desencadenados, del monto en vidas e infortunio humanos que estaba en juego, de la gravedad de las decisiones encaradas, de los peligros que acechaban el proyecto en marcha y —en particular— de la pequeñez relativa, en todos los planos de interés, de sus más cercanos colaboradores, permite concluir con facilidad que, bien mirada las cosas, Lenin fue más permisivo de lo que las circunstancias sanamente aconsejan.

Tal vez el tema en el que con mayor fuerza se muestra la superioridad de la agudeza y la sagacidad políticas de Lenin respecto a las de sus más cercanos correligionarios es en el de la comprensión de que la agudización de las luchas entre trabajo y capital en el escenario europeo ocurría al unísono con el ingreso del sistema capitalista a su fase imperialista. Aunque era imposible que diera detalles concretos acerca de la Revolución Científico-Técnica en que devendría la Revolución Industrial, y no pudiera imaginar siquiera

el grado de sofisticación y complejidad que bajo sus auspicios alcanzarían los recursos de manipulación conductual de grandes masas humanas, Lenin previó con certeza que esa era la fase final del desarrollo de aquel sistema. También describió la guerra cubano-hispano-estadounidense como la puerta de entrada de los Estados Unidos de América a su etapa de desarrollo imperial y avizó el creciente papel que desempeñaría el naciente imperialismo estadounidense en los asuntos mundiales. Pero, quizás lo más importante en relación con este tema, es que al potente intelecto de Lenin no le fueron ajenas las dificultades que esta etapa imperialista del capitalismo significarían para las aspiraciones del movimiento comunista europeo: ante la creciente deserción de los revolucionarios hacia las filas reformistas, alentadas por las mejoras económicas que la etapa imperialista reportaba al proletariado de las metrópolis, Lenin convoca, en marzo de 1919, la creación de la Internacional Comunista (la Tercera).

Las previsiones leninistas sobre este escabroso asunto de alta política internacional fueron olímpicamente desatendidas, primero por la tesis stalinista del triunfo del Socialismo en un solo País (lo que significó en verdad una corriente consolidante, “desde adentro”, del aislamiento al que estaba sometida la Unión Soviética por las potencias Occidentales, “desde afuera”), y luego por la política —de muy dudosa ejecutoria— de Coexistencia Pacífica. Hoy, en un mundo sometido a intensísimas presiones para convertirlo en unipolar tras el desplome de la Unión Soviética, resta deplorar su muerte y aprender de esos errores.

A Lenin se le acusa continuamente de crueldad o de aplicación desmedida de la violencia. En su descargo hay dos alegaciones importantes. En primer lugar, a diferencia de lo que ocurrió más tarde, Lenin nunca utilizó la violencia contra sus oponentes políticos en el plano ideológico (es claro que la remoción o la sustitución de cargos y funciones no son métodos violentos), sino solo con los que se alzaron contra la obra que dirigía, independientemente de cuáles fueran sus justificaciones o procedencia de clase. En definitiva, las tropas contrarrevolucionarias no estaban compuestas por burgueses, aristócratas o terratenientes; esas elites envían a combatir a los desposeídos como “carne de cañón”. Los obreros, campesinos, soldados, marinos, y ex-bolcheviques que —aun inconscientemente— se pusieron al lado de la burguesía internacional y se levantaron en armas contra la Revolución de Octubre, luchaban definitivamente por prebendas reformistas en todos los casos. Eso no los condena como seres sociales, pero fueron ellos los que, apelando a métodos violentos, intentaron modificar el curso radical que, bajo la guía de Lenin, seguía la revolución del partido bolchevique en el poder. Esa no era la revolución de los reformistas: lucharon con sus vidas por que lo fuera y perdieron en buena lid, pero no se puede exigir que, en aras de evitar derramamientos de sangre (¿no iniciado ni provocado por los seguidores de Lenin!), las fuerzas radicales prevalecientes entregaran mansamente el poder. Al levantar sus armas, eligieron su camino y propusieron “los métodos de discusión entre camaradas” que consideraban en ese momento aceptables. Se les respondió debidamente. Afirmer ahora que la derrota de aquellos movimientos violentos representó el fin de la democracia soviética, equivale a afirmar que la muerte de esa democracia se hubiera evitado si a las acciones violentas de los sublevados reformistas, las fuerzas radicales hubieran opuesto conversaciones. La segunda alegación en defensa de Lenin no requiere tantas argumentaciones: basta ver lo que ocurre hoy en día a nuestro lado. A este tenor, cabe preguntarse: si la humanidad, después de todo lo vivido, sigue apostando por la violencia extrema, cruel y sanguinaria para dirimir sus desavenencias, ¿por qué habría que suponer que hace casi 110 años los líderes políticos tendrían otras vías para hacerlo? Hay mucha ignorancia y mala intención detrás de todas esas disquisiciones tan infundamentadas.

Todas las comparaciones entre sujetos de la historia son siempre fallidas; ellas están condenadas al fracaso, porque cada ser humano es único e irrepetible y no es posible conjeturar acertadamente posibilidades conductuales de nadie ante ciertos hechos, sobre la base de comportamientos anteriores, ya que —como bien ha sido dicho— “*el mismo río no puede ser cruzado dos veces*”. Por eso los intentos (nunca con resultados valiosos, independientemente del cariz de las intensiones) de comparar a Lenin con César, o con

Napoleón, con Jesús (a. Cristo), o con otra de las llamadas “personalidades de la historia”, mueve más a risa que a reflexión. Nada se gana ciertamente con crear mitos ni endiosar sujetos históricos, pero comparar a Lenin con cualesquiera otros personajes de la historia anterior a él revela candidez, inopia, incompetencia, incomprensión del fenómeno mismo y de su alcance: la Revolución de Octubre. Mientras las individualidades notorias por su actividad política (o política-militar) lucharon por poder, quienes descollaron en el campo de la economía actuaron por alcanzar riquezas, los aventureros se arriesgaron en busca de gloria y los profetas perseguían la trascendencia humana, a Lenin lo motivó la edificación de una sociedad cuya finalidad era (¡contrariamente!) la destrucción del estado, la desvalorización de la posesión de riquezas, el anonadamiento del poder individual en razón del colectivo, la terrenidad de las aspiraciones humanas y la supresión de las ambiciones mundanales, puesto que su satisfacción lleva implícita algún tipo de expoliación: en resumen, lo motivó el mejoramiento de las condiciones de vida y existencia de los más desposeídos.

No se trata aquí entonces de los valores humanos que hayan adornado o no su personalidad, de la magnitud evaluable de los mismos, ni siquiera de su signo. Poco importa que Lenin haya sido cruel, o perverso, o sencillo, o generoso, o mendaz u honesto, ni cuánto le hayan gustado las actividades deportivas. Es irrelevante que Lenin haya actuado de una manera u otra (sin que eso constituya un “cheque abierto” para hacer el mal), por la simple razón de que los problemas que enfrentó Lenin eran desconocidos para la historia misma. Así, según la visión y los conocimientos de cada cual sobre el asunto y la influencia de coyunturas y atributos personales, podría parecer que todo lo que hizo estuvo bien o mal: son, en propiedad, sus herederos quienes cuentan con su ejemplo a la hora de hacer elecciones.

Como toda persona que ha descollado en el devenir humano, Lenin es una guía imprescindible; sus criterios, opiniones, reflexiones, actos y decisiones, promueven el análisis vivo de quienes se acercan a él y ya eso es sobradamente enriquecedor. Podemos condenar la persona humana y el ser social que fue Lenin, o —por el contrario— amarlo fervientemente en esa condición, tanto como nos plazca. Podemos descartarlo a voluntad de nuestro grupo de amigos deseables o perseguir su sombra legendaria para alcanzar su mano amistosa. Nada de eso tiene mayor significado, cuando de lo que se trata es de que el propio proyecto social que consumió sus fuerzas es incomparable a cualquier otro que haya sido antes intentado.

En efecto, tras muchos siglos de literalmente aceptar las sociedades irracionales y clasistas que **espontáneamente** iban cobrando forma a su alrededor, un grupo de seres humanos bastante corrientes y no muy cultivados —sin experiencia alguna, sin haber sido genéticamente modificados con antelación, sin contar con consejeros fidedignos que pudiesen alumbrar el camino o rectificar sus pasos, sin haber cursado estudios cuyas enseñanzas les permitieran modelar sus actos futuros o predecirlos— emprendieron la aventura de construir (verbo que implica intencionalidad, propósito, diseño, y —contradictoriamente— conocimientos y cultura) una sociedad en la que las relaciones de clases no fueran preponderantes y en la que estuviera prohibido, consecuentemente, la apropiación privada de los medios de producción y la distribución mercantil de las riquezas. Lo intentaron las mismas personas que, dadas sus escasas luces y en virtud de su impensada fe, creían en la infalibilidad papal, en el mito de la vida después de la muerte, en toda suerte de milagros, en la sentencia patibularia de que “siempre había habido ricos y pobres, y así siempre ha de ser”, y de que “vivir bien” es vivir en el exceso material.

No conozco trabajos psicológicos o sociológicos que traten el tema de la optimidad de los seres humanos en calidad de líderes sociales, tomando como referencia el alcance de los actos a cuya ejecución conminan a quienes le rodean, pero aun arriesgándome a la especulación, a uno se le antoja que la historia está plagada de ejemplos de liderazgo que validarían la clasificación de esas personas entre aquellos que poseen una aguda “visión estratégica” y los que son increíblemente sagaces y oportunos para resolver situaciones cotidianas... No son cualidades necesariamente excluyentes, pero pocas personas

demuestran igual valor en calidad de “estrategas” y de “tácticos”. Si bien es cierto que los “tácticos” parecen ser capaces de salir de cualquier situación engorrosa que se les presente, los estrategas actúan hoy de manera tan segura que difícilmente se encuentren mañana en una “situación engorrosa”. Los estrategas son capaces de atisbar aquella mínima desviación angular del sendero trazado —aun cuando su apreciación inicial parece a los demás ridícula o despreciable— que podría conducirlos a un severo atolladero o colocarlos muy lejos de los fines propuestos... Lenin pertenece a ese grupo de dirigentes. Lenin nunca habría confundido la necesaria redistribución de riquezas como un medio para el desarrollo armónico de todos los ciudadanos con un fin en sí mismo: el enriquecimiento como virtud y sentido de la existencia.

Después de todo, cabría preguntarse, si “*toda la gloria del mundo cabe en un grano de maíz*”, qué caso tiene “defender” la actividad de Lenin, justificar sus actos y limpiar su imagen histórica... Es engañosa esa actitud, porque, efectivamente muy poco puede “importarle” a Lenin ahora la opinión que de él tengan sus semejantes, ni cuánto lo comprendan o escarnezcan, si no fuera —más que por la destrucción, ya absurdamente finiquitada— por el rechazo hacia la obra a la que dedicó toda su vida, ferozmente alentado por las clases imperiales dominantes, vía la denigración sostenida de su figura.

Asalto al Cielo

Antes de la Revolución de Octubre de 1917, Rusia era una “cárcel de pueblos”, según la calificó con toda justicia Lenin... ¿Es posible entonces creer con sensatez que apenas unos años después, en diciembre de 1922, momento en que se promulgó la primera constitución de la Unión Soviética, ya Rusia era *de facto* (no *de jure*) la república *prima inter paribus*, la “hermana mayor y solidaria” de aquellos mismos pueblos que antes sojuzgara? No, eso no es creíble, porque no parece que sea posible modificar el ideario predominante por decreto, y tal vez ni siquiera lo logre el “conductismo sostenido” (por vía de la simple inducción, mediante exaltación de paradigmas más o menos naturales o artificiosos de virtuosismo social, o por vía del empleo de la más desnuda coacción, gracias al uso de la fuerza legal y sus instituciones). Mucho temo que la “educación exitosa de masas” (no manipulación maniquea y mimetista) es una asignatura pendiente en el currículo de la izquierda en el poder. A la derecha, el tema no le interesa: con la manipulación le basta.

Es probable que en el plano legal, en la naciente Unión Soviética, no hubieran sido refrendadas demasiadas “desigualdades imperiales”, que estas no fueran muy acentuadas y resultaran prácticamente invisibles para el ojo profano, mas —en la conciencia del ciudadano común, incluyendo a su dirigencia— es del todo imposible que esa fuera la situación. En otras palabras, los rusos, después de su Revolución y a pesar de los esfuerzos (diríase que hartamente infantiles e infundados, desde el punto de vista científico) del aparataje ideológico creado (más dado y hecho a la manipulación que al entendimiento), seguían discriminando a los individuos humanos de otros pueblos, naciones y nacionalidades abiertamente, solapadamente, externamente o en su fuero interno, socialmente o en privado... Peor aún, en virtud de saberse protagonistas de eventos históricos colosales (algo que la propaganda oficial permanentemente recalca con largueza) y de la lucha encarnizada de clases en que se vieron envueltos, nació entre ellos un nuevo tipo de discriminación: *la ética*. Así, no solo el linaje burgués fue durante mucho tiempo motivo de preocupación (y causa real de relegación ciudadana) para su poseedor, sino que sintieron que los gigantescos acontecimientos de los que eran protagonistas les autorizaban a considerar *dilettanti* a los representantes de las fuerzas de izquierda del resto del mundo: en el imaginario social del pueblo soviético, en general, y de la dirigencia soviética, en particular, solo ellos eran depositarios de la **verdad verdadera**.

No puede extrañarnos entonces la petulante y arrogante posición asumida por distintas direcciones soviéticas respecto a Polonia en 1939, a la Internacional Comunista, a Antonio Gramsci, a Rosa Luxemburgo, al movimiento comunista europeo de la segunda mitad del pasado siglo, a la Hungría de 1956, a la República Popular China después del XX Congreso del PCUS, a Cuba durante la Crisis de Octubre (Crisis de los misiles o Crisis del

Caribe) de 1962 y a Checoslovaquia en 1968.

En la Unión Soviética nunca hubo un debate público, amplio, participativo, vivo, agudo, contradictorio, enriquecedor, popular, acalorado acerca del tema de las nacionalidades y mucho menos se analizaron en similar ambiente las insuficiencias de las instancias rectoras al respecto. En torno a este asunto, como en otros muchos casos, las autoridades soviéticas ofrecían el silencio y la secretividad como “solución”... Se hablaba oficial y oficiosamente de “patriotismo socialista”, de “internacionalismo proletario”, de “hermandad entre las nacionalidades”, de “relaciones fraternales”, de los “partidos hermanos”, pero todas esas eran fórmulas desguarnecidas de contenido desde hacía mucho tiempo, puesto que de **la verdad profunda** —esa que nace en estructuras subjetivas tan hondas del psiquismo de sus portadores que actúa sobre ellos como fuerte elemento inductivo de acciones en aquellas ocasiones en que nadie los ve, esa a la que quizás hoy aludiera Kant en calidad de matriz del *imperativo categórico*, esa que ahora rige las relaciones del poder central de Rusia con Chechenia y Georgia— jamás se hablaba... (No parecen la ocultación de la verdad, ni el escalonamiento gradual a su acceso, procedimientos adecuados **si de educación se trata**; por muy compleja que sea su exposición, por muy impertinente e inoportuna que nos resulte su desmembramiento público: no hay mejor antídoto a los rumores ni más profunda explicación de los hechos históricos que la revelación valiente de la verdad, y nada acarrea mayor costo político, a la larga, que encubrirla.)

Quién sabe si alentados por la ignorancia, el desespero o la insania social, pero lo cierto es que la generación de aquellas rusas y rusos por tantos años vilipendiados, ninguneados, zaheridos; aquellos marinos de caries, tatuajes y bigotes, sometidos a viles escarnios; aquellas mujeres valientes y apasionadas, celosas y trágicas, abnegadas y posesivas, meticulosamente relegadas al desdén y la ignorancia; aquellos campesinos ladinos y dicharacheros, parlanchines y taimados, temerosos y creyentes, abiertos y borrachines, metódicamente saqueados por siglos, se entregaron en cuerpo y alma a tomar el cielo por asalto, para hacer valer en este planeta las profecías de un par de sabios alemanes de los que nada gratificante y cuerdo habían escuchado de sus popes, aristócratas y terratenientes (en el caso, infrecuente para la mayoría de ellos, de que eso hubiera ocurrido), en unas condiciones no solo diferentes a las consideradas por esos sabios, sino (¡peor aún!) vertiginosamente cambiantes respecto a lo *esperado* (**pero ya inexistente**). De este modo, el asunto ya no era que las circunstancias para las que el modelo descrito no existían, sino que **nunca serían**. Así, aceptaban el reto no solo de construir una sociedad nueva en un único país, a despecho de los criterios de los fundadores primeros del marxismo, sino en un mundo que se modificaba vertiginosamente: los antiguos territorios coloniales con mano de obra esclava, muy apropiados para los regímenes cuasi feudales europeos de antaño, pasaban rápidamente a engrosar las huestes de las neocolonias capitalistas con explotación de mano de obra asalariada.

A la par de los cambios que se iban produciendo en el mundo, en el plano interno, como en toda revolución social (y hasta en los procesos sociales de mucha menor envergadura), el triunfo trajo la exaltación de los vencedores. Sobrevino un tiempo de individualización de la heroicidad colectiva y luego —humanos a la postre— un período de “dispensa de privilegios” a los héroes. (La Revolución Francesa, en una época en que las ciencias acumulaban muy pocas verdades positivas sobre los seres humanos, intentó resolver los problemas relacionados con la “nueva moral” a través del Comité de Salvación Pública y el uso en gran escala del invento del médico Joseph Ignace Guillotin, en tanto que, en la Unión Soviética de Stalin, las purgas fueron encargadas a la ChK —luego NKVD, MVD y finalmente, KGB—, como demostración fehaciente que la antropología seguía siendo —y es en muchos aspectos todavía— *terra ignota* para dirigentes, prohombres, caudillos y políticos.)

A la sombra de aquellos enrevesados procesos, y en virtud de la satisfacción de complejos imperativos sistémicos, fue surgiendo paulatinamente una nueva clase, formada por los burócratas de creciente poder y prerrogativas, que llegó no solo a minar

íntegramente el cuerpo del estado recién estructurado al que debían de servir (y al cual, consiguientemente, se debían), sino que —como ha sido fehacientemente demostrado— causó el colapso del proyecto cuando se vio imposibilitada de reproducir sus privilegios con independencia de la voluntad política: la Unión Soviética murió muy joven, asesinada por el temor de los burócratas (ya para entonces muy poderosos) de exponer su *modus vivendi* a las veleidades de las decisiones partidistas y de otro tipo.

Pero en este esquema —cuya exposición hasta el momento tal vez resulte excesivamente cándida y simplificada— no podemos soslayar las modificaciones formales (aunque de significación estructural no desdeñable) que estaba sufriendo el capitalismo industrial al entrar en su fase imperialista (y última).

Perestroika, Glasnost y Caída

En un intento de *demonstratio ad absurdum*, imaginemos la siguiente descripción.

En los albores de la Revolución de Octubre, los futuros soviéticos, no fueron presa de los eventos, sino que —convencidos unánimemente de que su miserable situación se debía a deficiencias en las estructuras sociales que habían soportado— decidieron por consenso modificar la sociedad existente (para lo cual tenían que instrumentar y hacer valer una experiencia inédita en la historia humana), comenzar desde ese entonces a producir solidariamente en industrias, empresas y tierras sin dueños, espoleados no por la necesidad o la ambición, mas por haber comprendido que había otras personas que necesitaban sus productos, y repartirlos de forma racional, sin precios dictados por los caprichos de la oferta y la demanda, convencidos de que —por este camino— podrían dedicar sus mejores esfuerzos al desarrollo de las ciencias y de las artes para su propio crecimiento humano. Entre tanto, las sociedades de los países que rodeaban a Rusia se detuvieron a contemplar la actividad de sus vecinos y a seguirla con mucho interés, toda vez que ellas mismas sufrían males similares y podían obtener experiencias válidas de cuanto estaba aconteciendo en aquellos parajes. Bella historia.

En realidad, bien se comprende, las potencias que rodeaban a Rusia recibieron las noticias provenientes de aquellos lares con tanto estupor como odio y decidieron desde un inicio acabar con el experimento. No estaban preocupados, desde luego, por los sufrimientos que pudiera acarrear a aquellas gentes la ejecución de un proyecto fallido: su inquietud provenía del temor de que triunfaran.

Pero, en su etapa imperialista, con la sustitución de los obsoletos métodos coloniales por los mecanismos frescos del neocolonialismo, las potencias capitalistas recibieron un nuevo pulmón. La ex-Rusia, otrora potencia imperial (no hay que olvidarlo), ahora Unión Soviética, se vio así ante el reto de lidiar con un contendiente dopado; más que eso: bajo la camiseta de su rival, en la carrera competía un ser artificial de tres pulmones y su espejismo tercermundista. La Unión Soviética fácilmente sobrepasó a la enclenque alucinación de “capitalismo”, pero —a pesar de sus empeños— nunca pudo alcanzar al androide, cuya significación emblemática no es pequeña: los habitantes del antiguo imperio ruso fueron testigos de que, mientras ellos se esforzaban con ahínco por lograr una sociedad no solo más justa, sino más productiva, **a partir básicamente de sus propias posibilidades objetivas**, sus vecinos proletarios lograban aparentemente humanizar a sus capitalistas y obtenían un (llamado) “estado de bienestar general” que les ofrecía mayores dividendos que el socialismo a los obreros soviéticos. El Tercer Mundo pagaba la diferencia tras bastidores, mientras la Revolución Mundial Permanente se iba a bolina.

No es posible obviar el impacto descorazonador que los primeros éxitos económicos de la República Popular China, su antiguo oponente ideológico, deben de haber tenido sobre los ánimos de los soviéticos. Gracias precisamente a la búsqueda de establecimiento de alianzas que condujeran al debilitamiento de la Unión Soviética, el imperialismo se mostró proclive a viabilizar la satisfacción de una de las dos premisas básicas para que una nación, en las condiciones actuales en que impera el capitalismo, acceda al desarrollo (tecnológico): garantizar al gigante asiático las fuentes de financiamiento necesarias y no negarle el acceso a las tecnologías requeridas. (Dado su gigantismo poblacional multiétnico,

el propio país siempre ha estado en situación de poder satisfacer la segunda condición, la referida a la tenencia de un grupo numeroso de personas susceptibles a ser explotados.) La dirección soviética de entonces debe de haber comprendido muy prontamente que tras el milagro de crecimiento económico de China no había otra cosa que los archiconocidos métodos de explotación capitalista, sin cambiar la apariencia de socialismo. Es probable que en esos años la cúpula rectora de la Unión Soviética haya decidido hacer las cosas a fondo: si de tener capitalismo se trata, ellos habrían de hacerlo como el resto de las naciones civilizadas europeas, incluyendo pues la forma y empezando por ella.

Como atinadamente ha sido corroborado, la implosión de la Unión Soviética, ocurrida setenta y cuatro años después de los eventos que aquí recordamos, comenzó y —más que eso— fue propiciada desde arriba. **No erró el pueblo soviético:** la causa final de la caída puede encontrarse en la corrupción de la dirección política de esa nación... Ayudó, eso sí, la ilusión de “progreso social” con que las potencias del primero y segundo mundos presentaron ante los ojos de los soviéticos el Frankenstein envuelto en sangre de “desarrollo (tecnológico)” que alcanzaron y su modo de vida consumista, y —sobre todo— la incapacidad de la dirigencia soviética de explicar los hechos y vencerlos. Si Rusia no hubiera sido europea, quizás no habría ocurrido la Revolución de Octubre; siéndolo, no supo evitar su desplome, porque los rusos, carentes de otras expectativas, quisieron disfrutar de su cuota debida de expoliación tercermundista.

Es imposible no soñar: ¿qué hubiera pasado si la Unión Soviética se hubiera unido más a las fuerzas progresistas de los países del Tercer Mundo, sus verdaderos aliados, y hubiera escuchado la voz que clamaba por la creación de “dos, tres, muchos Viet-Nams”?... (Quizás en la derrota bélica del sandinismo en su pugna con la contra se perdió la posibilidad del triunfo de la perestroika.) ¿Qué rumbo habrían tomado los acontecimientos si las direcciones soviéticas sucesoras de Stalin hubieran sido capaces de vencer su arrogancia imperial? ¿Qué hubiera ocurrido si la izquierda mundial hubiera sido verdaderamente una fuerza más unida, menos obediente, más crítica, más libre, más culta, más solidaria y menos nacionalista?...

Ayer teníamos todos que haber criticado las deformaciones de la Unión Soviética con más vehemencia, especialmente sus amigos. Ayer, cuando todavía existía una mínima oportunidad de evitar su colapso, era preciso encontrar en nosotros el coraje y los recursos para alegar en favor de salvar ese proyecto. Hoy, por el contrario, particularmente los que entonces carecíamos de voz e información, estamos en el deber de reconocer que, a pesar de todos los aspectos negativos que puedan imputársele o merezca, no es posible recatar la significación de la Unión Soviética para millones de oprimidos en este planeta, empezando por los habitantes humildes del gran imperio, y terminando en las naciones del Tercer Mundo. Es una canallada y una gruesa miopía política mencionar la palabra “socialismo” y silenciar la palabra “Unión Soviética”, para subrayar una pretendida superioridad moral y distanciarse de los acaecimientos arrebatadores y terribles que incubara.

Quienes ignoran esos hechos irrefutables y se regodean en la exposición superficial de los defectos que tuviera, hacen un flaco servicio a las causas más progresistas de la humanidad y a sí mismos, porque muchos de esos “pensadores” de última hora —algunos de los cuales disfrutaron sobradamente de todos los privilegios que en el plano personal les podría significar los halagos que vertieron en su momento a la existencia de la propia Unión Soviética y acallaron (tal vez en realidad con conocimiento de causa) las críticas hacia ella por conveniencia— adoptan pedantes poses academicistas y alegan los mismos argumentos que esgrimieron los supuestos “enemigos ideológicos” que esos propios personajes tuvieron ayer, a los que —entonces— removieron de sus cargos, castigaron laboralmente, sometieron a medidas partidistas o, incluso, encarcelaron.

Los soviéticos, aun si muchas veces parecieron titanes y otras tantas en verdad lo fueron, no eran en el fondo más que simples mortales: no pudieron con la enormidad de la tarea histórica que emprendieron. Con todo, resulta no solo muy superficial y estúpido asegurar que la humanidad no ha conocido una experiencia de sociedad socialista después de la Revolución Francesa (aunque olímpicamente se conceda que hayan existido muchos

“heroicos y trágicos intentos por lograrla”), sino de una pedantería asombrosa: únicamente quien sienta ser de **Chosen One** (o **Der Auserwählter**) se rebaja a hablar en tales caprichosos e infundados términos, sin otros argumentos que sus propios criterios de cómo es el “verdadero” socialismo... Mucho se apresuran en deslindarse de la sombra de aquel socialismo, **sin haber comprendido plenamente las causas objetivas de su caída**, quienes proponen identificarlo con otras denominaciones (hubo una época ya en que a algunos líderes alemanes les pareció apropiado el nombre de “socialismo” si le agregaban el adjetivo “nacional” para mejor definirlo), y “resolver” sus deficiencias mediante sencillas fórmulas economicistas. (Sinceramente, con perdón de los muy especialistas, no veo cómo es posible creer que mediante la sola modificación de las consideraciones a tener en cuenta para establecer precios a los productos se puede lograr la edificación de una sociedad básicamente solidaria...) Olvidan quienes así hablan que el socialismo es un asunto referido más a la ética que a la economía, con lo que corren el riesgo de obtener “más de lo mismo”, o de “inventar el agua tibia”, como decimos guasonamente por estos lares...

La construcción de una sociedad bajo los principios que rigieron su edificación en la Unión Soviética es ante todo una experiencia humana, **de todo el género humano, no es un evento nacional**... Aquellos que nos sentimos comprometidos con el futuro de nuestros hijos (no importa el nombre que se le de, **con tal que sea**) no debemos de olvidarlo ni por un instante, porque solo así —enriqueciendo nuestros actos en aquel acervo, estableciendo una clara línea de continuidad histórica de propósitos, perfeccionando lo logrado sin desecharlo arrogantemente— podremos andar el camino sin la mirada perdida de los beodos ni la desesperanza de los contritos. De la misma forma que nadie está en condiciones de elegir progenitura ni incidir en las vidas que hayan tenido, todas las personas que nos sentimos de izquierda, nos guste o nos aflija, somos, en alguna medida, hijos del Gran Octubre.

Hay que concluir que sí, por más que le pese a Francis Fukuyama (y a sus solapados cofrades de hoy día, tanto en la Gironda como entre jacobinos), la historia (exactamente en los términos en que él supuso que lo ha hecho) está muy lejos de haber dicho la última palabra: apenas está balbuceando.

El Paradigma Perdido

La Unión Soviética fue un intento serio y heroico por limitar el factor azar en la conformación de sus sistemas de presupuestos sociales. Entre los componentes fundacionales de esas estructuras sociales aparecían incluidas, desde luego, la ética y la moral, el pensamiento político y sociológico, los estudios económicos, las definiciones jurídico-legales, las cuestiones superestructurales que se adscriben a la ideología, etcétera.

Por veleidades de la historia, ese proyecto careció de los resultados de las entonces inexistentes o muy incipientes ciencias antropológicas y psicológicas, o fueron fervientemente ignorados por la comprensión estrecha de un materialismo extremo, mecanicista, minimizante y feroz, que negaba o veía con recelo —en el mejor de los casos— cualquier aproximación al universo psíquico humano.

Se desconoció, como si se tratara de una patraña imperialista, que a los seres humanos les son inherentes (entre otras potencialidades psicológicas quizás) las tendencias *a dudar, a la socialización, a la libertad* (aceptando incluso los riesgos de conceptualización que se encaran al emplear tan gastados términos), y que necesitan imperiosamente realizarlas mediante sus poderes de *amar, conocer y recrear el mundo*: la necesaria unanimidad en los fines se impuso forzosamente en los medios de conseguirlos y hasta en los detalles de su implementación.

Una vez más se edificaba una sociedad, en condiciones de extrema complejidad, sin conocer ni aceptar plenamente a los seres humanos, razón por la cual los resultados obtenidos devenían a la postre *suprahumanos y supraindividuales*, en virtud de un proyecto tan severo y dogmático como pudo serlo el cristianismo primitivo, pero más científico que espiritual... Se actuaba, por ejemplo, como si la idolatría misma pudiera ser una conducta digna (y necesaria) si sólo se manifestaba hacia los íconos sociales adecuados, mientras

que las jerarquizaciones se estimaron imprescindibles, por lo que las personas nuevamente eran **indiscriminadas en tanto individuos y jerarquizadas como ciudadanos**, cuando debía de ocurrir exactamente lo opuesto, dada la identidad esencial de los seres humanos y la singularidad fenoménica de sus realizaciones individuales.

Una vez más, en la nueva sociedad cobraron fuerza unas ciertas “verdades eternas e indisputables”, y —desconociendo los siglos durante los cuales el pensamiento progresista luchó denodadamente en favor de la razón crítica como elemento contrapuesto al principio de autoridad— fuerzas sociales renovadas se erigieron en defensoras de la nueva fe, sin que el cambio de la clase de procedencia pudiera mitigar su esencia policial ni su acción conservadora y retrógrada. De alguna manera, más bien por inercia, se sustituyó en el pensamiento oficial la idea de la liberación espiritual de los seres humanos por la de que podría existir una “manipulación virtuosa” y que ella debería de ser contrapuesta a la “manipulación perversa enemiga”: nuevos dogmas sustituyeron a los viejos y poco a poco temas tabúes de reciente incorporación ocuparon el lugar de los defenestrados, mientras la contención y ulterior domesticación del pensamiento crítico sirvió de preámbulo a la instauración de un tipo de propaganda apologética, permisiva y fosilizante, dentro del contexto agotador y omnipresente de la ideología imperante. Por obra y gracia del oficialismo, la conducta forzada por las circunstancias se convirtió en *desideratum*, y la exposición de la más mínima crítica pública **espontánea** exigía la consideración de factores tales como: polaridad de la crítica (positiva y negativa), oportunidad, público, objeto de la crítica, fundamento de la misma, causas que la sugerían, propósitos que perseguía y, sobre todo, identidad del expositor (lo cual incluye: cargo que ostentaba al momento de ejercer la crítica, procedencia social y laboral, responsabilidades desempeñadas anteriormente, catadura moral, autoridad para ejercer críticas, etc.) Para crear ambientes participativos y de plenitud democrática, existían otras críticas que se hacían aparecer como libérrimo ejercicio del criterio, pero estas no eran ya espontáneas, sino planificadas. (En el caso de estas últimas, cuando eran públicas, tanto el criticante como el criticado conocían a cabalidad el comportamiento teatral que de ellos se exigía).

La Unión Soviética fracasó en la intensidad leninista de horizontalizar la dirección económica y política de la sociedad (destruir la maquinaria del estado). Quizás la explicación esté en que la dirección del proceso de edificación del socialismo en la Unión Soviética debió de encarar sus retos sin historia anterior y sin apertura mental ni grandeza de miras en sus dirigentes, en forma casi compulsiva. En esas condiciones no es fácil desarrollar métodos consensuales de dirección (mucho menos aplicarlos) para grupos humanos muy numerosos y heterogéneos en condiciones de elevada variabilidad táctica (incluyendo circunstancias y escenario de operaciones).

Es cierto que la sociología soviética rechazaba las encuestas, las votaciones, las discusiones públicas y otros recursos, y es probable que lo haya hecho por temor a los resultados (si las encuestas preservaban la identidad de los encuestados) o por la escasa fiabilidad de los resultados obtenidos en universos muestrales formados por la opinión pública de individuos asalariados del estado, expuesta y recogida en encuestas efectuadas por el contratista (el estado), pero también es cierto que nadie entonces en el mundo contaba con el conocimiento, ni con los medios técnicos, ni con las teorías matemáticas requeridas, ni con la exposición adecuada de los métodos sinérgicos de dirección participativa en condiciones de elevado dinamismo. (Los conceptos de *consenso* y *sinergia*, por ejemplo, son relativamente recientes.)

De cualquier manera, la dirección soviética no fue capaz de lograr que los soviéticos fueran, supieran que lo eran y se sintieran autores del guión de su futuro y protagonistas principales de **su** historia. La menor parte de ellos solo llegó a figurines; el resto, comparsa, relleno y reparto.

Sin pretensiones de satisfacer rigurosas normas de rigor histórico, me atrevería a afirmar que desde los años setenta del siglo pasado, una parte cuantitativamente importante de la intelectualidad comprometida soviética comenzó a tomar claro conocimiento de los males de su sociedad, y algunos de ellos tal vez alcanzaran a comprender que se

aproximaban en caída libre a un punto de no-retorno. Por su parte, los documentos públicos a los que hemos tenido acceso los lectores promedios en Cuba permiten intuir que ya desde la época de Yuri Vladimírovich Andrópov, la dirección de la Unión Soviética era consciente del tumor social que minaba la salud del gran estado. Incluso se diría que el “team Gorbachov” tuvo inicialmente la intención de enmendar los enormes problemas que enfrentaba el sistema social edificado. Si esos en verdad eran sus deseos más sinceros, hay que reconocer que sus miembros actuaron con una ingenuidad casi mayor que la soberbia (primermundista e imperial) que les obligaba a ignorar voces políticamente más astutas y experimentadas que les apuntaban que no es posible rectificar una obra mediante la destrucción de sus cimientos.

El crecimiento desmesurado e incontrolable de la economía subterránea y las cantidades crecientes de importantes producciones para satisfacer sus demandas, más el abaratamiento del petróleo en el mercado mundial como consecuencia de los éxitos del Proyecto del Mar del Norte, y el consecuente enflaquecimiento de las arcas nacionales por la reducción de sus ventas de materias primas, unido a la Guerra de las Galaxias que exigía la erogación de enormes sumas inexistentes, puede haber sido el tiro de gracia en el campo de las finanzas. El estado soviético dejó de ser rentable.

Mientras los *rishis* indios han estado denominando *maya*, desde hace muchos años, a la incidencia virtual —esto es, asumida— del mundo material sobre los seres humanos, ninguno de los dirigentes soviéticos después de Lenin actuó como si fuera consciente de la temporalidad de sus vidas, de la transitoriedad de sus existencias, de la circunstancialidad de su importancia, de la nimiedad de la “gloria” histórica, de la insignificancia de las medallas, de las condecoraciones, de los aplausos: la incultura obnubilante les impidió atisbar la realidad tras el oropel de las apariencias y aprehender así el hecho de que ninguna riqueza o bienestar material está en condiciones de cambiar sus esencias, ni la perspectiva que tengan de las circunstancias de su desarrollo. Aceptaron, sin someterlos a escrutinio crítico, los paradigmas existenciales del mundo que intentaban superar con la nueva experiencia histórica que regentaban... ¡Qué vanos!: todos morimos en estricta posesión de aquello con lo que nacemos: soma y psiquis. Atrás, junto a camisas deshilachadas y jirones de otras “pertenencias”, quedan los amores, las vicisitudes, los temores, las disquisiciones y vivencias.

Como hemos visto, en la Unión Soviética sobrevino el momento en que “los de arriba no quisieron gobernar como antes” porque se convirtieron en una *clase en sí y para sí*. Eso ocurrió debido a insuficiencias culturales que les impidieron vencer en sí la conducta y presupuestos de la ideología consumista dominante y crear principios éticos, como parte de un nuevo “paradigma socialista”, verdaderamente humanistas, con los correspondientes mecanismos sociales de control de su actividad en calidad de vanguardia dirigente. Simultáneamente, hastiados de vivir sin ser los ejecutores de su presente y diseñadores de su futuro y cegados por la aparente bonanza económica que gozaban sus pares proletarios europeos en sociedades enriquecidas a costa del Tercer Mundo, tampoco “los de abajo quisieron vivir como antes”... Nos resta indagar qué condiciones existían en aquella sociedad para que la tarea de sepultar el proyecto socialista soviético, a pesar de las vidas y sufrimientos que costara el empeño de su construcción, le resultara tan fácil a la burocracia protoburguesa finiquitadora.

El Mamut con Pies de Barro

Pasemos a considerar los factores que explican cómo “los de arriba” pudieron revertir tan fácilmente el alud de procesos sociales que desencadenó la Revolución de Octubre, o sea, cuáles fueron las causas estructurales objetivas que allanaron el desenlace de la crisis final.

Digamos así, es ciencia establecida que en el macromundo, todos los fenómenos naturales de los cuerpos inanimados que lo forman se rigen por el principio de la causalidad. En los organismos vivos, salvando las distancias y complejidades correspondientes, el funcionamiento de sus sistemas vegetativos componentes es también causal en el sentido de que se basa en estructuras de jerarquización que recuerdan una pirámide, de suerte que la actividad de cualquier órgano aislado depende completamente de un centro individualizable, mientras que —en el nivel de organización siguiente de la materia— la conducta de los animales es básicamente instintiva. Como es de esperar —si tenemos en cuenta que la tecnología hace copia dialéctica de los procedimientos y fenómenos de la naturaleza—, en los procesos de dirección conocidos en (y desarrollados por) ella encontramos el mismo diseño de “dirección vertical”, incluyendo los relacionados con los sistemas computacionales, en los que —a diferencia de lo que ocurre en los mecanismos más simples— el universo de posibles resultados (*outcomes*) no es unitario, pero sí rigurosamente predeterminable, a partir de los programas que los rigen. En otras palabras, ni la naturaleza ni la tecnología conocen el consenso, por lo que en ninguna de sus instancias, ni siquiera en el nivel computacional, aplican esquemas de “dirección horizontal” o soluciones correspondientes a ella.

Por su parte, los grupos humanos, en virtud de la naturaleza determinista y finita de los fenómenos que **secuencialmente** han afrontado desde su surgimiento, han visto ligado el incremento de su eficiencia funcional, garante de su supervivencia como sociedad, a una especialización progresiva de todos sus miembros, tanto en la producción de bienes y servicios, como en las instituciones de control y dirección de los procesos sociales y de los eventos que orgánicamente encarara la sociedad de referencia. Semejante aproximación (utilitaria pero ineludible) fundamenta la filosofía jerárquica del funcionamiento de todas las sociedades humanas que son y han sido. Al mismo tiempo, el deseo de los estratos dominantes por estar en condiciones de reproducir, con independencia de las circunstancias enfrentadas, las posiciones sociales puntualmente conseguidas, hizo que sus representantes, desde los albores de las sociedades clasistas, se apropiaran de los medios que aseguraban dicha reproducción y les permitiera, a una, imponer superestructuras sociales que refrendaran sus privilegios en todos los planos sociales posibles, estableciendo, de hecho, jerarquías sociales no vinculadas a función alguna. Aparecieron las *estructuras estatales*.

Como ha sido explicado muchas veces, estos dos momentos (el de la jerarquización de las estructuras funcionales de la sociedad y la apropiación de los medios que permiten la reproducción de esa jerarquización social) están orgánicamente vinculados entre sí, de tal suerte que la antelación de uno respecto a otro es casuística, aunque inevitable en las sociedades clasistas: los jefes devienen dueños, y los dueños, jefes. Consecuentemente, la aparición de clases sociales, bruscamente diferenciadas en el plano de “acceso a” y “disfrute de” las riquezas materiales al alcance del grupo social considerado, parecería un proceso completamente natural.

Uno se vería inclinado a reputar el proceso jerarquizador señalado de “absolutamente justo”, si fuera exhaustivamente demostrable que las diferencias que se aprecian entre los seres humanos no son fenoménicas —esto es, no se revelan ante circunstancias o sistemas referenciales específicos, ni su alcance está circunscrito a ellas—, sino esenciales, de modo que resulte incuestionable adjudicarle universalidad a esa asumida validez de la inferioridad/superioridad de unos respecto a otros, como pretenden los representantes “científicos” de la derecha. Afortunadamente, ese no es el caso. Con todo parece impostergable que la izquierda se ocupe de este asunto, por la ascendencia que goza,

incluso dentro de ciertos representantes del pensamiento progresista, y las enormes implicaciones que su admisión tiene para todas las sociedades. En realidad, el desconocimiento de esta identidad es el fundamento ético y el sustrato ideológico de todas las atroces conductas discriminatorias que ha sufrido la humanidad, incluyendo el fascismo, el sionismo y el apartheid, y otras formas más veladas (pero no menos crueles) de segregación sexual, económica, física, psíquica, educacional, cultural, racial, social, ética (probablemente la peor de todas y la más difícil de superar), etc.

De acuerdo a esta visión, aun cuando los proyectistas y gestores de la Revolución de Octubre persiguieran la implementación práctica de sistemas **eficientes** de “dirección horizontal consensuada” —tanto en los planos económicos como políticos de la sociedad—, con una amplia participación ciudadana, a través de los Soviets de obreros y campesinos, en consonancia con **su intención teórica expresa de destruir finalmente el estado, en tanto expresión jurídica clasista de las injustas relaciones sociales capitalistas establecidas, e instrumento sumiso de los poderosos para lograr la explotación de las mayorías**, a falta de posibilidades subjetivas y objetivas reales (incluyendo la carencia de las herramientas teóricas necesarias y los medios técnicos indispensables) para lograrlo, se levantaba ocultamente ante ellos el reto de **demostrar la posibilidad de independizar totalmente el momento de la jerarquización de las estructuras sociales funcionales del momento de su auto-perpetuación.**

Para comprender la inmensidad de la tarea propuesta, habría que subrayar que esta solución debía de ser obtenida sin tregua en la lucha contra las potencias imperialistas y las fuerzas reaccionarias internas, **en condiciones de dominio mundial del capitalismo y de preeminencia de su ideología burguesa**, por personas que eran, en su mayoría, portadores pasivos de esa ideología, algunos de los cuales (tal como ocurrió en verdad) podría ser o presa de poderosas ambiciones más o menos inconscientes, o insuficientemente inmunes a las deformaciones atribuibles al ejercicio prolongado del poder, por carencias ético-culturales.

Por esa razón, para eliminar permanentemente el peligro de incubación de intenciones de reproducción sistémica por parte del aparato burocrático del partido, del gobierno y del estado, los gestores de aquella hazaña diseñaron e instauraron a gran escala, entre otras, las siguientes medidas educativas, administrativas y partidistas, de control y autocontrol, diferenciadas principalmente por el alcance de su acción:

- definición e instauración paulatina y creciente de una ética y moral comunistas, basadas en las nuevas relaciones de producción socialistas,
- conveniente formación educativa de las nuevas generaciones,
- trabajo ideológico adecuado,
- transparencia de la gestión de la dirección,
- disponibilidad de mecanismos de remociones expeditas,
- acertada política de cuadros,
- fortalecimiento de los órganos de poder obrero,
- rendiciones de cuenta partidistas,
- ejercicio irrestricto de los principios partidistas de centralismo democrático.

Lo ocurrido en la Unión Soviética permite suponer serenamente que en un mundo regido por el sistema capitalista, el imperio epocal de la ideología dominante —apoyado en el mito de la “sociedad de bienestar general”, posible en verdad gracias a la existencia tras bambalinas del Tercer Mundo—, unido a débiles armazones de democracia y supervisión social, fortalece la relación entre los dos momentos señalados hasta niveles insospechados, de tal suerte que **la conservación por demasiado tiempo de la jerarquización de las estructuras funcionales**, sin la fiscalización práctica pertinente, animó a sus detentores a buscar la reproducción de las relaciones sociales que ella imponía en forma automática o sistémica, vale decir, independiente de cualesquiera razones que las hayan generado, esto es, conseguir en su beneficio la división (que entonces ya sería artificial) de la sociedad en clases estables y bien diferenciadas, para lo cual se siguió el único camino existente en pos de ese objetivo: la privatización de los medios de producción, o sea, la adjudicación a las

clases dominantes de los recursos que les permitieran conservar sus posiciones privilegiadas.

En otras palabras, en las condiciones señaladas, si —como hemos visto— el desarrollo cultural (se utiliza el calificativo “cultural” con toda deliberación) de las elites políticas fue insuficiente para:

- a) vencer en sí la influencia de la ideología dominante;
- b) elaborar paradigmas sociales nuevos, más en correspondencia con los objetivos del sistema en construcción (de modo que no sobreviniera el instante en que “los de arriba no quisieran gobernar como antes”),
- c) propiciar la formación de estructuras sociales eficientes de fiscalización de su gestión, mediante la democratización irrestricta de la sociedad en las esferas política e ideológica,
- d) crear y consolidar permanentemente estructuras sociales cuyo funcionamiento democrático participativo fortaleciera la identidad de las personas, hasta el punto de —luego de haberlas liberado de penurias vivenciales— permitirles pensar y actuar por su propio discernimiento en la creación y persecución de sus metas existenciales, dentro del marco del sistema social en desarrollo,

las medidas “superestructurales” de control partidista y social apuntadas fueron claramente ineficaces para evitar la posibilidad de que esas elites llevaran sus deseos a la práctica.

Es fácil comprender, por consiguiente, que —de acuerdo con este enfoque— estamos en presencia de tres momentos distinguibles (aunque muy interrelacionados):

- arquitectura funcional (política y económica) del estado;
- límites de las estructuras (alcance y profundidad de su influencia) correspondientes a la arquitectura de referencia;
- formas de propiedad sobre los medios de producción.

Comoquiera que la situación de dominio —término más exacto y menos benigno que el de influencia— mundial del capitalismo lejos de haber disminuido desde el glorioso octubre (juliano) de 1917 ha aumentado con creces, la **situación externa** que enfrenta la izquierda ante el problema de estructuración y posterior institucionalización de un aparato funcional que cohesione y dirija las fuerzas empeñadas en la edificación de una sociedad socialista es incluso peor que la de los representantes soviéticos de entonces, pero (¡gracias a que ellos fueron!), la **situación interna** de la izquierda es incomparablemente superior: hoy ella enfrenta idéntico reto de crear un estado que no se convierta en estructura *suprahistórica* ni *supraindividual*, sino destinado —por el contrario— a su autodesintegración gradual, pero cuenta con los adelantos que le brindan la ciencia y la tecnología actuales y, sobre todo, la rica experiencia de aquel Octubre juliano.

Arquitectura Funcional del Estado

En los sistemas de dirección social, la universalidad (geográfica e histórica), preeminencia, persistencia y permanencia de la arquitectura basada en estructuras de jerarquización piramidal, en la que los engranajes de funcionamiento y la información pertinente siguen un complejo sentido vertical bidireccional (dirección de órdenes/dirección de realimentación), hacen válido que nos preguntemos si es posible en la práctica seguir otros patrones estructurales (“dirección horizontal”, formatos mixtos), y —en caso de que la respuesta a esta interrogante fuere afirmativa— qué condiciones requerirían estos.

Tanto más pertinentes son esas interrogantes no solo por el hecho de que, como hemos visto, la estructura vertical de dirección es la única imperante en el mundo natural, sino porque su asunción por los órganos sociales de dirección tampoco ha sido forzada: es el resultado de las sucesivas divisiones del trabajo y de la especialización consecuente de la actividad de los humanos que los grupos sociales han experimentado espontáneamente en (y gracias a) su desarrollo.

Ante esas realidades, el discurso político, incluyendo los reclamos de Lenin por una revolución cuyo designio final fuera la destrucción del estado, podría parecer absurdo, si no anarquista.

Si hemos de creer, como corrobora permanentemente la historia, que la humanidad comienza a delinear sus metas cuando está lista para ellas, ha llegado el momento de comenzar a instrumentar estructuras mixtas de dirección social en que predomine la horizontalidad, hasta el grado que exijan las tareas que enfrenten y lo permita el entorno político, social, económico y tecnológico de la sociedad de que se trate.

Sin embargo, la respuesta no parece ser la misma cuando se analizan los eventos que rodearon la Revolución de Octubre y que definieron sus condiciones límites.

En realidad, el propósito leninista entonces no fue eliminar los procesos de dirección requeridos en cualquier sociedad (algo virtualmente imposible en el mundo real), sino de destruir la maquinaria de opresión clasista que era el estado burgués y erigir sobre sus ruinas nuevas estructuras de dirección social completamente participativas e incluyentes, esto es, **verdaderamente democráticas**. Había primero que domesticar al **Estado**, para después **sustituirlo por las personas**.

Se trata, como se ve, de la **superación dialéctica del estado** mediante la creación de estructuras de participación universal de los ciudadanos, con el fin de que las condiciones objetivas de la sociedad edificada permitiera a cada cual la definición del sentido individual de su existencia.

Además del sustrato profundamente humanista que lo alentaba y de una visión muy científica, muy desmitificada, muy realista, completamente actual —mejor que “moderna, tanto menos “post-moderna”— del estado (en la que este no era un fin en sí mismo, sino un medio de liberación de los seres humanos), la realización del proyecto de Lenin, en la muy convulsa y muy compleja praxis social de las Rusias pre-soviéticas, se apoyaba en un formidable aparato rector, en el diseño e instrumentación del cual había trabajado con otros revolucionarios desde una posición esclarecedora de enorme trascendencia política, habida cuenta el prestigio de hombre culto y pensador original que con justicia se había ganado entre ellos: el Partido bolchevique.

Lenin no instrumentalizó la armazón incaica-vertical que le dio Stalin al partido (para poder prescindir luego de ella totalmente con mayor facilidad), sino que estructuró un “ente político” **genuinamente social** (las medidas de exclusión por pertenencia de clase adquirieron notoriedad después del triunfo de Octubre, para evitar claros oportunismos y arribismos políticos), al servicio de las mayorías, centralizado, pero formado por estratos, cada uno de los cuales era “horizontal”: son conocidas las apasionadas discusiones en el Buró Político, sobre los más diversos temas. A su vez, entre esos estratos había nexos que Lenin esperaba, contrariamente a lo que sucedió después, fortalecer gradualmente.

De este modo, es de suponer que Lenin buscaba la destrucción del estado burgués no para sustituirlo con el Partido, ni para hacer surgir un nuevo estado estalinista vertical bajo su vigilancia, sino para que el Partido canalizara el proceso de horizontalización de las estructuras estatales y la participación activa de las masas en los procesos de dirección.

La derecha argumenta que la aludida opresión que ejerce el estado sobre sus súbditos se corresponde con la apreciación de “aplastamiento individual” que sufren las personas más débiles ante la (asumida) importancia de los funcionarios. De ser este el caso dicen, destruir el estado sería una falsa liberación, ya que no resuelve los complejos de inferioridad de cada cual, ni las causas que los generan, por lo que bastaría con centrarse en estos (seudo)problemas para eliminar todos los males. (No puede extrañarnos entonces que el número de los llamados *shrinks* [loqueros] sea enorme en las grandes sociedades consumistas de este mundo.)

Ciertamente, existen personas que poseen determinado “crecimiento espiritual”, o dominio de sus atributos volitivos de suerte que hacen apuntar hacia sí mismos —según la codificación utilizada en algunos cuerpos de enseñanza— la saeta del vector con que se identifica la voluntad individual (a diferencia de la conducta socialmente exigida a los políticos, por ejemplo), y consiguen subsumir en sí mismos ese patrón comportamental por períodos prolongados de tiempo sin que se aprecien daños severos de su integridad psíquico-física, dada la naturaleza objetiva de la subjetividad humana. Entre esas personas se cuentan los ermitaños, *sannyasis*, anacoretas, escapistas, iluminados, ascetas,

marginales, nihilistas, misántropos y cenobitas diversos, que siguen una conducta *aparentemente* liberada de la sociedad, porque viven (o pretenden hacerlo) *al margen de ella*. Los *yonquis*, independientemente de cuáles hayan sido sus comienzos, buscan a la larga conseguir con drogas y psicotrópicos el sueño de que son “libres”, y algunos millonarios pueden comprarse la ilusión de encontrarse “por encima del bien y del mal”, mientras que entre los “plenamente integrados” se encuentran hispanoparlantes para quien “aznar” es un verbo indicativo de la “comisión de asnadas” con falta de ortografía, y el papa, una suerte de clown presentador del *Cirque du Soleil*.

No obstante, las relaciones sociales que se establecen entre los seres humanos, siendo —desde luego— intangibles y diferenciadamente apreciables por el universo subjetivo de cada quien, tienen una existencia objetiva, en el sentido de que ellas no dependen de la voluntad individual de nadie ni del modo en que cada cual las perciba, y son ellas —como se sabe— las que definen la estructura económica de la sociedad, que es la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política, y definitivamente esa institución aglutinante y ubicua que se conoce como *Estado*. Así, hasta la forma en que cada cual “escape” depende, en última instancia, de las relaciones de producción vigentes en la sociedad en que vive.

De este modo, la liberación definitiva de cada individuo de una sociedad dada depende completamente de la liberación de todos los individuos de dicha sociedad.

Se comprende entonces que la tarea general que se plantearon los gestores del Gran Octubre es enorme, pero ¿cómo aparecía ella en las mentes de los revolucionarios, futuros soviéticos?

Salvo Lenin y algunos otros revolucionarios-intelectuales, o intelectuales a secas, menos conocidos, es difícil que aquellos revolucionarios, alentados por una sed irrefrenable de justicia social, persiguieran una meta menos inmediata que la del emparejamiento social, esto es, la satisfacción de las necesidades humanas vivenciales básicas³ de las más amplias mayorías, al menos por el hecho comprensible de que, como ha sido sabiamente apuntado muchas veces, sin su cumplimiento no hay filosofar posible.

Resulta pertinente detenerse en la consideración de esta tarea por la relación que guarda con el concepto admitido de “justicia social”, y porque su plácida aceptación teórica se trasmuta muy fácilmente en encarnizado rechazo práctico.

En efecto, en una primera aproximación, ateniéndonos al enfoque de “justicia según las circunstancias”, parecería indisputablemente justo asegurar a todo ser humano, desde su nacimiento, la satisfacción de todas sus necesidades básicas, independientemente de cualesquiera otras consideraciones (tales como: condición social, estado de salud física y mental, entorno cultural, calidad previsible de educación familiar, nacionalidad, escala de valores aceptadas en su ambiente natural, raza, sexo, desempeño social esperable, etc.), a fin de que reciba consecuentemente idénticas posibilidades de desarrollo ulterior en tanto ser humano socializado.

Esta etapa de “compensación de posibilidades” (como se ve insoslayable, si se trata seriamente de construcción de una nueva sociedad) ha sido llamada en alguna literatura “período de transición”. Son notorios en él la ocupación de cargos relevantes por personas que mejor dominan los principios de la “justicia de circunstancia” en lo concerniente —sobre todo— a cómo distribuir los recursos materiales y la riquezas creadas que las técnicas de incremento de esas riquezas. (Los tecnócratas por supuesto, manifiestan —no sin razones— su inconformidad ante hechos como estos.)

Es inevitable que, en el período de transición, la satisfacción de la “justicia de circunstancia” provoque eventos tildables de “injustos”, según la visión habitual emanada de la “justicia de hechos” que premia a los de mejor desempeño, independientemente de las condiciones que lo propician. Así, el mejoramiento del nivel de vida de las clases más

³ En aras de articular un lenguaje comprensible, debo de reconocer que acepto intuitivamente, sin las honduras que el asunto requiere, que las necesidades básicas (*sine qua non*, mínimas) humanas (vivenciales y existenciales) se refieren a alimentación (víveres y agua), protección (vivienda, seguridad ciudadana, salud pública), y educación. Es claro que el contenido de esas necesidades varía con la época.

desposeídas solo puede tener lugar gracias a la reducción de los ingresos de los más ricos, independientemente de cual haya sido su conducta individual pasada ni su compromiso con el futuro.

Del monto que se someta a redistribución dependerá el ímpetu con que se acometa el “período de transición”, pero no necesariamente la duración del mismo, no solo por el hecho de que un proceso de equiparación social radical exige la aplicación de medidas de poder central más firmes, y agudiza la lucha de clases hasta niveles imprevisibles —con toda la carga de violencia que ella implica y lo azaroso que devienen sus resultados—, sino porque el período de transición no modifica la visión consumista de la sociedad clasista anterior respecto a las riquezas materiales; en él, contrariamente a lo postulado, las apariencias indican que se parte de la aceptación de que efectivamente la posesión de riquezas es un fin en si mismo, cuando en realidad las riquezas se redistribuyen **socialmente** para garantizar que cada cual cuente con los medios mínimos indispensables que aseguren, en el futuro más próximo dable, su realización personal más plena. (Vale señalar que entre los primeros confundidos se encuentra con frecuencia una parte importante de los beneficiados; hay entre ellos quienes confunden ese proceso de nivelación social con un “pago de lealtades” y organizan graciosas “piñatas” entre los “camaradas”, mientras que otros gestionan su pobreza con las habilidades propias de un especialista en *marketing*.)

Parecería que la conducta seguida ante la redistribución de las riquezas constituye justamente una de las principales características de los movimientos que se han propuesto la edificación de una nueva sociedad, y se diría que los socialdemócratas se cuentan entre aquellos que siguen políticas tan timoratas y movilizan montos de distribución tan mínimos que al final no cambian nada.

Es claro que, de ser consecuentes, la descripción expuesta alienta la discusión de los conceptos —entre otros— de justicia y racionalidad, “lo justo” y “lo injusto”, relación entre riquezas materiales y justicia social, el espinoso asunto del *telos* de una sociedad, nación y finalidad, el sentido de la existencia humana, los sistemas axiológicos, la identidad esencial de los humanos y las diferencias que —a pesar de esa conjetura sustentada de equidad ontológica— se observan en ellos como seres sociales.

(Tal vez en virtud del modo en que aquí se presenta el tema de la justicia social que persigue la construcción del socialismo en su etapa inicial, cuya aplicación posee indudablemente elementos *transgeneracionales*, a algunos podría parecerle que el socialismo es un intento terrenal de aplicación de los principios *kármicos-dhármicos* de la “justicia divina”... No es de extrañar esta apreciación, puesto que las leyendas en torno al paraíso creadas por los seres humanos recogen su sentido intuitivo de “justicia desnuda”, según el concepto de que basta la humana condición para ser acreedor de todos los derechos.)

La “justicia por circunstancia” se asienta en el reconocimiento tácito de la identidad esencial de los seres humanos, o sea, de que —como ocurre con los atributos físicos— todos los seres humanos nacemos con igual dotación de potencialidades psicológicas, por lo que su manifestación y —sobre todo— su evaluación cuantitativa y cualitativa dependen únicamente del entorno histórico-social en que se desarrolle este individuo.

Los eventos que acompañaron a la Gran Revolución de Octubre incidieron negativamente en la economía del multinacional estado, por lo que prontamente la distribución más o menos equitativa de bienes se convirtió en distribución de la pobreza.

Considerando que cualquier sociedad solo cuenta, en propiedad, con los recursos que sea capaz de crear por sí misma, las autoridades del joven proceso, para revertir la caída económica e incentivar la activa participación ciudadana en sus asuntos comunes, siguiendo los principios rectores universalmente adoptados de “administración de justicia por los hechos”, implantaron la distribución de acuerdo con el principio que reza que “cada quien obtenga beneficios según los frutos de su labor, y trabaje en concordancia con sus posibilidades”, de justa apariencia. Sin embargo, una vez más no es posible obviar que, como resultado de las disparidades sociales en que se formaron las personas enfrentadas a

la tarea de construir una sociedad raigalmente nueva, ellas mismas son portadoras de capacidades muy contrastantes, por lo que la aplicación automática del principio de distribución aducido conduce, en modo cierto, a perpetuar esas desigualdades o —cuando menos— a ralentizar el proceso de su nivelación. (No en balde este principio de distribución de las riquezas es aplicado gustosa e intensamente por los capataces capitalistas más sagaces y competitivos, algo que deberían de tener en cuenta los tecnócratas financieros de izquierda cuando proponen modelos de mejoras o actualizaciones seculares del socialismo basados en la monetarización de la actividad humana en forma, diz que, *responsable y conveniente*.)

Si los cambios sociales no continúan su avance hacia la estructuración de formas ampliamente participativas de los individuos en sociedad (formas destinadas a estimular la reconversión de cada uno de ellos, en colectivo, de “peón” a auténtico creador), o sea, hacia la superación dialéctica del estado, más tarde o más temprano las personas se preguntarán para qué sirve esa distribución más equitativa de posibilidades, a lo que los representantes de las clases perjudicadas responderán que la revolución solo sirvió para cambiar parcialmente la nómina de privilegiados.

En la Unión Soviética, el proceso de desmontaje del aparato estatal pronto se vio sustituido por el de su reconstrucción.

Conviene preguntarse serenamente, además de su entusiasmo, ¿con qué contaban los futuros líderes soviéticos para cumplir las tareas propuestas?

Hacer un juicio objetivo de la conducta seguida por Lenin y los restantes líderes de la Gran Revolución de Octubre, sobre este problema, exige que nos circunscribamos a emplear, en tal análisis, las ideas suficientemente conocidas en la época de ocurrencia de los actos escrutados. Por eso tal vez resulte pertinente repasar el panorama de las concepciones científicas establecidas en el entorno inmediato anterior al momento en que los bolcheviques se impusieron la enorme tarea de construir una sociedad de nuevo tipo, toda vez que ellas conformaban el sustrato teórico al que tenían acceso.

Según la visión que tenemos hoy, a finales del siglo XIX algunos de los principios básicos de las ciencias estaban sufriendo una revisión profunda, pero aún no habían eclosionado de la forma tan violenta y radical en que lo hicieran apenas unos años más tarde... La Teoría de la Relatividad, que modifica profundamente nuestra visión del tiempo y del espacio con disímiles y vastas implicaciones cognitivo-filosóficas (especialmente por la forma en que despojó nuestras visiones de absolutismos, haciéndonos casi por fuerza “dialécticos”), apenas estaba ganando popularidad y reconocimiento. Menos conocida y más abstrusa incluso parecía la Teoría Cuántica, la que —a la par de introducir el concepto de “campo” en nuestras vidas para siempre— nos condujo a reconsiderar la composición íntima de la materia, el “problema del *continuum*” (hondamente ligado al par “evolución-revolución” descrito por la dialéctica hegeliana), la relación campo-sustancia y sustancia-energía, y otorgó una nueva perspectiva a la estadística y a su alcance en muy disímiles ámbitos, flexibilizando las cándidas aproximaciones *cuasi*-aristotélicas (dicotómicas) a la realidad que antes de ella mostrábamos los humanos. Después del estremecimiento que supuso la aparición de las geometrías no-euclidianas, las que demostraron que las matemáticas **no son la realidad**, sino un modelo de ellas (esto es, la realidad desborda siempre nuestras previsiones, tal como lo comprendemos hoy), la arrogancia del solemne edificio de las matemáticas, proveniente de la presunción de completitud esgrimida por sus deudos, quedó definitivamente dañada por las antinomias de la teoría de conjuntos y la demostración fehaciente de que ella no es depósito o *summum* del saber, sino un lenguaje tautológico que permite aproximaciones asintóticas a ciertos aspectos de la realidad, mientras la lógica aristotélica conoció la generosa oposición de las “lógicas polivalentes”. Solo se comenzaba por entonces a estudiar la relación recíproca entre soma y psiquis, con gran alarma y alharaca por parte del estrecho materialismo vulgar entonces dominante en amplios círculos de intelectuales, por lo que un concepto como el de “realidad virtual”, con todo y su enorme alcance, simplemente no existía. No faltaban “expertos” que se sentían capaces de curar con nalgadas y otras manifestaciones de “violencia virtuosa” la histeria, el

homosexualismo, los temores nocturnos, las fantasías eróticas, el onanismo y todas las otras “perversiones decadentes del mundo burgués”, al tiempo que aplicaban profusamente semejante panacea en su práctica pedagógica con las nuevas generaciones, en calidad de principal recurso didáctico. Faltaban algunos años para que las ciencias sociológicas, apoyadas de los avances alcanzados por las matemáticas en la teoría de los juegos y las técnicas de control, estudiaran con profundidad los métodos de “consenso espiritual” utilizados por los cuáqueros desde el siglo XVII.

Todas estas fértiles teorías son posteriores a los enunciados marxistas, razón por la cual, los revolucionarios de mentes menos flexibles (y quizás algunos muy dotados pero con poco tiempo para pensar en tales temas), podían concluir que sus amados postulados revolucionadores de sociedades, asumidos por ellos como dogma, habían nacido de las ideas que estas nuevas proposiciones negaban, no dialécticamente (como ocurre en propiedad), sino “de tajo”, y vieron en ellas un intento de salvación ideológica del capitalismo, al que suponían en crisis definitiva, cuando en verdad estaba modificando su manifestación fenoménica, para presentarse en la historia bajo su nuevo ropaje imperialista y neocolonizador. Por eso no solo desconocieron gran parte de esas ubérrimas conjeturas, sino que —peor aun— las combatieron con firmeza, por decir lo menos.

Así, por fuerza hay que concluir que la mayor parte de los dirigentes bolcheviques tenían una comprensión mecanicista (“anti-dialéctica”, mejor que “no-dialéctica”) del principio de causalidad; se movían entre absolutos indiscutibles y trataban de reducir (mejor que simplificar) los conceptos y problemas hasta presentarlos bajo la ingenua indumentaria de “evidencia indisputada”.

Revolucionarios ardientes y probados, la mayor parte de ellos, pero —por serias deficiencias culturales— dotados de un pensamiento esquemático, dogmático e incompleto del materialismo, como se puede deducir por lo ocurrido en la Unión Soviética tras la muerte de Lenin, entendieron literalmente la preeminencia de la base social sobre la superestructura y aplicaron fosilizadamente los postulados rectores que ofrece el materialismo dialéctico sobre este tema.

La praxis social de estas personas, devenidas gestoras directas de un proyecto primigenio colosal, se asentó en la infundada presunción de que las riquezas materiales esperadas del modo de producción correspondiente a las relaciones de producción socialistas, superior consecuentemente al del capitalismo, permitiría desarrollar una superestructura social que por sí misma, automáticamente, ennoblecería a los seres humanos educados en su seno.

Semejante esquema, que probaría ser sobradamente inconsistente, se representa entonces con un eje inalterable, de ciega y torpe unidireccionalidad,

“base material” → “superestructura” → “individuo humano”,

portador en sí mismo de una visión reductiva de los problemas sociales, de acuerdo con la cual se niega tácitamente la existencia objetiva de la subjetividad humana, la herencia científico-cultural de la humanidad se ve relegada a la condición de mero adorno de ninguna trascendencia, y los individuos humanos son considerados poco menos que marionetas pasivas de las circunstancias. Sus defensores albergan la esperanza de que la aplicación consecuente de las políticas deducibles de semejante aproximación permita maquinalmente “producir”... al “hombre nuevo”⁴. Esas elucubraciones economicistas, que cuentan con voceros de alguna prominencia en las filas de la izquierda, permitirían afirmar, por ejemplo, que por las calles de Suiza, en vista de la bonanza económica que disfruta su población, circulan ya los “nuevos seres humanos”.

Es bastante probable que una persona de las luces, sagacidad política y cultura de

⁴ Encuentro inadecuada la denominación de “hombre nuevo”, no solo por sexista, sino por ambigua, manipuladora y manipulable, que abre incluso la posibilidad de referencias a tratamientos genéticos en pos de la novedad anunciada. Tanto más cercano a la realidad es la aceptación de que **lo que hay que modificar enteramente, aquello que tenemos que “modernizar” radicalmente es la sociedad, para que sirva de óvulo al mismo ser humano de siempre, en capacidad de atribuirse de nuevas aproximaciones a su realidad personal.** Reconozco, no obstante, que el empleo de cualquier otro término, sin otras explicaciones, oscurecería el sentido del texto.

Lenin comprendiera que la fidelidad a la causa de muchos de sus colaboradores era conmensurable con sus limitaciones de otro tipo, y que algunas de las decisiones bienintencionadas que tomaban eran el reflejo de insuficiencias culturales y de sus apetencias y tendencias arribistas no necesariamente concientizadas. Estas especulaciones son congruentes con la estructura piramidal que dio al partido, su concepto de “centralismo democrático”, la definición de militante que impuso sobre la variante menos rígida de Yuly Osípovich Tsederbaum (a. L. Martov) en el II Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso (POSDR) de 1903, etc. En cualquier caso, hoy existen serias dudas acerca del alcance de la influencia política real de Lenin, especialmente después del atentado que sufrió, y del propio *leninismo*.

El comunismo, ni ningún otro sistema puede modificar la esencia de los problemas vivenciales y existenciales de los seres humanos, pero mejor que ningún otro los prepara para que los encaren, mediante la edificación de una sociedad que holísticamente posibilita la reconversión de sus ciudadanos de asalariados a amos de sus vidas, vale decir, mediante la liberación real y definitiva, material y espiritual de estos (“[...] ni César, ni burgués, ¡ni dios!”, reza un conocido verso de *La Internacional*). Sin embargo, la deformación de este proyecto en la Unión Soviética llegó al absurdo de convertir el medio (la producción de bienes materiales) en fin, tal como ocurre en el capitalismo. Los ideólogos soviéticos repetían insistentemente la convicción de que la “liberación” de patrones explotadores capitalistas, motivaría a los obreros hasta ponerlos en capacidad de producir ríos de riquezas, **porque este era el enfoque deducible del materialismo histórico**. Estos razonamientos estrechos condenaron la solución de los problemas existenciales humanos al olvido total, y catalogaron la consideración de esos mismos problemas como manifestación de remanentes ideológicos de la burguesía en las mentes de los nuevos desposeídos de factura “socialista”. Mucho se ha escrito que, bajo los auspicios de semejante aproximación, los trabajadores nunca fueron liberados, puesto que la dependencia obrera de los patrones se convirtió en sometimiento a los administradores estatales, y no insistiremos en ese tema.

Aunque la jerarquización social que exigen los estados de estructura vertical convierte —tal como puede colegirse— las transformaciones de equiparación política de los miembros de la sociedad en un mito, con el ánimo de subrayar que ante esa sociedad todos los seres humanos somos iguales, la Revolución Francesa sustituyó —o intentó hacerlo— el tratamiento de *madame* (*monsieur*) por el de *citoyenne* (*citoyen*), los rusos introdujeron el de *moepayu* durante la suya, los nazis —para resaltar que lo único importante era la *Volksgemeinschaft*— se llamaban entre sí *Genosse* dentro del *Partei*. En Cuba, donde el término camarada, equivalente castellano de las voces rusa y alemanas recordadas, no goza de mucho favor popular (tal vez como herencia del anticomunismo que nos dejara el indoctrinamiento ideológico que sufrimos durante la etapa de república neocolonial), hasta hace muy poco tiempo, cualquiera se sentía ofendido (o preocupado) si era llamado de manera distinta a “compañera” (“compañero”) por sus pares; el epíteto de “señora” (“señor”) era reservado a los burgueses, a los capitalistas y a los extranjeros, probablemente porque hubo una época en que los cubanos de “a pie” tenían por sinónimo los tres calificativos, de manera que el cálido término de “compañero” era reservado exclusivamente para las personas provenientes de los países del campo socialista o para aquellos que probadamente clasificaran como merecedores de él ante los ojos de la prensa. (Resulta una nota curiosa que, en Cuba, no solo los policías se dirigen así a quienes increpan o interpelan, sino que los inculpados ante la ley, durante los procesos judiciales, son llamados por los jueces —si no peyorativamente, sí con distanciamiento— con la orgullosa voz niveladora de los franceses: *ciudadanos*.)

Las estructuras estatales soviéticas, lejos de adquirir formas gradualmente autodestructivas o *sociosolubles*, se estratificaron, y eso propició la aparición de la crisis final del sistema. ¿Pudo haber sido otro el derrotero?

Esta última pregunta no es en modo alguno retórica, puesto que —habida cuenta que, de acuerdo a los eventos históricos acaecidos, la conservación a ultranza del modelo soviético de sociedad condujo indefectiblemente a su implosión— la respuesta que ella

merezca debe de arrojar luz acerca de la viabilidad de proyectos socialistas en el mundo de hoy. Sin embargo, a diferencia de la afirmación especulativa (aunque sustentada en hechos históricos) de que un régimen totalitario, con relaciones socialistas (tipo soviéticas) de producción, de arquitectura vertical muy centralizada, en las condiciones de un mundo regido por el sistema capitalista y su ideología dominante, es inviable, el análisis de esta última interrogante no es tan claro, por la cantidad de variables de naturaleza política, dependientes de factores muy oscuros e imprevisibles, involucradas en su dilucidación.

Con todo, es innegable que en este proceso concomitaron dos importantes factores, uno interno y otro externo, cuya acción conjunta diríase “condenó” el sistema (o, al menos, ayudó a hacerlo), a saber: el estalinismo y la entrada del sistema capitalista en su fase imperialista. Ambos elementos, desde luego, poseen sólidas causas objetivas que los explican, pero son esencialmente diferentes, puesto que la suposición de la inevitabilidad del estalinismo, como pretenden algunos analistas (de derecha y de izquierda, que de todo hay en este valle de luchas), no es ejemplo de aplicación del principio de causalidad a la historia, sino vulgar fatalismo.

El rumbo imperialista del capitalismo parece un fenómeno más independiente respecto al curso de los eventos en la Unión Soviética, en particular. Aun así, un revolucionario infatigable como Lenin —conocedor, como buen dialéctico, que la historia no es un tren sobre rieles de trazado inamovible, sino el espacio de relaciones humanas en que nuestros actos son causales y efectivos—, en su época de preeminencia, no se plegó mansamente al “destino”, y utilizó toda su influencia, y los escasos recursos de que disponía el naciente estado de obreros y campesinos, para organizar al proletariado euroasiático e incidir con estas acciones lo más posible sobre los derroteros de la historia.

El triunfo definitivo del estalinismo, tras la muerte de Lenin, revertió cualquier intención democratizadora (en el sentido de participación directa y responsable de las grandes mayorías en todos los procesos pertinentes de la praxis social, **incluyendo la toma de decisiones**) que existiera en las mentes más lúcidas de los forjadores directos de los primeros tiempos de revolución. Naturalmente, sin las peculiaridades teratológicas del universo psicológico de Stalin (incluyendo las circunstancias en que tales rasgos se moldearon y acentuaron en su infancia), no es posible hablar de estalinismo, pero constituye un soberano disparate reducir todo el análisis que el caso merece a ese único (¡y secundario!) factor. Eso equivale al contrasentido de combatir el “culto a la personalidad” elevando las singularidades de la personalidad combatida al grado de “explicaciones decisivas”.

Bastante más razonable parece suponer que, en busca de explicaciones del estalinismo, a la “mente estalinista” habría que incluir las características que la historia forjó en los futuros pueblos soviéticos y algunas de las medidas políticas adoptadas por el propio Lenin, en especial las relacionadas con la eliminación de la democracia irrestricta dentro del propio partido, mediante la prohibición de las “plataformas partidistas”, además de que —en honor a la verdad— no parece que alguno de aquellos dirigentes (con suficiente poder, al menos) estuviera en condiciones de superar la etapa de las estructuras partidistas de la clandestinidad, cuando el valor del secretismo y la verticalidad exigidos por Lenin en su libro “¿Qué hacer?” tenían clara preponderancia. Las causas de esta incapacidad habría quizás que buscarlas en la eficiencia espectacular que las organizaciones así diseñadas revelaron en la etapa de la conquista del poder político. Los acontecimientos posteriores han demostrado que la utilidad de las diferentes filosofías rectoras para la edificación de las armazones políticas de cierto grupo social guarda una rigurosa dependencia funcional respecto a la etapa histórica en que este grupo se encuentre inmerso.

A la luz de nuestros días, comoquiera que la tarea posible y necesaria no puede ser plenamente descrita mediante la fórmula de “destrucción del estado”, sino que la enunciación “superación dialéctica del estado” (negación del estado burgués) mejor se aviene a ella, se diría que tras el primer paso imprescindible de “destrucción del estado burgués”, la dirección del proceso en ciernes debía de haber creado un estado *sociodegradable*, o sea, un espacio regulador y ejecutor de las funciones estatales que no

constituyera un aparato *suprasocial*, sino que su naturaleza participativa permitiera describirlo como un espacio de encuentro de fuerzas sociales horizontalmente dispuestas y orientadas a la edificación de la nueva sociedad.

En aras de lograr ese objetivo, los líderes bolcheviques debieron, entre otras muchas difíciles tareas, de vencer el sectarismo; sobreponerse a la desconfianza que el conocimiento que poseían acerca del peso ejercido inconscientemente por la ideología dominante sobre las mentes de los actores políticos de la época les infundía respecto a quienes les rodeaban; confiar ciegamente en que no es a los individuos a quienes corresponde seguir conductas éticas socialmente aceptadas para que las sociedades se flexibilicen, sino —por el contrario— corresponde a las sociedades flexibilizarse para instar la conducta virtuosa en sus ciudadanos; relegar la oratoria y mejorar la voluntad y las capacidades de escuchar; crear engranajes eficientes de realimentación de información, con los rudimentarios y escasos medios técnicos con que contaban (a principios de la década de los setenta del siglo pasado, fuera quizás de las ciudades capitales y de Leningrado, una máquina mecánica de escribir era un aparato infrecuente en las instituciones educacionales soviéticas, por ejemplo); aplicar valientemente las aproximaciones sociológicas que iban surgiendo como instrumentos de dirección de sociedades, tales como las encuestas, las consultas populares, las votaciones parciales, las discusiones democráticas, y otros; promover el debate abierto y sin cortapisas de los temas más candentes que preocupaban a la sociedad soviética (nacionalismo, racismo, sexismo, culto a la personalidad, oportunismo político, restricciones a la creación artística y científica, pasotismo político, indolencia social, indiferencia productiva, alcoholismo, tabúes sexuales, antisemitismo, violencia social, libertades ciudadanas, etc.); renunciar al absolutismo conceptual; flexibilizar los enfoques sobre cualquier materia; cientificar la educación; renunciar al panfletismo ideológico; desterrar el facilismo argumental; aunar la discrepancia; no premiar la unanimidad, etcétera.

A pesar de las suspicacias que despierta a su alrededor y las posibilidades que brinda para la satisfacción de egolatrías y apetencias personales, el monopartidismo, siempre y cuando se trate no de un “estado incaico”, sino de un partido en que la membresía sea en verdad un elemento activo y no mero engranaje, lejos de ser un estorbo, podría ser un aliado muy poderoso para la consecución de semejantes estructuras sociales. Personalmente creo que, una vez en el poder, la única tarea que se plantea a cualquier partido que elija la edificación de una sociedad socialista, esto es, de una sociedad horizontalmente estructurada, profundamente antropocentrada, liberadora de las fuerzas sociales, que garantice en colectividad, solidariamente, la satisfacción de las crecientes necesidades básicas de los seres humanos a fin de permitir que estos definan individualmente el sentido de sus existencias, es justamente la edificación de semejante sociedad. Consecuentemente, la única exigencia principista que debe de hacerse a quienes aspiren a ingresar en sus filas es que comprendan cabalmente la tarea, la acepten y dediquen todas sus fuerzas a trabajar por ella. Cualquier otra agrupación política que surja en el seno de una sociedad que cuente con semejante partido, si aspira a la viabilidad y permanencia, deberá de explicar muy bien cuáles podrían ser sus fines que, siendo diferentes a los enunciados, fueran **mejores que ellos**.

La situación actual para la izquierda en el poder es muy compleja, pero sería injusto e ingenuo aceptar que “la tiene más difícil que los bolcheviques”. Aun a riesgo de omisiones, las mayores diferencias parecen deberse a que, en primer lugar, ahora se cuenta con su experiencia y con sus gruesos errores. En segundo lugar, porque el imperialismo ya no es emergente, sino que va cayendo en una picada (a pesar de su falso boato) de intensidad creciente. En tercer lugar, porque la experiencia cultural acumulada, los adelantos en el campo de la pedagogía, la propagación (sesgada, pero inevitable) de muy diversos conocimientos por las más disímiles vías, hacen que la preparación general de una gran parte de los ciudadanos de las sociedades que se abocan a tales empeños sea incomparablemente mayor que la de los pre-soviéticos de 1917. En cuarto lugar, porque las ciencias antropológicas van definiendo mejor quiénes somos, qué se puede esperar de

nosotros, cuáles metas son infundadas, qué sociedad mejor satisfaría nuestras necesidades y exigencias, etc. En cuarto lugar, porque nos vamos acercando a la desmitificación de categorías tales como “nacionalidad”, “personalidad histórica”, “teleología social”, y otros. En quinto lugar, porque aunque la izquierda parezca (y está) más desunida de lo deseado (y necesario), hoy es más numerosa y plural, tiene mejores vías para conocerse y se ha ido creando espacios impensados en otro momento. En sexto lugar, porque esa izquierda parece ser menos *euro-elitista* y está comenzando a “callar” para empezar a “escuchar” la sabiduría atesorada en pueblos que nunca antes habían tenido voz. En séptimo lugar, porque los errores de todo tipo cometidos por la aristocracia imperialista mundial son tan gruesos en todos los órdenes que han aparecido pensadores entre esas elites que pueden ser considerados como parte de una “derecha realista”, lo que evidencia que la humanidad se va acercando al momento en que “los de arriba no pueden gobernar como antes” (algo bastante natural, porque la división entre “los de arriba” y “los de abajo” se acepta como recurso epistemológico: la dialéctica es siempre menos precisa). En octavo lugar, porque el impresionante desarrollo tecnológico que han creado **los trabajadores del mundo entero** (¡y solo ellos!, aunque la burguesía se empeñe en escamoteárselos y presentar esos logros como propios), ponen en manos de la izquierda un arsenal de herramientas informáticas para posibilitar la horizontalización del movimiento y de la futura sociedad, con las que no podían siquiera soñar los heroicos luchadores del Octubre juliano.

Sería arrogante e insensato intentar descubrir las vías y modos que aplicarán los grupos sociales que hayan alcanzado la madurez interna y cuenten con las condiciones objetivas para edificar estructuras horizontales de autodirección en ese empeño.

Por otra parte, respecto a los pasos que ese proceso incluya, parece plausible afirmar que en la sociedad de estado horizontal que gradualmente se va conformando con fuerza en las mentes de los revolucionarios y, más tímidamente, en algunos espacios geográficos, se otorgue un papel preponderante —entre otros elementos— a los mecanismos de control de la actividad de los funcionarios estatales y a los engranajes expeditos de su remoción, a la dirección colegiada y pública, a la estimulación de la participación no formal de los individuos en la gestión estatal total (esto es, incluyendo proyección, dirección, medidas aplicables en las áreas política y económica, etc.), y a las vías de realimentación de la gestión (recepción de la información pertinente acerca de la actividad estatal, su procesamiento adecuado en los engranajes de dirección, los mecanismos permanentes de mejoramiento, perfeccionamiento del estado y reajustes de su actividad, etc.).

Igualmente parece sensato suponer que, comprometidos con la participación activa de la ciudadanía en el autogobierno, además de la enorme empresa que representa crear simultáneamente estructuras bidireccionales eficientes para las actividades de dirección y ejecución de programas, la tarea principal a resolver por la izquierda una vez en el poder se concentra en la diseminación irrestricta de información, porque nadie puede opinar si no conoce.

Otras tareas relativas a este diseño estructural de ejercicio del poder serían, por ejemplo, esbozar e instaurar los mecanismos de control de la actividad del personal responsable, definir las formas de evaluación, determinar las herramientas que permitirán conocer la opinión del grupo social y el alcance de su incidencia bajo diferentes condiciones dinámicas, y otras tareas de este tipo.

Lo expuesto permite concluir que la destrucción del estado como dispositivo constrictor de la realidad humana no es un propósito malévolo, diabólico, anticivilizatorio, sino el fruto de una visión profundamente humanista, de raíces tanto ética como científica, basada en dos presupuestos coherentes con una concepción materialista del mundo y dialéctica de su historia, a saber: la identidad esencial de los seres humanos y del peso de las circunstancias sobre su conducta; el estado ha de ser un instrumento para servir a todos y no para el encumbramiento individual.

El fracaso de la superación dialéctica del estado en el proyecto soviético condujo a la instauración de una estructura social omnímoda sobre el universo humano individual. Ella

decidía, como desde un Olimpo *supravolitivo*, no solo las metas generales de la sociedad y la prioridad de su factualización, sino que validaba los pequeños sueños de cada cual: las personas, negadas de protagonismo real, llegaron al hastío a través del tortuoso camino de la indiferencia y de ahí a la implosión del régimen.

Este último hecho parece confirmar, como apotegma, la experiencia social de la humanidad: las estructuras verticales estatales exigen relaciones verticales sociales, esto es, *clases sociales*. Lo ocurrido en la Unión Soviética lo confirma.

Sin embargo, aun cuando en este caso el argumento sustentado en los resultados brindados por la práctica histórica es indudablemente muy fuerte, es difícil juzgar si existían las condiciones objetivas y subjetivas para que los pre-soviéticos (bajo un liderazgo menos estrecho o en condiciones internacionales menos adversas, o una combinación de ambos incidentes) hubieran podido edificar un estado de estructuras horizontales de dirección, **acorde a sus posibilidades de entonces** (es claro que los recursos tecnológicos de nuestro presente facilitan el intercambio de información bidireccional —o *podrían hacerlo*—, pero su carencia no impide *per se* ni la existencia ni la fluidez de ese intercambio); o sea, si el grotesco estado centralizado y totalitario que engendraron fue para ellos, además de la vía lograda, la única posible. Lo que sí constituye una aberración mayúscula, producto de una generalización inapropiada (fuertemente sesgada), es concluir que la bancarrota de aquel proyecto invalida cualquier intención humana, actual y futura, en este sentido.

Límites de las Estructuras

En virtud de los eventos que se desarrollaban en torno al surgimiento y consolidación de la Unión Soviética, a la naturaleza de las tareas que ellos generaban, y a la peculiar visión clasificadora de los individuos que la especialización social ha originado de muy antaño en la mente de las personas (visión no superada hasta el momento), Lenin, como el resto de los dirigentes soviéticos de entonces, otorgaba un valor muy grande a los cuadros políticos, francamente desmedido —a mi juicio— a la luz del materialismo. De hecho, según consta en documentos, la mayor parte de los implicados, dirigentes y dirigidos (en particular los primeros), analizaban cualquier situación con un subjetivismo que parece impropio en personas para las cuales el peso de los **factores objetivos externos** debían de ser siempre los primordiales. De tal suerte, harto frecuentemente la responsabilidad por los éxitos y los fracasos sufridos en cualquier frente se hacía recaer en individuos concretos, en calidad de **factores objetivos internos**... (Es claro que ese deslinde de responsabilidades, bajo el estalinismo, era sumamente selectivo: muchas veces los análisis siguieron un curso similar al de las “victorias” napoleónicas en la campaña de Egipto, o al de las de Saddam Hussein durante la ocupación de Kuwait y la Guerra del Golfo.) No es posible exagerar la enormidad de los perjuicios que acarrea semejante enfoque, porque, bien se comprende, la especialización de la dirección política y económica de la sociedad es diferente a la que tiene lugar en otras esferas de la actividad humana, puesto que atañe **directamente** a todos los miembros de esa sociedad.

En virtud de esa condición, la posición que ocupen los sujetos individuales en la pirámide de dirección política y económica de una sociedad se refleja en cualquiera de las restantes caras del poliedro social, ocupando en ellas similar posición. Se observa entonces, por ejemplo, un proceso análogo de “jerarquización de opiniones”. De este modo puede constatarse que, por lo general, las opiniones políticas que un biólogo emita en su condición de especialista tienen mucha menor resonancia social que las de un político respecto a las tareas generales de investigaciones que —a su juicio— resulta más o menos conveniente realizar en el campo de las ciencias biológicas, por no mencionar lo que ocurre con las opiniones de las personas comunes en comparación con las de los funcionarios estatales o con las de las consideradas “personalidades sociales”... Todavía el espacio socio-geográfico post-soviético, en particular, y el mundo en general, están sufriendo los perjuicios que la aciaga acción del voluntarismo político en el arte y las ciencias inauguró el estalinismo en la Unión Soviética.

El culto a la personalidad, o sea, la ocupación, en vida, de una posición deificada

por un personaje político de carne y hueso en el imaginario de sus subalternos, está muy lejos de ser un fenómeno nacido con la Revolución de Octubre. Todos los reyes hacen lo mismo *ahora* (por no hablar del papa), siguiendo una costumbre que, para la historia escrita en Occidente, inauguró el faraón Amenofis IV (c. 1350-1334 a.C.), después Ajnatón, quien provocó una verdadera revolución en la religión de su reino al proclamar a Atón **el único y verdadero dios**, implantando, por primera vez, el monoteísmo en una sociedad humana. Cambió su nombre por Ajnatón (“Atón está satisfecho”) y fue tan iconoclasta que hizo borrar la forma plural de la palabra “dios” de la base de los monumentos y persiguió de manera implacable a los sacerdotes de la defenestrada deidad Amón. Su verdadera devoción era, sin embargo, el poder personal: necesitaba el monoteísmo para debilitar la poderosa casta sacerdotal y subrepticamente ocupar el lugar de la divinidad rectora en el imaginario popular. En clara demostración de que no es posible modificar las creencias de las personas por decreto, a pesar de la influencia que ejerció Amenofis IV en el arte y el pensamiento de su época, su religión solar no consiguió sobrevivir, y Egipto volvió a la antigua e intrincada religión politeísta después de su muerte.

[Vale resaltar que el monoteísmo fue un extraordinario salto en el pensamiento filosófico de la época (equivalente a la posterior aparición del cero en matemáticas, como fruto genuino de cosmovisiones intrínsecamente dialécticas —la hindú y la maya— para las cuales “la nada” no era un vacío inmóvil e infecundo, sino un *todo*, **temporalmente, potencial o inmanente**): los dioses salieron de los receptáculos objetivos y necesidades humanas socializadas que los identificaron hasta ese momento (un río, el mar, la tierra, el odio), sublimaron sus esencias en una nueva entidad omnímoda y totalizadora. Después de desmaterializarse y exponer únicamente sus potencias, los dioses se fundieron. Como se sabe, tras su expulsión del antiguo Egipto, el monoteísmo fue atesorado por los judíos, por análogas razones políticas y ansias de poder absoluto. Cuando se asentó en los judíos este sistema de creencias, el monoteísmo supuso tres afirmaciones muy graves, en un mundo dominado por el politeísmo y los césares romanos, a saber: a) solo hay un dios (equivalente a afirmar que los devotos de otros cultos adoraban símbolos vacuos); b) solo hay un pueblo, el judío, elegido por ese único dios (los restantes terrícolas devenían apoyatura y comparsa); c) el pueblo elegido de dios solo debía obediencia absoluta a ese dios (a juzgar por el destierro y *éxodo* a que fueron obligados los judíos, los soberanos romanos tenían una perspectiva más incluyente en este sentido). En esencia, el monoteísmo, en el que un único dios es **absolutamente todo**, crea un ser que constituye **su propio sistema referencial o parangón**. Esta idea de una entidad “autosustentada” fue tan absurda ante los pragmáticos ojos de los occidentales que, para entender a dios, fue inventado el diablo, su opuesto mensurable. La creación especulativa de dos “absolutos” no resuelve el problema de comprender “uno”, pero tranquiliza a corto plazo nuestro inquisitivo espíritu.]

Probablemente —como en muchas otras sandeces, tales como ser el emperador del mundo, las guerras mesiánicas con ropajes civilizadores y similares genocidios— el primero en el Occidente helénico que trató de hacer valer la costumbre oriental del tratamiento divinizado a los gobernantes, en una época posterior al surgimiento de una distinción clara, discriminatoria y excluyente entre “barbarie” y “helenismo”, fue precisamente Alejandro Magno. Este rey, con el pretexto de que las civilizaciones debían mezclarse, instaba a sus tropas a que adoptaran los hábitos de los pueblos conquistados, buscando merecer el ceremonial de divinización que incluían los persas en su trato a los sátrapas. Los griegos se opusieron veladamente: era demasiada altanería para el libre espíritu que les animaba. Calístenes, el historiador oficial de las campañas de Alejandro —nómina que obtuvo por ser sobrino de Aristóteles, el antiguo mentor del ilustre *hegemón*—, ora por apostasía arribista, ora por designación impensada de los interesados, hizo conocer al rey el descontento que sus intensiones despertaban en la tropa. Tras escuchar a su cronista, Alejandro condenó a todos los generales mencionados, y postergó la del apóstata-comisionado hasta inventarse una excusa: el *basilikon* adivinaba muy bien que tras las palabras delatoras que entonces le dijera su súbdito —“Mi rey, yo no pienso eso, pero otros dicen que es inadmisibles que usted quiera ser tratado como un dios...”—, el deudo de Aristóteles escondía sus propias

opiniones... Lo patético de este caso es que Calístenes ha pasado a la historia como un distorsionador mayúsculo de la verdad en busca de adulación y, consecuentemente, un pésimo historiador.

César —a pesar de haber logrado, mediante artimañas, que sus tropas cruzaran el Rubicón para entrar en Roma, algo que puso inmediatamente a todos los participantes del acto fuera de la férrea *lex romana*— protestaba tímidamente cuando los aduladores lo llamaban **divo**, pero **no podía** exigir que se le considerara un dios. No obstante, a partir de él, la semilla del trato servil ya estaba instaurada en Occidente: Octavio logró su divinización post mórtem, y con esto quedó tácitamente aceptado que cualquier emperador romano podía conseguir semejante tratamiento si cumplía el requisito de haber muerto... Hasta Diocleciano, en el siglo III d.C. (cuando ya las personas, llevadas por la desesperación a creer en cualquier extravagancia metafísica, habían aceptado como verídicos los fantásticos mitos cristianos, de acuerdo con el estado psicológico que tan bien describen las palabras de Tertuliano: “*Credo quia impossibilis*”), no lograron los emperadores romanos ser tratados como dioses **en vida**.

Ya después fue todo más fácil. Los señores feudales desvirgaban festivamente a las jóvenes casaderas, socorridos por el derecho de *jus primæ noctis*, aprestando así los desmanes egolátricos de Louis XIV, el rey sol, creador supremo del asfixiante absolutismo que hizo escribir, en 1784, al autor francés Pierre Agustín Caron de Beaumarchais (1732 - 1799), en su comedia *Las Bodas del Figaro*: “**Sans la liberté de blâmer, il n'est point d'éloge flatteur**” [“**Sin libertad de censura de nada vale el elogio halagüeño**”]. Hoy Bush (*the bad boy, not the evel old one*), pletórico de anuencia divina y beatíficos consejos, salva al mundo del peligro musulmán y del terrorismo, arrojando bombas simpáticamente a diestra y siniestra.

Con todo, el culto a la personalidad es una conducta éticamente incompatible con el socialismo, o debía de serlo. Así, lo que resulta imperdonable en el caso de Stalin es su traición espiritual a la causa de los trabajadores, a las concepciones materialistas, al ateísmo militante, a las ansias libertarias de los humildes; su burla a sus correligionarios, el abuso mental que supuso su imposición, mediante la coacción y el terror, sobre la ignorancia cultural de sus colaboradores: después de una revolución que puso a la humanidad a las puertas de su definitiva **liberación espiritual** (la más importante), la estulticia que supone la adoración a un ser humano, como todos los demás (pésele a quien le pese), común y corriente, es una contradicción en sí misma.

(No es absurdo responsabilizar a los ideólogos del socialismo irreal de Eurasia Central por la importante porción que les corresponde en la desprevenición cognitivo-espiritual a que sometieron a los miembros del disipado *locus* ex-soviético —conducente a la postre a sus víctimas a la aceptación, ovejunamente, de la pérdida de sus conquistas y de los instrumentos de edificación razonada de su futuro— al ignorar la necesidad epistemológica de sistemas comparativos, **si de educación se trata**: no es posible enseñar a pensar, si se niega el conocimiento de los paralelismos divergentes oportunos; los dogmas someten, no alientan.)

En un momento como aquel, en que se estaba gestando un modelo de sociedad nunca antes existente en la historia humana, del cual, por tanto, no existían referencias, lo que significa en buen castizo que —tal como, lamentablemente, ocurrió— los actos, conductas y decisiones de aquellas personas quedarían de modelo para las generaciones que ineludiblemente (si la verdad amparaba los presupuestos rectores de sus actos) habrían de seguir sus huellas, en que se requería —para crear con el dinamismo exigido— pensar constantemente, confrontar ideas sin desmayo, discutir sin cesar, hurgar apreciaciones, extender comprensiones, exigir criterios, apurar a la acción (aun errada), probar senderos, buscar opciones, escrutar juicios, indagar opiniones, cotejar discernimientos, fue —más que una boyante estupidez— un crimen coartar por fuerza el libre vuelo de la reflexión: los golpes comienzan exactamente allí donde faltan las razones.

El culto a la personalidad de Stalin, por sí mismo, no hizo implosionar la Unión Soviética 35 años después de la muerte del depositario, pero llenó de oquedades los

cimientos: las únicas personas que logran vencer en sí el peso de la ideología dominante para entregarse enteramente y **a consciencia**, sin esperar retribuciones materiales, a la causa de la construcción de una nueva sociedad, han de tener tal respeto por sí mismas, tales dignidad y decoro, tal desarrollo cultural integral, tal experiencia de vida, tal conocimiento sobre los seres humanos, que les resultaría imposible rendir pleitesía a un dirigente social, anular su integridad moral en sometimientos y reverencias, ser incondicionales más que a sus ideales. El terror les eximiría de culpas ante la anuencia forzosa, pero en sus fueros internos sabrían, a partir de ese momento, que si ella es requisito indispensable del proyecto anhelado, mal, muy mal andarían las ensoñaciones plebeyas de un mañana. Quienes se plegaron obsecuentes y gustosos no estaban adornados por la entrega al fin sublime, sino por ramplón servilismo. (Viktor Frankl escribió, refiriéndose a su propia experiencia como sobreviviente de los campos de concentración nazis: “*quienes quedamos allí con vida, sabemos que los más dignos no lo lograron*”. Si bien es dudoso que una afirmación semejante merezca el crédito de universalidad, no es menos cierto que describe un conocimiento de primera mano.)

Cuando una persona encuentra límites reales, físicos o de cualquier otro tipo, que no puede rebasar, que descansan objetivamente fuera del alcance de sus fuerzas, de su paciencia, de sus capacidades, de sus deseos o resistencia, sobreviene a la larga un sentimiento de comprensión resignada. Sin embargo, es difícil imaginar peor sensación que la provocada por **la impotencia forzada**, la que nace de cualquier tipo de discriminación, la que se apodera inclemente de la razón cuando un funcionario, amparado en una supuesta “fidelidad suprema a la causa”, encuentra que los tonos dados por un pintor a sus cuadros son demasiado “burgueses”, o —peor aún— que haya hecho predominar en ellos el color azul “del enemigo” y no el rojo “reclamado por la sociedad”; la que corroe el alma cuando un arribista, amparado en juramentos políticos, destruye la valiosa obra, y las vidas, de creadores con quienes discrepara sobre temas científicos... Es un dislate mayúsculo, especialmente de un régimen social comprometido con el futuro, confundir *aisthethai* y *scientia* con *politēs*.

Aquellos que se han opuesto a cualquier forma de despotismo totalitario, aquellos que han entregado sus vidas por el simple derecho de expresarse, quienes han defendido sus puntos de vista al precio de la muerte, se convierten automáticamente en héroes, aun cuando persiguieran secretamente la instauración de una autocracia más cruenta que la combatida. La tragedia de los bolcheviques que se opusieron a Stalin consiste en que, **en virtud de la identificación hábilmente establecida entre el líder y la causa**, fueron injustamente colocados en el campo de sus propios enemigos, a quienes combatieron con denuedo.

Así, el estalinismo fue espantoso para sus víctimas, porque quienes lo combatieron no deseaban contar con la ayuda de los opositores al socialismo, aun cuando —en aras de salvar sus vidas— se vieran obligados a recurrir a medidas extremas que de otro modo repugnarán.

Stalin, enarbolando a diestra y siniestra —en calidad de justificación— la falacia lógica basada en el *argumentum tu quoque* (“ellos actúan de la misma manera”), mientras acusaba (¡y sistemáticamente exterminaba física y moralmente!) a los opositores de sus métodos brutales de “blandengues, utópicos, desligados de la realidad, alejados de la práctica, intelectualistas paralizadores de la acción”, enlodó tanto los ideales éticos del socialismo que aún hoy persisten sus heridas maculadas. La “siembra de pruebas” inculporias, las generalizaciones incriminantes sobre bases epistemológicas de falsa causalidad, la promulgación de un derecho de dudosa eticidad, las torturas, los crímenes violentos, los interrogatorios crueles, las delaciones infundadas, las presiones psicológicas, el trato despiadado y degradante, la inculcación de los derechos humanos básicos, la descalificación vulgar de adversarios ideológicos, el crimen político y el asesinato de oponentes teóricos, la anulación de barreras entre la oposición al qué y al cómo, entre otras muchas triquiñuelas, son conductas cuya comisión nunca despierta indiferencia en seres

humanos dotados, como somos, de sentido ético (condición esta que ni Stalin⁵ ni nadie puede modificar, tal como actualmente corroboran los resultados de las ciencias antropológicas, a pesar del lacayismo que encontramos diseminado por doquier: como la amputación de un miembro, no se hereda).

La división que creó Stalin en el movimiento comunista internacional fue fatal: el imperialismo no pudo imaginar mejor cofrade.

A su vez, la exposición negativa de los atributos de Stalin contó con varios aliados.

En primer lugar lo ayudó la estructura incaica que se dio al partido bajo el ojo rector de Stalin, y la aplicación mecánica de falacias lógicas de dudosa verosimilitud, basados en los mitos dominantes acerca de las cualidades no circunstanciales (vale decir, absolutas) de los seres humanos que él hiciera circular, como son los siguientes tópicos: la clase obrera, llamada a modificar la sociedad del mundo, por ser incubadora y matriz de las nuevas relaciones de producción, está formada por los mejores elementos de la sociedad; al partido ingresan los mejores exponentes de la clase obrera; el comité central del partido se constituye con los mejores miembros del partido; al buró político solo son convocados los mejores representantes del comité central; el buró político elige al mejor de sus miembros; el **inca-secretario general**. (Desde semejante posición, Stalin, muy pronto, tras consumir las conocidas purgas, se encontraba en condiciones de prescindir de todas las instancias partidistas y así lo hizo.) Por la connotación que ellas tienen, diríase fundamentada la esperanza de que un régimen social esencialmente diferente a los anteriores, en el que una figura política es un paradigma de conducta, elegiría las personas para cargos de mucha prominencia sobre bases humanas que incluyeran balanceadamente rasgos del carácter muy abarcadores: no se trata de que los registros deportivos de un cavernícola doméstico, jugador de grandes ligas, sean o no espectaculares, sino de que es imposible que una persona cruel en su casa sea idónea para ocupar el cargo más sobresaliente de una **sociedad socialista** (estamos hablando de una sociedad, raigalmente incluyente —mejor que “no-excluyente”—, que aspira a que todos sus miembros se constituyan en una suerte de gran familia). Ese cargo era obviamente de Lenin. El azar jugó a los pueblos una muy mala pasada.

Sin embargo, ni siquiera la estructura incaica-stalinista del partido, **aparencialmente** similar a la *leninista*, es el factor principal desencadenante del estalinismo. De hecho, si la viabilidad del socialismo exige la horizontalización del estado, la supervivencia del estado soviético, en aquellos terribles momentos de enconada beligerancia externa e interna que sucedieron su surgimiento, requería —como en la época de la lucha por el poder— un *partido monolítico centralizado, pero no verticalizado, sino estratificado*, atribuido, al mismo tiempo, de la más amplia democracia partidista en cada nivel —misma que existió bajo la égida de Lenin—. Ella debió de ser el único recurso válido en la toma de decisiones.

A su vez, el partido mismo actuaba sin control social, porque —atenazados por la atmósfera bélica, engendradora de discreción, secretismo, clandestinaje, desconfianza, temor a la desunión y al desaliento— no existía la difusión irrestricta de las discusiones sostenidas al más alto nivel que la situación requería por los canales partidistas internos, mucho menos en la prensa general pública.

La polarización extrema de las fuerzas sociales internas después del triunfo revolucionario, la falta de cultura democrática de los pueblos *cuasi-feudales* pre-soviéticos, sumado a la ignorancia general en que estaban mayoritariamente inmersos, más la brutalidad del régimen, son factores que ayudaron a entronizar este tratamiento informativo tan pobre, sin una oposición manifiesta.

El ideario estalinista es estéril, porque está demostrado, más allá de cualquier duda razonable, que (repitiendo textualmente la tesis básica de Friedrich Engels —por su valor intrínseco, no por la autoridad del emisor—, acerca del surgimiento del psiquismo humano) **no existe pensamiento sin lenguaje**: la incautación de la voz castra la mente. La

⁵

Stalin no pecó de ignorancia, sino de incultura y soberbia: las personas cultas, pero ignorantes, actúan con mayor cautela.

complaciente prensa soviética, acrítica y apologética, intentaría demostrar que es posible crear “lenguaje” sin pensamiento.

El factor internacional de mayor peso en el surgimiento e instauración definitiva del estalinismo está en la oposición de las principales potencias imperialistas y sus aliados a la Unión Soviética. Este antagonismo pasó por diversas etapas: invasión, cerco, bloqueo económico, indiferencia comercial, trato discriminatorio, espionaje, chantajes, presiones, trabas, trampas, juego sucio. En este campo era imposible vencer a la Unión Soviética, y a Stalin le ha sido adjudicado un importante peso en los éxitos de sobrevivencia conseguidos por el colosal estado multinacional. En cualquier caso, amén de que el material historiográfico ya acumulado hace posible señalarle sin dilaciones claras traiciones a la causa del comunismo internacional y una conducta francamente impropia en diversos momentos (teniendo opciones de acción diversa), sus méritos **personales** no parecen ser tan grandes como él mismo se encargó de hacer creer en su tiempo, en tanto que sus errores estratégicos no son obviales.

Valga señalar —en busca de explicaciones— que parte de la ascendencia de Stalin provenía del convencimiento que este tenía, y demostraba tener, acerca de que todos sus actos estaban justificados, eran coherentes, conexos, congruentes. Es cierto. Su incultura, y la de sus escuchas, le impedía ver, no obstante, que eso mismo ocurría con los comportamientos de todos cuantos le rodeaban: solo las personas manifiestamente aquejadas de insania actúan de acuerdo a una lógica “irrazonable” para los demás. Por eso, de lo que se trata no es de constatar la correspondencia de la lógica interna de un efecto puntual respecto a su causa mínima, sino de analizar, vía constatación de múltiples opiniones, el más amplio universo de influencias posibles. Ninguna mente aislada logra cumplir siempre con acierto tamaña tarea.

A veces nos preguntamos, además, tras conocer las atrocidades y gruesos errores cometidos por el estalinismo, cómo es posible que todo aquello ocurriera sin rebeliones, sin desertiones ni sublevaciones masivas, sin una oposición militante, abierta, manifiesta. Por otra parte, mirándolo desde el lado de la “cúpula”, cómo —se pregunta uno tercamente— aquellos cuadros aceptaban juzgar “secuencialmente” a sus antiguos camaradas: hoy, nosotros a ti; mañana ellos a mí; luego ellos a ustedes; después otros a ellos... ¿Dónde estaba la incluyente lealtad a los amigos (ya se sabe que la fidelidad, fuera del marco estrictamente personal, es tema escabroso, porque —en propiedad—, puestos a elegir sin opciones, cada cual está obligado a guardar fidelidad absoluta... a sí mismo), la experiencia vivida, los proyectos anunciados, la dignidad humana mancillada?

A mi ver, hay varias razones que ayudan a explicar estos hechos.

En primer lugar, el estalinismo —como cualquier fenómeno humano— tenía una lógica interna. Ella partía de una premisa falsa, reduccionista de la realidad humana, completamente mecanicista, que solo podía ser aceptada por la mente de individuos muy limitados culturalmente, tal cual es el caso de Stalin y sus colaboradores más cercanos, todos —sin excepción— elegidos por él. (“Limpiar el camino” a estos auxiliares domesticados fue, entre paréntesis, la razón principal que justifica las purgas llevadas a cabo contra los bolcheviques de la primera hornada.) De acuerdo con esta visión, el universo psíquico humano —si acaso existía tal noción, o se le daba algún crédito— estaba totalmente subordinado al aspecto material, al entorno, a los objetos, al cuerpo, a lo directamente sensorial, era deducible de él y —en última instancia— reducible a él, de manera que la máxima aspiración de los seres humanos socializados es satisfacer sus necesidades materiales. (La aceptación de esta premisa justifica las represiones contra la *intelligentsia* soviética.) Al reconvertir ese *medio* en *fin*, el sentido de la existencia humana se restringe a la satisfacción de sus necesidades corporales inmediatas. Bajo esas luces, ante el bienestar material y la *pequeñoburguesización* subsiguiente del proletariado de las metrópolis europeas —sufragado por el Tercer Mundo—, adquieren pleno sentido (absurdo, pero sentido justificativo al fin y a la postre) las dos principales tesis estalinistas que explican las políticas internas contra las libertades de la ciudadanía soviética, a saber: la tesis de la agudización gradual de la lucha de clases a medida que se profundiza en la construcción

del socialismo (fundamento de las purgas y represalias); la tesis de la posibilidad de construcción del socialismo (incluso del comunismo) en un solo país (justificación del aislamiento de la población de la Unión Soviética).

En segundo lugar, la *proletarización a la occidental* no era todavía en la era de Stalin una opción tan llamativa, para el proletariado soviético, como lo fue posteriormente desde finales de la era de Brézhnev.

En tercer lugar, pocas dudas caben que los tempos impuestos por Stalin para la industrialización acelerada del país estaban rindiendo dividendos en plazos compatibles con los de la vida de una generación. (La propaganda estalinista se encargaba luego de fundamentar con esos resultados los excesos de la colectivización forzada).

En cuarto lugar, aunque sea tal vez el motivo subjetivo más importante para la inacción (que no anuencia) apuntada, una parte importante de los soviéticos todavía creía firmemente en la superioridad y **racionalidad** del sistema diseñado por Lenin, respecto a las otras vías de desarrollismo espontáneo capitalista, y veían el estalinismo como un mal menor, acaso evitable, pero decididamente superable.

A pesar de todo lo dicho, la base del “éxito” de Stalin en la imposición del estalinismo (que hizo aparecer como “*полная и окончательная победа социализма*” [“triumfo total y definitivo del socialismo”] en la Unión Soviética), fue el empleo del mismo viejo recurso que, en diversas épocas del siglo pasado, mantuvo en el poder a Hitler, Franco y Pinochet: el terror.

Podemos distinguir dos secuelas del estalinismo: una de acción a largo plazo, relacionada con el papel de las personalidades individuales en el curso de los acontecimientos históricos, y una de efecto más inmediato vinculada al alcance de la influencia de los cuadros políticos dentro de la estructura funcional de una sociedad socialista.

Papel del Individuo en el Curso de los Acontecimientos Históricos

En el número correspondiente al 7 de agosto de 1948 del diario Pravda, Stalin fue llamado “*величайший учёный нашей эры*” [“el más grande científico de nuestra era”]... Es asombroso. Esta cita es, desde luego, un ejemplo entre otros muchos, tomada prácticamente al azar. ¿Cómo alguien cuerdo podría pensar que un anuncio público tan estúpido como ese, en una tirada de varios millones de ejemplares, podría beneficiar su propio prestigio? Cualquiera comprende que las únicas vías para tener siempre la razón son estas:

- a) robar las ideas a los demás;
- b) convertirse en la única persona con acceso a información;
- c) impedir la difusión de ideas de otros;
- d) distorsionar la verdad.

Peor aún, ¿cómo alguien sinceramente comprometido con una causa puede creer que su propia —siempre infundada— infalibilidad beneficia a “la causa”? ¿Se puede ser tan torpe como para no comprender que si esa absurda tesis fuera cierta, la muerte del “infalible” equivale, si no a la muerte de “la causa”, a un daño inestimable a ella? De acuerdo con la experiencia histórica, en un régimen totalitario, el líder es la causa y el fin de todo; tras su muerte, este sitio lo ocupa el estado.

Afirmaciones como la mostrada son tan estrambóticas y absurdas que solo pueden causar —contraproducentemente— suspicacia, asombro, hilaridad, rechazo, oposición, en quienes las escuchan, todo lo cual —lejos de beneficiar— atenta contra la popularidad de la causa: hartos estamos todos de seres “infalibles”, omniscientes, mesías, salvadores, etc. Ningún revolucionario está buscando la sustitución de unos ídolos por otros, estamos buscando que los destierren conceptualmente de una vez por todas, y que se les prohíba su advenio a este mundo.

Es entonces claro (al menos para mí) que Stalin nunca estuvo “comprometido con la causa”: no vivió por ella, sino de ella.

La sombra nefasta del estalinismo para todos los movimientos de izquierda post-

Stalin y su peso específico entre los factores que caldearon la implosión del socialismo irreal, así como las diversas vertientes de su manifestación política (en los gobiernos de izquierda y de derecha), justifican el análisis de las principales tesis de sus defensores (públicos y taimados).

Los *filoestalinistas*, sean o no conscientes de su condición, pueden ser divididos convencionalmente en dos grupos —aunque la fuente de sus convicciones es común: la inequidad esencial de los seres humanos—, según el objeto discriminado (masa o líder), en “pragmáticos” y “auténticos”.

Los estalinistas “pragmáticos” dispersos por el mundo, sin ser tan pocos, no se detienen a discernir la veracidad de la alegada superioridad del líder, sino que aducen en favor de este sistema de gobierno, que los seres humanos “necesitan” ídolos, héroes, “guías”, y que corresponde a los colaboradores ancillarios más cercanos de estos reforzar esa imagen preeminente del Jefe, en aras de elevar la confianza de las masas “en el triunfo final”.

Los estalinistas “auténticos”, también muy difundidos, creen sinceramente en la superioridad esencial del “Jefe” (o en la inferioridad de los demás, respecto a aquel, que es lo mismo). Los más fervientes llegan al extremo de aseverar que el propio “Líder” sacrifica su modestia y sencillez ontológicas, a costa de un esfuerzo y desgaste sobrehumanos, que solo a él le es dado hacer, en aras de que las masas se mantengan firmes en la lucha: sin ese egregio altruismo personal de su parte, los guiados se perderían desorientados.

Ambos grupos de pro-estalinistas convencidos insisten finalmente en que las conductas de “liderazgo-subordinación” y las jerarquizaciones sociales correspondientes a ellas son “universales” (“absolutos”) propios de la “praxis histórica”, por lo que quienes no reconocen la superioridad del “Supremo”:

- a) actúan de mala fe (las más de las veces pagados por el enemigo);
- b) están motivados por la envidia, la roña, la codicia;
- c) son ignorantes;
- d) son intelectuales elitistas;
- e) son crédulos, inexpertos en política;
- f) la carencia de virtud les impide ver la virtud en los demás;
- g) hay en ellos una mezcla ponzoñosa de las causas anteriores.

El problema de esta visión de “clasificación raigal” de los seres humanos no solamente es falsa desde el punto de vista científico, sino que es, se comprende sin dificultades, políticamente muy peligrosa.

Subrayo, no obstante, que la falsía de la inequidad esencial de los seres humanos no responde a las exigencias de un *argumentum ad consequentiam*; se basa en datos científicos completamente verificables, provenientes de las ciencias biológicas y antropológicas:

- la dotación genética determina ciertos límites aproximados de las futuras características del individuo;
- los valores puntuales que ellas alcancen dependen del entorno predominante en las diferentes etapas del desarrollo de ese individuo, la asimetría de cuya incidencia depende de la relación entre la edad del individuo y la etapa misma;
- la valoración social que se haga de ellas es exclusivamente una relación matemático-funcional de la sociedad.

Cuesta trabajo comprender cómo a veces las mismas personas que combaten vehementemente todas las variantes de fascismo (sexista, racista, nacionalista, etc.), defienden con igual pasión diversas variedades de estalinismo: si es posible demostrar la superioridad universal (o sea, no circunstanciada) de una persona respecto a sus semejantes, no veo cómo impedir la generalización de tal enfoque a un grupo humano más numeroso. En resumen, para que las diferencias en la apreciación musical de un individuo respecto a otro adquieran connotación (sean significativas), es imprescindible una organización humana que le dé significación a ese hecho.

En defensa de las tesis jerarquizadoras de las humanas realidades, sus valedores

esgrimen los más disímiles ejemplos: Einstein, Mozart, Newton, Marx... (Es curioso que entre los “genios supremos” de la humanidad no haya un amerindio, un africano, un australiano, un árabe —¡ni siquiera un indio o un chino!, a pesar de sus inmensas poblaciones—, cuando cualquiera comprende que la sobrevivencia de grupos sociales tan cuantiosos, durante períodos de tiempo tan largos, como los mencionados, exige numerosísimas y no infrecuentes soluciones “geniales”)... Tamaño facilismo e ingenuidad solo es condonable mediante alegaciones de ignorancia acerca de —entre otros muchos elementos disuasivos— la *parcialidad* de los recursos cognitivos de que disponemos en cualquier campo de actividades, toda vez que ellas no son sino *aproximaciones* a una realidad que es en sí misma *infinita e inagotable*; acerca de la historicidad que acompaña las obras proveedoras de “genialidad” a sus autores; acerca de la relatividad de las evaluaciones que les realicemos; acerca de la fragilidad de nuestros sistemas axiológicos; acerca de la circunstancialidad de conceptos tales como “utilidad”, “beneficio”, “importancia”, “impacto”, “triumfo”, “eficiencia”...

No se trata de desconocer la preeminencia, prestigio, relevancia social o méritos que una persona alcance en una cierta actividad; se trata de no absolutizar esas capacidades, siempre mínimas y restringidas respecto a la enormidad de lo no hecho; se trata de no colocar sus actos, conductas o decisiones más allá del ejercicio ilimitado del criterio y la opinión, sin desautorizaciones apriorísticas.

El camino de destacar descontextualizadamente las obras de ciertas personas, de absolutizar sus atributos presentándolos sin referencias palmarias, de exaltar sesgadamente sus peculiaridades, de adornar cualquiera de sus actos, de inundar la prensa con mediocres textos hagiográficos, de apelar a la emotividad donde debía de imponerse siempre el juicio sereno, la creación en fin de entidades paradigmáticas *suprasociales* y *supraindividuales*, con almas sin cicatrices e historias inmaculadas, no pueden ser —ni son— conductas sociales tendientes a dignificar al ser humano: ellas están diseñadas, y solo persiguen, minimizar a las **personas reales**, ningunearlas, someterlas al vasallaje de los iconos sociales, educarlas en la duda de sus potencialidades, deformar su espiritualidad hasta el autodesprecio, prepararlas para la obediencia, mutilar su espíritu crítico.

Ese no es el camino educativo que se espera del socialismo, un sistema conceptualmente **racional**, o sea, alentado por las ciencias, fundamentado en ellas, y en consecuencia un sistema revolucionador, propulsor del pensamiento científico, propalador y fortalecedor irrestricto del espíritu crítico. El socialismo es irreverente por definición, enemigo del dogma, destructor de absolutismo y cultos. El culto a la personalidad no debe de ser instigado por el único régimen ideado con el fin expreso de lograr la reafirmación plena de los seres humanos.

Nadie nace para ser alguien más que sí mismo, y cualquier intento en ese sentido espurio, o movimiento alentador de esa utopía es una meta arbitraria y reductiva. El socialismo o sirve para validar esos asertos en la práctica o es completamente inútil.

Tras el triunfo de Octubre, más de 400 millones de personas se llamaron alguna vez “soviéticos”: ni uno solo se propuso **NUNCA** ser émulo de Lenin, o de Marx, o de Engels en el campo de la sociología, de la filosofía, de la economía, del pensamiento cosmovisivo. No podían. La máxima aspiración dable a cualquiera de ellos era “interpretar” las ideas, reputadas principistamente de “no parangonables”, de aquellos “Elegidos Insuperables” con mayor acierto —aparente o verdadero— que otros.

¿En qué terrible momento el socialismo dejó de ser una aspiración viva, reformable, moldeable, perfectible, para convertirse en *socialismo irreal*: una mística encajonada, aplastante e inservible?

El culto a la personalidad no es una necesidad interna del socialismo: fue su mayor y más espantosa aberración ética como soporte ideológico de una aberración no menor: el totalitarismo socialista.

El totalitarismo no es un sistema exclusivo del socialismo soviético, ni nació en él, ya se ha visto, pero tiene raíces comunes dondequiera que ha sido establecido. Entre ellas se cuentan las siguientes:

- una crisis interna profunda en el grupo social de referencia; la agudización de las crisis externas ayudan a la concentración del poder y a la manifestación subsiguiente del totalitarismo;
- en esas condiciones, accede al poder político una persona de escaso y dudoso desarrollo cultural (mucho astucia y maldad en poco seso domesticado), con una deformada personalidad egolátrica, amoral, antiética y cruel;
- el grupo social de referencia debe de estar compuesto por una mayoría de personas sin mucha cultura, con bajo nivel instructivo-educativo, de hábitos democráticos y virtudes político-parlamentarias muy incipientes o casi nulas;
- el acceso al poder de los líderes totalitarios se acompaña de un débil grado de organización, madurez y cohesión de las fuerzas opositoras.

Todas estas condiciones se daban en las Rusias recién soviéticas. La temprana “muerte política” (anterior a su deceso físico, según indican las más recientes investigaciones historiográficas de aquel período) de Vladímir Ilích Uliánov (a. Lenin) impidió la maduración del partido bolchevique bajo la égida de su sabia equidad y comedimiento para enfrentarse exitosamente a las ambiciones de Iósiv Visariónovich Dzjugachvili (a. Stalin). Ese hecho aceleró la manifestación del totalitarismo bajo la teratológica personalidad de este brumoso líder.

En el caso del fascismo alemán, la imposición del culto a la personalidad del Führer, además de aprovechar hábilmente los mayores recursos económicos del país —en comparación con los que disponía la naciente Unión Soviética— a favor de la población de alemanes “arios” para “comprar” su aquiescencia ilimitada, tuvo que vencer la superior resistencia cultural del pueblo alemán y la madurez de las organizaciones políticas opositoras mediante un mayor terror y una maquinaria de propaganda incomparablemente más tecnificada, científica, penetrante y sutil que la soviética.

Después de los “Líderes de Culto” de la primera mitad del siglo XX (diferencias y matices incluidos), otros pequeños émulos han intentado acaparar la adoración de los incautos. Su “éxito” ha sido siempre efímero, porque —a pesar de los intentos velados de comparsas de genuflexos oportunistas, politiqueros, arribistas populacheros y mimetistas, en las más diversas latitudes y circunstancias históricas— la necesidad de la vigencia de las condiciones expuestas explica la imposibilidad de su imposición indiscutida y permanencia en ningún sitio donde ellas no se cumplan.

En concordancia con lo expuesto las mejores armas para combatir el culto a la personalidad son:

- Elevación permanente de los niveles de instrucción, educación y cultura de la mayoría de la sociedad de que se trate, sin límites de su alcance ni ajustes de los contenidos;
- Reforzamiento de las instituciones de control y de los mecanismos de dirección participativos;
- Instauración de una clara política informativa a la población, y aplicación valiente de medidas, legalmente sustentadas, que vigoricen el trabajo periodístico, el ejercicio de la crítica y la exposición abierta de las opiniones personales;
- Creación de instituciones y redes informáticas encargadas de recoger y canalizar las opiniones de la población sin restricciones;
- Divulgación de los temas y materias de discusión en todas las instancias de las entidades estatales, partidistas y gubernamentales;
- Establecimiento de rendiciones de cuentas periódicas de los cuadros dirigentes acerca de la gestión que realizan y de su conducta ciudadana.

Los líderes necesarios a las sociedades de nuestro presente han de caracterizarse por la humildad; por saber escuchar serenamente a quienes se les acerquen sin “aplastarlos” ni ridiculizarlos con su prestigio o experiencia; por seguir formas de vida muy sencillas, sin opulencias; por su cultura, por su comprensión, por su humanismo, por su magnanimidad (literalmente, “grandeza de alma”).

Límites de la Influencia de los Cuadros Políticos en la Estructura Funcional de una Sociedad Socialista

La herencia de Stalin fue deletérea en muchos sentidos para el movimiento comunista internacional, especialmente por la falacia argumental, propalada por la ideología dominante, que establecía un nexo causal entre el socialismo y el culto al líder, del cual se desprendía la supuesta inevitabilidad del totalitarismo asfixiante. Pero esos temores carecen de fundamento.

El mayor daño, naturalmente, lo dejó el estalinismo en la propia Unión Soviética: tras el deceso del Gran Padrecito de Todos los Pueblos, cualquiera que ocupara el cargo supremo de la estructura incaico-partidista resultaba automáticamente ungido de celestial omnisciencia, omnipotencia e infalibilidad. Peor aún: todo el andamiaje de poder creado por él, o nacido bajo sus auspicios, estaba investido, escalonadamente, de su augusta autoridad. De esta manera, ante los ojos de sus subordinados directos y ciudadanos dependientes, la infalibilidad del líder de turno amparaba las más disparatadas decisiones tomadas en la periferia, al menos mientras el representante suburbano del adalid mereciera tamaña deferencia.

La principal consecuencia social de esta acción del “estalinismo sin Stalin” fue la inacción social: los soviéticos aplaudían convenientemente los discursos de sus dirigentes al tiempo que decían para su colete — “Si dices que es así, ¡hazlo tú mismo!”.

Imposibilitados de ejercer acción directa alguna sobre sus destinos, se apoderó de los soviéticos la indiferencia: no podían sentirse culpables de un desastre provocado por decisiones en las que ellos no habían tenido parte ni concierto; muy por el contrario, siempre hicieron todo lo que se les pidió. Las gentes sencillas del pueblo soviético las más de las veces no han sido sino víctimas; especialmente ahora.

Nikita Serguéievich Jrushchov —como muchos otros líderes soviéticos de la época, incluyendo a algunos acérrimos aparentes estalinistas y probados represores de años anteriores—, motivado por la presión social que el horror del estalinismo despertaba en torno suyo, intentó desembarazarse de sus excesos, pero solo en el aspecto relacionado con su malevolencia ética, por lo que sus empeños no rebasaron los límites de modificar la naturaleza policíaca del estado soviético en el interior del país (en el exterior no fue así: baste recordar las purgas y represalias que tuvieron lugar en Alemania, Checoslovaquia, Polonia y Hungría bajo su mandato). Ese, sin embargo, con ser un problema muy grande y de una incidencia extraordinaria en el destino de millones de seres humanos, no era el asunto causal, sino su manifestación fenoménica.

Para tener éxito, a Jrushchov le quedaba un solo camino: retornar exactamente al proyecto leninista, esto es, al proyecto de superar dialécticamente al estado apoyándose en un partido sólido, erigido sobre una estructura centralizada y estratificada, con crecientes nexos entre sus niveles formadores, amplio apoyo en las masas y elevadísimo respeto moral hacia su membresía. Y eso, por mucha voluntad que tuviera este personaje partidista, no estaba al alcance ni de su cultura, ni de su visión política, ni de su prestigio histórico, ni de su ascendencia ética, ni de sus luces intelectivas, ni de su poder real. Jrushchov, como todos los miembros prominentes de la jerarquía soviética de la era posbélica, sabía que algo andaba muy torcido en el socialismo que estaban construyendo, y podía —por tanto— señalar males aislados, pero no tenía una visión de conjunto, y carecía entonces de un programa sistémico.

Los hechos parecen confirmar la tesis de que Jrushchov era una persona bastante miope, políticamente hablando. Entre sus mayores desatinos se le señalan errores en asuntos cotidianos y programáticos de economía interna, en la formulación desafortunada de la política llamada de *Coexistencia Pacífica* entre diferentes sistemas, en la desatención de las relaciones con su más firmes aliados potenciales (los países del Tercer Mundo), y —en particular— en la alta política palaciego-partidista: exceptuando a Mikhaíl Serguéievich Gorbachov, quien cavó complacientemente su propia tumba política, Jrushchov fue el único, de los líderes Todopoderosos Soviéticos, defenestrado; vale decir, que murió fuera del cargo. Por otra parte, el comportamiento desatinado —primero innecesariamente

conspirativo, luego abiertamente timorato— de Jrushchov durante la *Crisis de los Misiles*, cuando llegó incluso a desconocer a Cuba —tal como hicieran los gobiernos imperialistas de España y Estados Unidos 64 años antes, durante las llamadas Conversaciones de Paz de París, que pusieron fin al conflicto **cubano**-hispano-estadounidense, a las que no invitaron a participar a ningún representante de esta Isla Insurgente— durante las conversaciones secretas que sostuviera con John Fitzgerald Kennedy sobre aquellos acontecimientos, justifica que los cubanos concededores de aquellos eventos nunca guardáramos —a pesar de su carisma, mundanalidad y desenfado— especiales simpatías o recuerdos gratos por este líder soviético, tras su sustitución por Leonid Ilich Brézhnev en la cúspide partidista.

Fue justamente en el plano de las relaciones internacionales donde se manifestó con toda nitidez, específicamente en el terreno ideológico, el carácter imperialista y dictatorial del estalinismo. (Todavía está pagando la izquierda el daño que causó esa prepotencia.)

Un andamiaje como el de las relaciones entre revolucionarios, personas ellas por definición y aceptación muy marginadas, compartidoras de un mismo sueño liberador, que debía de ser de una solidez extrema, por la científicidad de sus proyectos, por la comprensión de sus análisis, por la flexibilidad de sus enfoques, por la unanimidad de fines, se convirtió en una muy vulgar “Villa Miseria”.

Mientras los barones capitalistas imponían al mundo un lenguaje común (el inglés), una moneda común (el dólar), una única forma de producción, un mismo modo de pensar, idénticas aspiraciones existenciales, la transnacionalización de la obtención de los bienes de consumo y análogos bienes de consumo, la izquierda se desgarraba entre “pro-chinos” y “pro-soviéticos” y los secretarios generales de los partidos comunistas “hermanos” intercambiaban loas y alabanzas... Los hechos ocurridos no permiten colegir que hubiera democracia absoluta entre ellos, que no existieran jerarquías entre ellos, que no prevalecieran entre ellos las relaciones que dicta una visión imperialista eurocentrada.

A pesar de todo lo dicho, es obvio que el fracaso de la desestalinización jrushchoviana del estado soviético no es imputable a las limitaciones personales de su anunciador. Jrushchov no era revolucionario, sino ortodoxo; no deseaba cambios raigales, ni los concebía posibles, ni los concebía. Para adquirir una visión global de los problemas del sistema y preparar un programa viable necesitaba democratizar a la sociedad soviética y nadie estaba dispuesto a tanto dentro de la *nomenklatura*, empezando por el Secretario General del PCUS.

Muchas cosas habían ocurrido en la Unión Soviética desde el glorioso Octubre juliano cuando Nikita Serguéievich Jrushchov, tras haber recorrido un largo camino desde que fuera combatiente de filas en la Guerra Civil de 1918-1920, alcanzó un puesto desde el cual supuestamente, dado el carácter totalitario del régimen, estaba en condiciones de realizar los cambios con los que, quizás, como muchos otros implicados, había soñado cuando ocupaba posiciones menos prominentes. Ya para entonces él se había perdido en discursos hipócritas, en verdades relativas, en métodos tortuosos. El socialismo parecía una resina que podía acomodarse a cualquier circunstancia. Aquella verdad prístina de Lenin que anunciaba un régimen liberador de los seres humanos, aquella luz de eticidad y esperanzas, se había desvanecido y hecho confusa entre las molduras y conveniencias que convirtieron a personajes tan siniestros como Genrikh Grigorevich Yagoda, Nikolai Ivánovich Yezhov, Lavrenti Pavlovich Beria, Viacheslav Mijáilovich Skriabin (a. Mólotov), Andréi Aleksandrovich Zhdánov —víctimas todos ellos del sistema— en modelos sociales de imitación.

Hay quienes afirman que los intentos de Jrushchov estaban condenados al fracaso de antemano, que de haber dado a su empeño modificador el aliento y alcance que 30 años más tarde le diera Gorbachov al suyo, los resultados habrían sido los mismos que conociera aquel: la implosión de la Unión Soviética. Esa afirmación no parece demasiado desatinada, porque tanto uno como otro cometieron el mismo error que hace fracasar todas las revoluciones que pretenden adecuarse a los tiempos, y superar sus errores pasados: realizar los cambios desde arriba, por decreto. Con todo, ella descalifica de antemano *la*

aproximación verdaderamente leninista.

En medio de la algarabía del pasado que vivió intensamente, Nikita Serguéievich Jrushchov no supo encontrar la voz ni la mano de Lenin... Mijaíl Serguéyevich Gorbachov pudo haberla escuchado; si lo hizo, no le gustó lo que esa voz le dijo.

Es obvio que en la Unión Soviética hacía falta una apertura informativa, pero no la *glasnost*, porque eso no fue una apertura informativa sino un suicidio informativo. Nadie cuerdo podría discutir el **qué**; lo que resulta embarazoso es el **cómo**.

En primer lugar los archivos se abrieron sesgadamente, con intencionalidad, no democráticamente. No se expusieron todas las actas de todos los congresos, con todas las intervenciones de Lenin, ni se “abrieron” todos los escritos de Marx, sino que se les dio voz, exclusivamente, a grupos selectos de personas.

Conocer la historia a cabalidad y con transparencia total no significa asesinar el pasado, porque ese es un acto revestido plenamente de **intencionalidad**; ventilar todos sus hechos no quiere decir estigmatizarlos cómodamente desde un presente (al que solo se llega desde aquel); analizar con profundidad cada conducta no es irrespetar las decisiones que se tomaron en el ayer, bajo las circunstancias del ayer, ni enlodar a sus protagonistas condenados al silencio.

La historia no es el relato idílico que explica cuán maravillosos somos y el porqué de nuestro brillo. Ese es el supuesto más antidialéctico y estúpido que imaginar uno pueda. (K. Marx y V. I. Lenin fueron machistas y tuvieron amantes... ¿y qué? Pretender que no lo fueron es como aspirar a que no usaran levitas, sino sudaderas *Adidas*, todo lo cual no justifica el machismo individual que envilezca a un ciudadano **hoy**, porque **hoy** son otras las circunstancias, y nuestros prejuicios y errores —que serán tales ante la perspectiva del **mañana**— son seguramente **otros**.)

La narración viva de la historia de un pueblo, si es veraz y acertada (**no conveniente**), solo puede producir orgullo en sus depositarios... Tras la infausta *glasnost* una gran parte de las nuevas generaciones de soviéticos se sintió avergonzada de su pasado, desearon tener otro origen y, contritos, cayeron arrodillados ante Occidente. Otra parte se refugió en el ultranacionalismo y la xenofobia, matraz fecunda (¡siempre!) del fascismo.

Reajustes muy similares, la llamada *perestroika*, se implementaron en las esferas de la política y la economía con análoga torpeza e impericia. De este modo, los medios de producción no terminaron socializados, sino privatizados; los mecanismos rectores de la sociedad no fueron horizontalizados, sino sacralizados; y las decisiones políticas no fueron democratizadas, sino peculiarizadas.

Todo esos recovecos serán superados, porque la historia de todos los pueblos de este mundo, desde los yakutos hasta los japoneses, es heroica y está llena de hechos enaltecidos.

Así, de la misma manera que el politeísmo es superado dialécticamente por el monoteísmo (aunque, atendiendo a su profuso santoral, es difícil aceptar que los católicos militantes sean “monoteístas puros”) y este lo será por el ateísmo, el totalitarismo —máxima expresión del proceso de concentración de voluntades dispuestas a la conquista de ciertos objetivos, mediante el despojo (¿entrega voluntaria?) de los poderes individuales a sus detentadores— será superado definitivamente por el “horizontalismo”.

El Problema de las Formas de Propiedad sobre los Medios de Producción

El tema de las formas de propiedad continúa siendo el más espinoso problema teórico-práctico que enfrenta la izquierda todavía en nuestros días.

Por una parte la sacralización de la propiedad privada bajo el falso argumento de que el “sentido de propiedad” es garante de mayor eficiencia y productividad, constituye el reflejo de una muy pobre comprensión del espíritu humano, y nos convierte —por decreto— en predadores insaciables, toda vez que no existe ese tal “sentido innato de propiedad”, ni el ser humano es por naturaleza —definición terenciana mediante— “lobo del hombre”, ni

constituyen la ambición, el egoísmo, la codicia nuestras máximas motivaciones.

Por otra parte, los experimentos de estatización absoluta de todos los medios de producción (hasta los usados en la economía de subsistencia) convierte de golpe y porrazo a todas las personas en asalariados del estado, nos hace —por fuerza y decreto, nuevamente— “solidarios” y “desinteresados”, y —lo peor de todo— nos convierte en simple mano de obra, excluyéndonos con ello como productores directos, como gestores, como creadores, todo lo cual coarta, obnubila y destruye la parte primordial de nuestras esencias, esa que se manifiesta en nuestro poder de recreación del mundo circundante. No nos queda la opción de ser altruistas, porque **tenemos que serlo**.

Dados estos exegéticos exordios, acerquémonos a la experiencia soviética, distinguiendo el legado de Lenin.

Muy por el contrario a las afirmaciones de quienes realizan conclusiones superficiales o malintencionadas acerca de la Unión Soviética y de sus líderes, los hechos inducen a pensar que Stalin no era el hombre de voluntad de acero que nos vendió el panfletismo ideologizante soviético de su época. Todo lo contrario: Stalin era víctima absoluta de las circunstancias. No podía imponerse sobre ellas, porque carecía de cultura y conocimientos suficientes para situarse por encima de los eventos y contemplarlos a distancia. Tenía una gran experiencia mundanal, mucha astucia de “barrio bajo”, mucho don de mando, mucha “maldad de la vida”, mucha “psicología de gentes”, “mucho calle”, mucho “kilometraje político” recorrido, pero carecía de comprensión sistémica, de orientación global, de cualidades de estratega. Por lo tanto, sus acciones no responden a un programa, sino a un dogma esperpéntico formado a tajos, con los trozos de visiones que la realidad iba descubriendo ante él.

Por esa simple razón, quienes pretenden ver en el estalinismo una continuidad efectiva del leninismo no han comprendido absolutamente nada, porque uno es, en verdad, la negación opuesta del otro.

Contrariamente a él, Lenin era una persona de profunda cultura, poseedor de una notable comprensión de la dialéctica, obligado por ello —¡desde su interior!— a pensar, analizar, escuchar, compilar información, estudiar criterios, sopesar los detalles, valorar las consecuencias, preparar futuras respuestas posibles antes de actuar, y si la realidad —vista de conjunto— le dictaba una conducta, buscaba los caminos más promisorios para instrumentarla, razón por la cual vencía las circunstancias, imponía —dentro del estricto marco de lo posible— su visión a los eventos y los iba moldeando.

Así, bien mirada las cosas, Lenin fue (en la máxima medida que un humano pueda serlo) muchísimo más protagonista —incluso guionista— de la historia que Stalin, lo cual significa, en propiedad, que si hubiera que señalar una personalidad hondamente influyente en el curso, giros y desenlace de aquellos extraordinarios sucesos post-octubrianos, hay que nombrar —sin vacilaciones — a Vladímir Ilíich Uliánov (a. Lenin).

Prueba de estos asertos es el claro entendimiento que tuvo el joven Lenin de la nueva situación mundial que creaba la transición del capitalismo hacia su fase imperialista (final), o sea, la imposibilidad del triunfo del socialismo simultáneamente en todos los países —a contrapelo de lo que enfáticamente auguraba la interpretación de la teoría ¡bajo otras condiciones!—, a causa de la disparidad de desarrollo creada en ellos, como consecuencia de ese proceso. Al mismo tiempo, Lenin nunca renegó de las enseñanzas de K. Marx. Lenin nunca habló de hacer aportes al marxismo o modificaciones a la teoría, por la sencilla razón de que él comprendía perfectamente que lo único que Karl Marx había legado a la posteridad era **un método**, y a los métodos no se les modifica: se usan o no **adecuadamente**, tanto más el método marxista, cuya primera y única premisa, conclusión y enseñanza era, justamente, que **el método nunca vale nada en sí mismo, es la realidad quien dicta el método**.

Lenin no fue un ser de otro planeta, ni se consideró un “genio inalcanzable”, ni se presentó como un “elegido”, ni se rebajó a todas las payasadas y frivolidades del ritual partidista y la liturgia enaltecida estatista posteriormente instaurada como recurso de coacción espiritual de las masas. Lenin comprendía que ante los ojos de los campesinos y

trabajadores incultos (que no ignorantes) y sencillos que le rodeaban, él —persona de muy vastas lecturas y saberes diversos— debía de aparecer como un ser prodigioso, pero nunca se creyó tamaña sandez. La prueba es que Lenin discutía acaloradamente con todos (ese era su trabajo), no se cansaba de argumentar; no cejaba ni un instante en su labor de disuasión, mientras tuviera un minuto para hacerlo: solo si la premura de la toma de decisión lo exigía, imponía su autoridad, pero inmediatamente escribía un artículo, o pedía a alguno de sus colaboradores que lo había comprendido en esa ocasión, que lo hiciera, para seguir disuadiendo después de haber actuado. Si ese no hubiera sido el caso, si Lenin no se hubiera presentado permanentemente como un ser de carne y hueso, conflictivo, contradictorio, analítico, abierto, definitivamente asequible, ¿por qué el primer punto de las demandas de los sublevados contrarrevolucionarios de Kronstadt era la salida de los bolcheviques de los soviets y de Lenin, en particular, a la par que exigían libertad de palabra para sí mismos?... Jamás Stalin, por ejemplo, conoció ninguna oposición que abiertamente exigiera su dimisión.

Lenin percibía perfectamente que la única superioridad clara que él tenía sobre todos quienes como él se habían hecho marxistas en la misma época (apenas, entre paréntesis, haber salido esas ideas de la pluma y reflexiones de sus gestores, lo cual lo dignifica aún más) era la comprensión de la esencia de la enseñanza: el método. Lenin no se detuvo a “babearse” ante el conocimiento adquirido en esa fuente marxista, ni a tratar de repetir largas citas como un papagayo de las obras de K. Marx para pavonearse de “su” sapiencia manualesca, ni siquiera perdió el tiempo tratando de “entender a cabalidad”, mucho menos se puso a especular qué lugar correspondía a K. Marx en la lista de los “diez más sabios” de todos los tiempos, ni otras idioteces semejantes... Lenin comprendía claramente que había recibido en aquel conocimiento un arma discursiva, un bisturí de análisis, un perforador de realidades, un microscopio de eventos, y que —como en el caso de los esquís y la bicicleta— la única forma existente de aprender a usar aquel valiosísimo arsenal era usándolo.

Las comparaciones siempre son conflictivas, pero la diferencia que hay entre Lenin y Georgi Valentínovich Plejánov, por ejemplo, es la misma que encontramos entre Rosa Luxemburgo y Antonio Gramsci, respecto a la mayoría de los contemporáneos de estos otros revolucionarios-pensadores.

Estas afirmaciones están lejos de significar que la muerte de Lenin condujo por fuerza al malogramiento de su proyecto, de la misma manera que no se puede responsabilizar solo al liderazgo de Stalin por los acontecimientos de 1991, porque eso es absurdo. Muy por el contrario, ese habría sido el caso si la participación de Lenin en el proyecto hubiera asegurado un decursar no conflictivo y contradictorio de los acontecimientos; pero acontecía justamente lo opuesto: Lenin era la búsqueda hecha meta, la duda convertida en acción, la revisión constante de cada paso transformada en conducta cotidiana. Ese habría sido el caso, si la sola presencia de Lenin hubiera servido, como ocurría con Stalin, para acallar al auditorio; sucedía exactamente a la inversa: la entrada de Vladímir Ilích en un lugar de reunión era el detonante de todos los expositores, porque él exigía conocer qué pensaba cada cual, para tener una visión más amplia de los asuntos tratados. Incluso después de haber expuesto sus preferencias por uno u otro sesgo de las ideas discutidas, alentaba a los opositores a brindar nuevas argumentaciones. Bajo Stalin, la situación era completamente diferente: las personas callaban hasta haber adivinado de algún modo qué quería escuchar el líder; entonces discurrían a favor de esa idea, haciendo las modificaciones que indicara pertinentes el fruncimiento del entrecejo del Gran Juez. (Cuando único el liderazgo de Stalin tuvo verdadero éxito fue durante la Gran Guerra Patria, a partir de diciembre de 1941 —después de los primeros fracasos motivados alegadamente por su impericia de estrategia y desplome moral inicial—, momento en que dejó que los especialistas militares le hicieran proposiciones sin temor, para entre todos sopesar la mejor conducta requerida por la situación. Ese es exactamente el papel que corresponde a un dirigente socialista.)

Consecuentemente, la permanencia de Lenin en el cargo no era garantía del triunfo

del socialismo en la Unión Soviética, sino de la imposición del método dialéctico de análisis de cada situación, del vencimiento de los prejuicios y los dogmas, del enterramiento de las mezquindades, del destierro de las banalidades, de la instauración del examen vivo y la discusión abierta y permanente. Eso ya es bastante.

Lenin concebía el estado como un medio para liberar a los seres humanos de las penurias y ponerlos en condiciones intelectivas de decidir por sí mismos el sentido de sus existencias. A él nunca se le ocurrió pensar en el estado como un fin en sí mismo, y que la mayor felicidad que podría esperar cualquier persona era adorar ese “estado de obreros y campesinos”. Lenin era tan dialéctico que comprendía nítidamente que incluso la liberación espiritual de las personas que hoy constituye el fin de las sociedades socialistas antropocentradadas en edificación y constante proyección, mañana será un nuevo medio hacia otras metas, porque esa insatisfacción permanente, ese espíritu insaciable de búsqueda, esa avidez de saber es parte de **la naturaleza humana**.

Tal vez la prueba más grande del realismo militante y dialéctico del legado leninista sea la valiente implantación de la Nueva Política Económica (NEP, por sus siglas en ruso) en sustitución del llamado *Comunismo de Guerra*. Son conocidas las condiciones de hambre y penuria imperantes en el naciente estado para marzo de 1921 que provocaron la sublevación en Tambóv, las huelgas eseristas y mencheviques en Petrogrado y la rebelión de Kronstadt. Esta última, sin embargo, fue, al decir de Lenin, “[...] *el relámpago que iluminó la realidad*”.

Para explicar la NEP a los reunidos en el X Congreso del Partido Comunista del joven estado, Lenin dijo claramente y sin tapujos, con una audacia y un realismo que todavía pasma: “*no somos lo suficientemente civilizados para el socialismo.*” Eso lo dijo a personas que cada día ponían sus pechos a las balas enemigas y que, casi con toda seguridad, era lo menos que esperaban escuchar de su guía.

La estatización a ultranza, como meta final, de los medios de producción, contrariamente a lo esperado, no puso el poder en manos del pueblo, sino del aparato estatal. En esas condiciones el cooperativismo y la pequeña propiedad, la parcelación del poder económico (real), habría sido un valladar contra las apetencias de perpetuidad de la burocracia soviética convertida en *clase para sí*.

Ese enfoque exige la discusión detallada de las medidas pertinentes para evitar la concentración de propiedades en unas manos, de los problemas de planificación centralizada de la economía en condiciones de cooperativismo generalizado **de abajo hacia arriba**, de la parcelación cooperativizada de la gran industria, de las leyes garantizadoras de equidad social irrestricta, de la definición de los objetivos productivos en función de la utilidad coyuntural de los bienes, de la elección de los cuadros y especialistas de la producción, de la formación racional de precios, de la publicidad solidaria y responsable de las producciones, de la lucha contra la corrupción y el enriquecimiento ilícito, de la adecuación permanente de los objetivos productivos sociales, de la definición de las metas de cada etapa del desarrollo, de la delimitación objetiva de las aspiraciones sociales en la esfera económica, del nivel de vida de la población, de los deberes internacionalistas de la clase obrera en el ámbito económico, de la propiedad intelectual, y de muchos otros asuntos similares.

Lenin murió demasiado pronto, pero, a juzgar por su comportamiento precedente, no resulta infundado suponer que habría abordado con mente abierta, realismo, flexibilidad y espíritu dialéctico temas tan controversiales como el de la implicación de los productores directos en la economía a gran escala, los límites viables de la propiedad, la socialización de los medios de producción, la democratización de la economía, la eficiencia en el uso de los recursos naturales.

La dirección de la Unión Soviética opuso a la falsa espontaneidad del mercado la ilusión de una previsión racional. Para hacerlo siguió el camino que aparentemente dictaban las ciencias: la especialización extrema y su vástago legítimo, el *sistema de cuadros profesionales*. No se tuvo en cuenta que las ciencias de la sociedad y los temas sociales no son un cuerpo de enseñanza más, como la física o la medicina, sino que constituyen

estudios completamente *sui géneris*, ubicuos y plenamente abarcadores.

El desdichado cuadro de liderazgo que dejara tras de sí la implosión de la Unión Soviética hace más de 25 años solo ahora comienza a revertirse.

No hay más que ver quiénes son los conductores políticos con **verdadero** poder en el mundo (con perdón de los injustamente implicados): *ivy league people*⁶ y *yuppies*⁷ o bitongos, para decirlo en el español de la norma cubana... Es una peligrosa epidemia: las personas se encumbran no por las posiciones programáticas que enarbolan, sino por las relaciones que tengan; no por sus vínculos con los problemas cruciales de los seres humanos que representen, sino por los cursos de postgrado concluidos y el dominio de las políticamente vacuas teorías estructuralistas; no por la agudeza de sus ideas, sino por la obsequiosidad con que atiendan los reclamos de los más poderosos económicamente.

Contrariamente a lo que ocurre con los dirigentes “populistas” que están surgiendo en los procesos de la “hora actual de América”, es difícil, muy difícil encontrar en medio de esa fauna el rostro de una persona que trasluzca responsabilidad, en el que sea posible observar el peso de un deber, la conmoción de la entrega, los deseos de quedar bien con las gentes sencillas ante las que supuestamente responden, de buscar las mejores soluciones, las preocupaciones por no errar... Todos invariablemente sonrían complacidos. Todos visten impecablemente. Todos nos observan como si estuvieran haciéndonos el favor de estar vivos. Todos parecen llegados a una fiesta. Al contemplarlos, se nos hace cuesta arriba creer que no acaban de regresar de celebrar un amistoso partido de tenis, de sostener un inodoro encuentro de golf, ni admitir que ellos sudan y cagan y hacen el ridículo... Es casi imposible no convencerse que nosotros, la aplastante mayoría, dependemos de ese atajo de *playboys* (*playgirls*, *playelders*), cuando es exactamente a la inversa: esa banda de mentecatos ilustrados, con ínfulas, alegorías, séquito, auxiliares, *mango*, *armani* y paparazzi **dependen de nosotros y debían de representar nuestros intereses**, no los propios, mucho menos los de aquellos que les pagan. Todos sospechamos, con muy sano juicio, que cuando esos líderes se reúnen tratan temas a nuestras espaldas que les permiten llegar a conclusiones que no nos benefician, porque —a diferencia de los problemas que ha tenido el socialismo, asociados exclusivamente a su edificación— los males del capitalismo **son raigales**...

Uno sigue tentado luego a preguntarse, ¿qué carajo tiene entonces el capitalismo de seductor, y qué hizo tan mal el socialismo en la Unión Soviética para que su población sintiera tal desafección por su sistema social que permitió la debacle histórica que es la desaparición de su estado?

⁶ Literalmente, gentes de la hiedra, es una liga de profesionales provenientes de un grupo de prestigiosas y respetadas universidades del noreste de los Estados Unidos (Brown, Columbia, Cornell, Dartmouth, Harvard, Princeton, la Universidad de Pennsylvania, y Yale), en alusión a la hiedra (*Ivy*) que supuestamente cubre copiosamente las paredes de esas instituciones a causa de su gran antigüedad.

⁷ Young Urban Professional People. Forma, despectiva de llamar a los jóvenes profesionales ciudadanos ricos y “exitosos”.

La Seducción del Capitalismo y las Fuerzas del Mal

No existe monto sobrante de riquezas
Aristóteles

Wonderland

En el campo de las ciencias sociales es difícil encontrar muchas frases tan felizmente elegidas (y quizás tan mal comprendidas o atendidas, incluso por los supuestamente más interesados) como la de “construcción del socialismo”. En un sentido directo, ella revela exactamente eso: el socialismo tiene que ser construido; su exégesis indirecta insinúa que el capitalismo no requiere construcción, **se da espontáneamente y en forma natural desde las entrañas del feudalismo** (siendo en realidad un sistema extremadamente antinatural, artificioso y sofisticado), **porque no violenta la esencia clasista del sistema anterior que lo engendra.**

La mente incivil, ingenua, malintencionada o proclive a la simpleza podría ver en esos silogismos la reafirmación de un apotegma que la ideología predominante, de muy diversas formas, remacha como apodíctica: el capitalismo es “lo natural”. Afincados en esta proposición, los ideólogos del capitalismo, según sea la agudeza mental o nivel de conocimientos de los receptores, dejan inferir (en un acto de engañosa permisividad) o directamente infieren, violentando la antonimia del par “natural-artificial”, la falacia de que el socialismo es en consecuencia “lo anti-natural”.

No obstante, “la espontaneidad” del capitalismo es, sin dudas, un elemento a considerar al momento de dilucidar la seducción que él ejerce inclusive sobre personas en las que uno presumiría mayor magnanimidad y honduras.

Aunque resulta casi evidente, conviene subrayar que —tal como la “espontaneidad” del capitalismo proviene del hecho de que en él ni las razones que avalan la estratificación de la sociedad varían esencialmente respecto a las que rigieron la edificación de las sociedades clasistas anteriores a él, ya que solo se otorga un papel preponderante a la posesión de bienes respecto al linaje, por ejemplo, lo que amplía sus elites y le otorga un “maquillaje democrático”, ni la estratificación misma es eliminada— la necesidad de construcción del socialismo proviene de la necesidad de *autoconstrucción de sus gestores hacia su interior, sin dejar de cumplir su papel social externo*. En efecto, la estructuración de las —mejor que “nuevas”— desconocidas para la sociedad de que se trate relaciones de producción socialistas debe de ser realizada por personas que solo han conocido las relaciones de producción capitalistas y que, por lo tanto, son en sí mismas portadoras activas de la *ideología dominante*.

Así, puestos a elegir mediante la acción social, a determinados grupos de descontentos el capitalismo les parece “fácil”, en relación con las complejidades asociadas a la edificación del socialismo, razón por la cual apostan por el reformismo “de lo malo conocido”, en lugar de la revolución “en busca de lo mejor”.

La “sencillez” del capitalismo, sin embargo, no solo es una aberración, sino un verdadero engaño: parece sencillo porque se asienta en la división de la sociedad en clases, la cual a su vez es hija del supuesto axioma de que las diferencias que se aprecian entre las capacidades de los seres humanos para enfrentar tareas puntuales, son —en cierto modo— universales. Nada es, en propiedad, más injusto que esa discriminación absolutizante, al extremo de que todas las revoluciones sociales han sido motivadas por su causa y han tenido por fin, eliminarla.

La corriente reformista en las huestes de inconformes se ve alentada por el hecho de que muchas personas sufren la ilusión de que, en el capitalismo, el acceso a la posesión de riquezas es “democrático”, de que existe siempre un camino de “llegar”, una forma “exitosa” de conducirse. Esta ilusión se apoya, sin embargo, en una verdad económica inocultable: en el capitalismo todo, absolutamente todo (incluyendo nociones, conceptos, teorías, y cualesquiera otras construcciones subjetivas, por dispares y aberrantes que sean y alienante que parezca este hecho) tiene precio. Comoquiera que tamaña extravagancia se

extiende hasta los individuos concretos, es posible fomentar en ellos, considerándolos aisladamente, la ilusión de que posee merecimientos innatos que, de ser tasados adecuadamente con un poco de suerte (¡apareció el factor “lotería”!), lo convertiría de facto y súbitamente en un “triunfador”... (Tal vez uno de los epítetos que más se ha repetido en los filmes de Hollywood sea el de “perdedor”, cuya connotación despectiva social —a propósito— han debido de aprender de esa fuente los hispanoparlantes, toda vez que ese calificativo no posee tal acepción en la lengua viva del castellano no miamense, o sea, fuera del *spanGLISH*.)

Ayuda a hacer creíble semejante fábula el resalte deslumbrante de que es objeto la forma, la apariencia, lo externo y fenoménico en todos los medios capitalistas de difusión: poco importa si usted es un canalla o un pelele intelectual, basta con que vista la ropa adecuada, que visite los lugares correctos, que tenga el aspecto que se requiere y haga lo que de usted se espera, usted es un “triunfador”. (Es difícil inventar otra sarta de imbecilidades que compita con lo dicho. Lo único más asombroso que eso es que haya personas que lo crean: solo la ignorancia los condona). Respecto a las naciones prima idéntica virtualidad normativa, razón por la cual —para satisfacer las petulancias oníricas y el onanismo ciudadano de burguesías locales— han sido erigidas ciudades “modernas”, según el canon impuesto por las potencias consumistas del planeta, en los entornos menos apropiados de países cuyas capacidades económicas reales se resquebrajan bajo el peso de tales aberraciones arquitectónicas.

La leyenda del “capitalismo de infinitas opciones abiertas para todos” se hace posible, una vez más, gracias a la existencia del Tercer Mundo: la extrema pobreza y la indigencia de una gran parte de sus habitantes subsidian el modo de vida consumista de las metrópolis, del cual se benefician —de una forma u otra— todas las clases que viven en ellas, guardando la proporcionalidad diferenciada que exige el lugar que ellas ocupen en la escala social.

Gracias a esa “gradación piramidal de naciones”, como promedio un explotador de un país pobre gana muchas veces más que el obrero de un país rico, pero muchas veces menos que el explotador de ese mismo país, mientras que el obrero del país rico gana mucho más que su homólogo del país pobre y sus ahorros pueden ser cuantiosos en relación con los de aquel, lo que genera en la mente de ambos una ficción de abundancia en beneficio del primero. Ese sistema se mantiene bastante fácilmente, a pesar de sus evidentes injusticias, porque si al obrero del país rico le resuelven sus problemas vivenciales y una buena parte de sus problemas existenciales (los cuales —dicho sea de paso— son adecuadamente restringidos y empobrecidos mediante los colosales procesos de domesticación del espíritu humano que se realizan en las sociedades capitalistas) en comparación no sólo con sus necesidades objetivas y subjetivas, sino —especialmente— con las satisfacciones que recibe el obrero del país pobre, **le importa muy poco cuántas veces más que él recibe su explotador**. La propaganda deshumanizante del capitalismo se encarga de insistir en que “la vida es muy breve”, “hay que aprovechar los buenos momentos”, “cada cual es responsable de sí mismo”, “aunque uno quisiera no pudiera resolver los problemas existentes”, y similares, todo lo cual coadyuva a la desarticulación de los movimientos representativos de las clases desposeídas y a la asunción de posiciones muchas veces antagónicas por parte (fundamentalmente) de sus elites.

Solo la indigencia y la pobreza extrema de grandes poblaciones periféricas tercermundistas permiten a los patrones de las naciones capitalistas (tecnológicamente) más desarrolladas pagar salarios incomparablemente mejores que los que pagan sus homólogos del resto del mundo por un mismo trabajo.

Esta particularidad no solo contribuye en buena medida a potenciar el engaño tipo “Cenicienta” dentro de las sociedades capitalistas (tecnológicamente) desarrolladas, sino que lo generaliza al ámbito de todas las naciones. De esta manera, se hace creer que el camino al desarrollo (tecnológico) está abierto a todas las naciones capitalistas; se ve negado a unas en razón de los atributos negativos de su pueblo, a la corrupción de sus gobernantes y a una combinación (lo más común) de ambas irregularidades.

Los fenómenos recién referidos explican por qué los participantes de los movimientos sociales que no pasan de su fase de reclamos económicos no persiguen la destrucción del capitalismo y la edificación de una formación social más justa, sino que buscan convertirse ellos mismos en “capitalistas beneficiados”, sea mediante inclusión y regodeo con los existentes, sea mediante la sustitución de los antiguos. Esas personas que optan por el capitalismo no son conscientes, o se les oculta el hecho, de que el enriquecimiento personal es solo posible a costa del empobrecimiento de un grupo de personas, y de que tanto mayor será ese grupo, cuanto mayor sea el monto de las riquezas que individualmente estén a su disposición.

Otro de los factores aparentes que enmascaran las diferencias entre los países capitalistas (tecnológicamente) desarrollados y sus similares tercermundistas es el régimen político vigente en ellos, el cual con frecuencia es un republicanismo presidencialista y parlamentario, sustentado en el pluripartidismo y refrendado mediante la llamada “democracia representativa”.

Todos esos elementos son resultado de la visión clasista de la sociedad, propia del capitalismo. De acuerdo con este esquema de desarrollo, la nación es vista literalmente como un botín por el que hay que contender, para lo cual los ciudadanos se unen en facciones, llamadas “partidos políticos”, siguiendo determinados patrones distintivos. Así, hay partidos étnicos, ideológicos, por afinidades religiosas, con sustentos económicos, por esferas de trabajo, por intereses culturales, etc. (Tan semejantes son los partidos de las naciones capitalistas entre sí, tan artificial es el proceso de su formación, que existen naciones de criollo sentido del humor, en que ¡se acude a los colores para diferenciar sus denominaciones!) Los líderes de los partidos, con el apoyo de los mecanismos de propaganda partidista, tratan de demostrar a la población, con fines electorales, que sus respectivos programas, mejor que ningún otro, concilia el objetivo de engrosar las arcas nacionales (hacer más suculento el botín) y de repartir los dividendos —lo más equitativamente “posible”— entre todos los miembros de la sociedad. Para cumplir con el fin de enriquecer la nación, promueven diferentes políticas de estimulación de las producciones, de relaciones internacionales y comerciales, de alianzas inter-partidos, de impuestos aduanales, etc. En realidad, la principal preocupación no declarada de estos partidos es la de satisfacer, del modo exigido, las demandas de los grupos detentadores del poder real de la clase dominante (con la excusa de que se trata de los elementos activos de la sociedad, de los ciudadanos más prominentes, de las clases vivas, y otras afirmaciones del mismo corte), sin olvidar privilegiar con cargos gubernamentales y estatales, en lo posible, a los miembros encumbrados de su propio partido, excluidos de la categoría de los poderosos económicos. En otras palabras, los partidos contienden por el botín; si lo engordan es para hacerlo más substancioso... No hay que olvidar que siempre existe una vía para salir de aprietos, cuando las elites políticas han robado tanto que incumplen con los poderosos económicos: aumentar la explotación de los más pobres.

La democracia representativa se reduce, por tanto, a la elección periódica, por parte de los electores, de uno entre los diversos matices con que los partidos actuantes adornen el sistema de explotación vigente, el cual incluye, como trofeo, el erario “público”.

Como se ve, este esquema de dominación piramidal adoptado para el interior de los países capitalistas, es una copia exacta del que existe a nivel mundial, y es alentado por aquel, ya que facilita el dominio imperial de los poderosos de este planeta.

Por lo tanto, el capitalismo debe su desarrollo a la potenciación del egoísmo instintivo de los humanos, propia de su naturaleza animal, y **ese es un hecho no reformable**, puesto que las relaciones humanas son percibidas como un conjunto de pares “ventajas-desventajas”.

En el socialismo, por su parte, sistema en el que los medios de producción significativos (esto es, aquellos que permiten el enriquecimiento sustantivo del patrimonio nacional) no son privativos de ninguna clase o grupo social, la nación no es premio puesto en contienda: es asunto de todos (dicho en latín, *res publica*). Ese fin, el progreso real de la nación, es el único que exige incondicionalidad absoluta, e incita a una creciente

participación ciudadana en los asuntos de su incumbencia, esto es, en todos los asuntos de la nación. Esta última condición, la horizontalidad de la dirección en las más disímiles esferas de competencia estadual y administrativa, es la garantía de la existencia de una democracia participativa efectiva y saludable. Así, el socialismo se asienta en sentimientos de solidaridad y confianza incondicionales, que exigen de sus gestores el empleo consciente de su formidable aparato de razonamiento.

En consecuencia con lo expuesto, hablar de la “seducción del capitalismo” sin más explicaciones es un fraude, en primer lugar porque se omite el hecho de que se da el mismo nombre de “capitalismo” al régimen imperante tanto en Canadá como en Haití. Por eso, es claro que cuando hablamos de “seducción”, nos referimos a la que ejerce el **capitalismo consumista** de los países (tecnológicamente) desarrollados sobre la psiquis de las personas culturalmente más vulnerables.

En segundo lugar, si no se distingue cuál es la clase social cuyo modo de vida hace aparecer al capitalismo como “seductor”, equivaldría a hablar del “atrayente esclavismo” o del “fascinante feudalismo”, sin especificar que no nos referimos ni a los esclavos ni a los siervos de la gleba.

Se trata de que —por ejemplo—, además de los odios insondables que concitaron las políticas avasalladoras del Imperio Romano en sus súbditos, la vida de la aristocracia romana, sus hábitos, sus comidas, sus ciencias y sus artes, sus gustos, creencias infundadas e ideas científicas, sus objetos de uso, sus enseres, sus armas, artefactos y mañas de empleo, sus vestimentas y otros elementos distintivos de su lenguaje social, constituían un imán para una parte significativa de la población de las colonias, y formaban, de tal suerte, una especie de paradigma *paradigmático* para toda la sociedad de aquellos tiempos. Todos esos elementos, unidos a las expectativas sociales, a las regulaciones jurídicas y morales, a las escalas de valores (y valoraciones aceptadas para ellos), a los sistemas filosóficos y cosmovisivos, componen una amalgama que deviene el sustrato de la **ideología de la clase dominante**, que —por la vía expuesta— **ES la ideología dominante** en la época de que se trate, porque actúa como eje referencial acerca de la manera en que cada quien realiza los más nimios actos cotidianos.

A tenor de lo expuesto, quizás resulte curioso, pero comprensible, que la ideología dominante no está menos arraigada, en tanto meta, sobre las mentes de los más desposeídos, o sea de aquellos que menos posibilidades tienen de vivir según sus precepciones, que de aquellos cuyas formas de vida y actuaciones diarias la identifican y realizan. Así, reiteración hollywoodense mediante, hoy sueñan con sumergirse en una bañera llena de espuma, rodeada de velas, sosteniendo una copa de brandy en la mano, multitud de jovencitas tercermundistas que ni siquiera cuentan con agua corriente en sus casas, mientras que pocas imágenes resultan más exitosas para los jovencitos como la de verse sobre una potente *Harley-Davidson*, vistiendo una brillante chaqueta de cuero negra, aun si adquirir una modesta bicicleta sea para ellos poco menos que una quimera.

Por esa razón tan especial, porque es una aproximación esencialmente diferente a la solución del problema humano, el socialismo **debe de ser edificado**, y esa cualidad, siendo la causa más conspicua de sus dificultades, constituye su principal virtud, puesto que permite **en principio** la planificación de su desarrollo y la modelación más o menos rigurosa de los pasos que él exija, **con el concurso activo de todos los ciudadanos**, en todos los planos, posibilitando así acceder a un progreso social —cuando menos— esperado, del que disfrutan por igual todos los miembros de la sociedad de que se trate. Esa debe de ser su única guía correctiva. Consecuentemente, el socialismo no puede ser impuesto ni desde “fuera”, ni desde “arriba”.

La única premisa de este sistema es, por tanto, su construcción **consciente**. Ella implica, en primer lugar, la auto-reconstrucción de sus constructores, esto es, la reconversión de sus ideologías.

Pero nadie se puede “auto-reconstruir”, proceso que —como se comprende y ha sido refrendado en innumerables ocasiones— exige un ingente esfuerzo cultural, abrumado de penurias y obligaciones vivenciales. Por esta razón, la solución de los problemas materiales

de las más incluyentes mayorías se convierte en la tarea primordial de los inicios de todos los proyectos socialistas que ha conocido la humanidad, puesto que —a diferencia de lo esperado por K. Marx, quien comprendía muy bien que el comunismo es, en última instancia, el enfrentamiento a los sempiternos problemas humanos (no modificables en sí mismos por régimen social alguno) desde una perspectiva ética diferente, asequible solo a individuos cultos no hambreados— ellos solo han tenido lugar —a causa del desarrollo históricamente diferenciado de los grupos poblacionales del planeta— en los países más empobrecidos, como vía liberadora de sus males y fuente de su futuro progreso.

Con todo, habría que subrayar que, de acuerdo con este enfoque, la satisfacción de las carencias vivenciales de las mayorías, asociadas a los estados de indigencia y extrema pobreza en que los sume toda forma de capitalismo, son cambios polarizados o tendenciosos correspondientes al período conocido en numerosos textos como “primera etapa” de las transformaciones socialistas. Ellos tienen por finalidad posibilitar, en esa nueva sociedad, la aparición de cambios en el planteamiento de los problemas existenciales de los seres humanos, en las formas de conseguirlo y los medios para hacerlo, de manera que cada quien progresivamente se convierta en el verdadero sujeto protagónico de su propia historia.

El Punto de Partida

Individualmente considerados, no existen —naturalmente— procesos mecánicos de educación, enseñanza, adiestramiento, dominio mental, convencimiento, autocontrol, adoctrinamiento, inducción, programación etológica, instrucción, domesticación, indoctrinaje, amaestramiento, etc., ni enfoques mecanicistas valiosos acerca de ellos. Por el contrario, todos los procesos relacionados con la “creación” (estimulación) o modificación de enlaces neuronales en el cerebro humano son complejos, dialécticos, no-lineales, multidireccionales, orgánicos, dinámicos, en los que eventos de naturaleza aleatoria, factores asociados al entorno del individuo referencial, sus características genéticas, las experiencias que haya vivido o conocido, y otros elementos similares tienen una incidencia no despreciable en los resultados comportamentales que se obtengan, pero en los que la relación “estímulo-sujeto cognoscente” no es en modo alguno lineal, simple, unívoca, monodireccional, uniforme. Se verifica que tanto menos mecánicos resultan estos procesos (tanto menos maleable es el individuo, tanto mayor es su espíritu crítico), cuanto más conocimientos (experiencias, enlaces anteriores) posea el individuo, esto es, cuanto más complejo sea el “sustrato mental inicial” sometido a la acción modificadora.

Sin embargo, al estudiar grupos numerosos de personas se obtienen resultados estadísticos de la conducta humana que permiten asegurar que, gracias a los avances de la revolución tecno-científica, la manipulación social (esto es, los procesos que incluyen tanto la formulación teórica y la sustentación discursiva como la realización práctica de toda actividad de promoción de ciertos productos, mitos, valores, creencias, etc., pertinentes a la ideología dominante, conscientemente diseñados y realizados con el fin de conseguir la aceptación de los elementos promovidos, por parte de grandes poblaciones humanas) se ha convertido en un fenómeno planetario y *transgeneracional* que hace aparecer en las mentes de los individuos manipulados —a través de relaciones sinápticas definidas, caracterizadas ellas mismas por su solidez— las disposiciones y connivencias históricamente formuladas de la **ideología dominante** bajo el ropaje de “convicciones conscientemente aceptadas”. Justamente ese rasgo convierte a la ideología de la clase dominante en **dominante**, lo cual significa, en propiedad, que ella coexiste con otros sistemas ideológicos de distinta validez.

Vemos claramente que, en el plano cognitivo-espiritual, entre otros factores y resortes, la manipulación la hace posible la validación forzosa de sistemas filosóficos y estructuras conceptuales prejuiciadas respecto a la realidad. Así, **se espera el modo en que debía de ser la realidad**, esto es, **ella debe de ser congruente con las previsiones aceptadas**. Probablemente, en los albores de la humanidad —y por mucho tiempo durante la era pretecnológica—, este enfoque haya sido no sólo inevitable, dado el escaso desarrollo de las ciencias, sino necesario a nivel de praxis social, toda vez que permite

hacer especulaciones fructíferas sobre la base de los conocimientos alcanzados; preconizar y difundir esos conocimientos y sus aplicaciones, incentivando —por esta vía— la profundización de las ciencias y el estudio de nuevos fenómenos; establecer alianzas y eventualmente coordinar acciones sociales de largo alcance entre grupos humanos relativamente numerosos.

Tal vez una de las peores consecuencias de esta aproximación apriorística a la realidad sea la presunción de la forma de ocurrencia relativa a hechos aislados: no sólo la realidad es del modo en que se cree (¡y tiene que serlo!), sino que la ocurrencia de cualesquiera hechos está en la obligación de hacer evidente este modo esperado de la realidad. A partir de cierta intensidad de presunción formalizada oficialista, a los hechos cuya forma parezca a quienes detentan el poder contradecir los prejuicios apriorísticamente aceptados, se les niega todo el conocimiento y divulgación posibles: es más fácil omitir información que explicarla.

En otras palabras, hoy nadie podría instaurar un régimen abiertamente esclavista que permitiera a su más renombrado filósofo proclamar, sin asomo de piedad o duda, que “los esclavos son aperos parlantes: no hay en ellos humanidad”; tampoco hay cobros directos de diezmos eclesiásticos, ni siervos de la gleba sin voz: hoy se diría que los vasallos actúan servicialmente *motu proprio*, y que las jóvenes parejas “sensatas” podrían incluso pactar la aceptación del *jus primæ noctis* con un potentado industrial, mercantil o financiero si la recompensa es suficientemente jugosa.

En resumen, el capitalismo, frívolamente, sin honduras filosóficas, sin reflexiones académicas ni explicaciones engorrosas, apenas sin esfuerzos, induciéndolas —por el contrario— a no pensar, ofrece **a todas** las personas:

1. un sentido claro a la cotidianidad de sus existencias (la acumulación de riquezas);
2. una meta bien definida (vivir en el exceso);
3. los mecanismos ilusorios imprescindibles de convencimiento para imponer la convicción de que únicamente de cada quien depende vencer su destino cotidiano y alcanzar finalmente la meta propuesta (**NO BRINDA, NI PUEDE HACERLO, LAS VÍAS CONCRETAS PARA HACERLO**);
4. un cómodo consuelo para las penurias y sinsabores que, a pesar de sus esfuerzos, las personas se hayan visto obligadas, acaso por azar, a soportar en este mundo, y que además, por no ser dicho refugio sometible a verificación experimental alguna, se ajusta a las exigencias de cada quien: el paraíso post mórtem.

Así, y esto es —a no dudar— lo más relevante del capitalismo en lo tocante a su atractivo para los individuos aislados, puesto que cada quien es “en principio” dueño de su única posesión ciertamente comerciable (su propia fuerza de trabajo), este engranaje de extravagantes “ofertas-no-rechazables” levanta permanentemente pequeñas e ineludibles metas ante cada persona, otorgándole a sus actos rutinarios, incluyendo los más ruines o disparatados, la ilusión de “importancia”, “trascendencia”, “utilidad”, “conveniencia”, “polaridad ética”, etcétera... Las metas referidas están asociadas tanto a problemas vivenciales (trabajo, vivienda, condiciones de vida, medios y recursos de subsistencia y desarrollo, etc.) como existenciales (desarrollo de capacidades propias, inserción en sociedad, relaciones humanas, participación en la comunidad, recreación del mundo circundante, etc.), y su contenido e importancia varían, naturalmente, con la clase de pertenencia del interesado.

No es ocioso subrayar que en el capitalismo todas las estructuras sociales y las instituciones correspondientes, incluyendo las peculiaridades no institucionalizables del tejido social, están diseñadas y funcionan para validar la connotación atribuida a la consecución de las metas individuales mencionadas. Nos referimos a entidades sociales de tanta ascendencia para los individuos humanos socializados como el estado, la iglesia, la policía, el mercado, los organismos estatales, los partidos políticos, los períodos electorales, los tribunales, las empresas productivas, los parlamentos, las instituciones legislativas, los cuerpos de seguridad ciudadana, los establecimientos educacionales, las llamadas organizaciones no-gubernamentales de apariencia tan independiente, y el resto de

la parafernalia institucional de similar sesgo.

Resta convenir que no es poco.

Habría que agregar que, en realidad, en el capitalismo las opciones laborales (y de otro tipo), ciertas para cada individuo, son tan estrechas, que muchos estudiosos del tema —empezando por la docta opinión de K. Marx acerca del alcance y validez de la predestinación del individuo en el capitalismo— discriminan y agrupan fácilmente las variables más comunes que las determinan con una probabilidad mayor de cierta magnitud pre-establecida y un margen de error mínimo, dictado por el azar... De hecho, en el capitalismo para todos está vedada la opción de rechazar sus ofertas sin dejar de ser funcionalmente apto, socialmente enlazado y razonablemente influyente. En otras palabras, en el capitalismo todos los actos de todas las personas sirven para enriquecer a los barones del capital, y todas las ganancias obtenidas por cualquiera son producto de la explotación directa o indirecta de otras personas.

Otro tema estrechamente asociado a las metas ilusorias del capitalismo que merece mención es el de la enajenación, la cual —de paso sea recordado— fue magníficamente abordada por K. Marx, a pesar —y esto es quizás lo más notable— de que él no contaba con el importante soporte teórico-experimental que hoy ofrecen las ciencias de la antropología, la sociología, la psicología, las ciencias neurológicas y similares. El fenómeno conocido como “enajenación” (literalmente, proceso de hacerse ajeno a sí mismo) explica cómo en el capitalismo el individuo no solo se ve compelido a realizar labores extrañas a sus prioridades y naturales inclinaciones, sino que inclusive las personas dotadas, a fuerza de verse obligados a vender sus dones **según las exigencias del mercado**, llegan a repudiar sus virtudes.

El proceso apuntado de enajenación de los poderes humanos ha alcanzado sus cotas más elevadas durante el siglo pasado. En él hemos sido testigos de:

- la conversión de los productos en fetiches sociales, la equiparación de estos con el desarrollo tecnológico y de este con el desarrollo social,
- la promoción de esos productos-fetiches con el empleo de medios técnicos,
- la publicidad mercantil a escala social y alcance global,
- la manipulación social.

Con todo, las metas placebo mencionadas tienen una innegable ascendencia paliativa sobre las personas en ellas inmersas. Sus búsquedas, angustias y hasta sus carencias dan, de alguna manera y medida, sentido a sus vidas, otorgan importancia utilitaria a sus actos y a la larga los hacen sentir individualmente forjadores de sus proyectos y luchadores infatigables por la concreción de sus empeños.

Este es un hecho que los constructores del socialismo no pueden ignorar (y frecuentemente lo han hecho), especialmente si tenemos en cuenta que, en este sistema, mientras —por una parte— en una primera etapa de su construcción, como ha sido visto, los problemas existenciales de los individuos son relegados a un segundo plano (a menudo son minimizados, y ha ocurrido que se han visto totalmente descartados), por otra parte se amplía y socializa todo lo referido a los problemas vivenciales de los individuos, de manera que el enfoque, aproximación, clasificación, compilación de información, ponderación por relevancia e inmediatez de solución, búsqueda de medios y vías de solución, etc., se realiza a escala social, en forma invariablemente centralizada (para mejor disponer de los recursos existentes, según oficialmente se afirma y colige).

La percepción diferenciada de la relevancia de los problemas mencionados y de las posibilidades reales de incidencia en las diferentes etapas de solución por parte de diversos grupos sociales explicaría la disparidad de la participación ciudadana en estos procesos, realidades estas que coadyuvan a que existan numerosos individuos para quienes la desaparición de la lucha individual por la vida y la existencia equivale al vaciamiento de metas, lo que los conduce a la apatía, la indolencia y el apartamiento social, todo lo cual supone para ellos un empobrecimiento existencial considerable. La única vía con que cuenta un proceso socialista verdaderamente enriquecedor para superar dialécticamente la “crisis de las metas individuales” es lograr la participación activa de todos en el diseño y

consecución de las metas sociales, no en calidad de apoyatura y comparsa, sino en calidad de gestores y realizadores directos, mediante la descentralización de información y recursos necesarios, puesto que las metas, para ser vivenciadas como individuales, no pueden ser dictadas desde “arriba”.

En virtud de lo expuesto, aun cuando las múltiples y cuantiosas evidencias existentes aconsejarían a la mente sana desechar el capitalismo como sistema regulador de la conducta de nuestra especie en su paso por este mundo, y que hablar de su seducción diríase una broma de mal gusto, hay que escarbar en todos estos temas, no solo para entender cómo un grupo de naciones que lo habían desechado o “superado”, retornaron a él, sino porque, los seres humanos socialmente considerados (esto es, no asumidos en calidad de individuos aislados), sometidos sistemáticamente a la manipulación y presiones sociales, han terminado siendo testigos pasivos de la nivelación de su espiritualidad, vale decir, del despojo en ella de singularidades.

La consecuencia directa más evidente e inmediata de ese fenómeno es, en el plano individual, la negación de la autenticidad personal y, en el ámbito nacional, la pérdida de la identidad, el adocenamiento de los seres humanos, la castración de su espíritu y pensamiento crítico, el amansamiento del alma ontogénicamente renovadora de los humanos.

Parecería pues que, ante el triunfo incontestable del consumismo, ha tenido lugar la dilución definitiva de las individualidades, la irrevocable obnubilación de las estructuras ingénitas del universo psíquico de los seres humanos y la irremisible alienación de sus poderes... Ese cuadro alentador para los aspirantes a “dueños” del mundo se estrella contra el mismo pequeñísimo detalle que obligó al esclavismo y al feudalismo a enmascarar su régimen de explotación bajo el ropaje “democrático representativo” del capitalismo: el tozudo e imbricado tejido de tangibles enlaces neuronales que rigen el comportamiento y previsiones de los seres humanos.

La Batalla Neuronal

Comoquiera que la ideología dominante actual (muchos de cuyos atributos fueron heredados por el capitalismo de las estructuras clasistas que le precedieron), no solo ha actuado como un lastre —bien se ha visto— sobre la acción de los individuos y la praxis social, empeñados en la construcción de las sociedades socialistas que ha conocido la humanidad, sino que ha sido una de las razones más importante que ha impedido la edificación exitosa de la misma, vale la pena que nos detengamos en algunos de sus atributos menos atendidos por los edificadores del modelo soviético de socialismo y sus numerosos seguidores, conscientes o involuntarios, en todo el mundo.

Naturalmente, la ideología dominante no es una invención malévola de nadie en particular, ni es —a pesar de su fuerza, permanencia y aparente estabilidad— un cuadro inamovible que refleja en las mentes de los seres humanos la superestructura social dominante de la época.

Vale entonces destacar que la crisis del sistema social capitalista se ve espontáneamente acompañada por una crisis profunda de la ideología dominante. A juzgar por las políticas ideológicas seguidas matizadamente en la mayoría de los países socialistas (si no en todos), algunos importantes aspectos de esta afirmación no parecen haber recibido la atención merecida por los responsables de esta esfera. Veamos.

No es difícil comprender que las ideologías dominantes de las diferentes formaciones socio-económicas que han existido, correspondientes a sociedades divididas en clases bruscamente diferenciadas, comparten elementos de apoyatura no desechables.

Por ejemplo, las creencias religiosas han ocupado hasta ahora un lugar de preeminencia en las mentes de los seres humanos, debido —inicialmente— al pobre desarrollo de las ciencias, luego a la ineficiente y jerarquizada diseminación de los resultados científicos, y —en la actualidad— a nefastas políticas medievales de restricción mercantilista del acceso a los mismos, fenómenos que se han visto permanentemente acompañados por los correspondientes procesos aniquiladores de los poderes que

sustentan la condición humana de los individuos socializados en las sociedades clasistas: en las creencias religiosas las personas han buscado una ayuda extraordinaria (las propias, a las que han considerado ordinarias siendo en verdad normalizadas, esto es, “subordinarias”, no han bastado) para resolver sus problemas. En esencia estas creencias no son en lo absoluto diferentes a la aproximación de los que depositan sus esperanzas en héroes casi sobrehumanos, o la de quienes argumentan que podríamos solucionar nuestros problemas si desarrolláramos misteriosas potencialidades en nosotros hasta ahora ocultas, o las de aquellos que aseguran que los seres humanos somos una suerte de “especie intermedia”, por lo que carecemos en principio de los dones necesarios para resolver nuestras penurias existenciales.

Algo similar ha ocurrido con la “devaluación” progresiva que, gracias una vez más al avance científico, ha experimentado la visión que los seres humanos hemos tenido de nosotros mismos: de criatura dilecta de la “creación”, ocupante del centro mismo del universo, hemos devenido en una más de las especies de homínidos que han habitado la Tierra⁸ (de hecho la compartimos durante un tiempo con otra especie de *homo sapiens*, los neandertales), condenada a desaparecer (sea por el choque con un meteorito ebrio o irresponsable, sea por algún otro tipo de catástrofe cosmogónica, sea por la codiciosa irresponsabilidad de nuestros ebrios o por la mezquina beodez de nuestros irresponsables), y la propia Tierra no es parte del *downtown* cósmico, sino adorno periférico e insignificante *en banlieue solaire*.

Creímos que la vida era una regularidad y hemos descubierto que entre la primera célula eucariótica y la aparición de los *homo sapiens* hay un millón de eventos **casuales**, la exclusión de uno solo de los cuales habría impedido el surgimiento de nuestra especie. Tras averiguar que, lejos de haber sido creados a imagen y semejanza de las deidades, es muy seguro que provengamos de vulgares simios, no por impulso de “divino amor”, sino como resultado de la más inmisericorde de las luchas (¿cómo desaparecieron los neandertales?), hemos comenzado a colegir que —además de haber podido no ser nunca— nuestra segura desaparición pone en entredicho cualquier finalidad que tengamos como especie: nos desvaneceremos como si nunca hubiéramos estado.

Nuestros crecientes y fundados escepticismo y difidencia nos han llevado de la certeza inicial de una contradictoria “vida” post mórtem al convencimiento de que todo lo relacionado con tal estado no es más que una quimera empíricamente insostenible.

Poco a poco hemos ido abandonando la certeza de que los seres humanos somos muy diferentes unos de otros, para suplirla con la convicción de que nuestros comportamientos, merecimientos, bellaquerías, credulidades y saberes más se deben a “ADN ante coyunturas” que a herméticas y esotéricas razones.

Con no pocas penurias, la estructura inamovible de la familia patriarcal jerarquizada, como eslabón biológico productivo primario de la sociedad, ha ido dando paso a relaciones emocionalmente estables y crecientemente equitativas de personas económicamente independientes que se distinguen o no por su genitalidad. Del amor platónico transitamos impudentemente al disfrute del erotismo, de la exaltación de la espiritualidad y la penitencia nos hemos entregado gozosos a la complacencia en nuestra corporeidad, y nuestra auto aceptación ha colocado la impostura del pecado original en el origen de la impostura de los pecados.

Hemos creído ser los amos absolutos de la naturaleza y no solo estamos comprobando horrorizados y medrosos que somos sus tributarios perecibles más

8

La estructura arbórea con que se representan los procesos que ha seguido la evolución nos permite colegir, en calidad de “especulación fructífera”, que la naturaleza “ha probado” en la Tierra diversos caminos, procedimientos y modos. Así, por ejemplo, soluciones biológicas tan complejas en todos los órdenes como la fotosensitividad y el desarrollo de la bioluminiscencia han sido “probadas” en más de 20 ocasiones, mientras que la estructura cerebral que permita la aparición de inteligencia tecnológica y lenguaje articulado con base gramatical compleja aparece (o perdura) en una sola especie, por una sola vez: nosotros, los humanos... Si, antropomorfizando la actividad natural, nos atenemos al principio de que la naturaleza no “repite” los resultados que le “parezcan” fallidos o excesivamente ineficientes desde el punto de vista “inversión/resultados”, debemos de concluir que lejos de constituir su fruto más digno, somos un verdadero fiasco: con solo unos tipos como nosotros, le basta y le sobra.

inoportunos y menos competentes, sino que el esquema arbóreo de la evolución niega fehacientemente que seamos “mejores” que ninguna otra especie, porque cada una de ellas, desde el punto de vista de viabilidad, es óptima en su entorno y circunstancias. Solo para la dudosamente beneficiosa visión de los estudios “Walt Disney” el león es un “rey” para las lagartijas: en verdad son animales igualmente eficaces que no admiten comparaciones entre sí.

En los albores de la plena instauración del capitalismo descubrimos *la razón* como mecanismo evaluador de verdades y re-aprendimos a usarla con festividad helénica, oponiéndola a las restricciones tomistas de la *autoridad*. Prontamente, empero, las nuevas potestades hicieron valer sus dogmas, y sus mañas manipuladoras nos llevaron de la embriaguez inicial de duda y raciocinio a la aceptación obediente de recientes principios y normas. Hoy, cumpliendo un nuevo ciclo de escarceo entre la ingenuidad de la fe y la cautela del escepticismo, tal vez a consecuencia de la paulatina defenestración a que sanamente están siendo sometidos todos los emblemas, empujados por la acumulación de saber científico, blandimos una vez más el discernimiento empíricamente sustentado como salvaguardia de irracionalidades y apriorismos.

Con tino semejante, de la confianza ciega en la tecnología hemos ido derivando hacia una prudente evaluación holística de sus resultados.

Las ciencias neurológicas han comenzado a descifrar con éxito, sobre bases íntegramente físico-neuronales, atributos reservados antaño al “misterio del espíritu”, tales cuales son los sentimientos empáticos, los procesos cognitivos, los mecanismos de dubitación e, ¡inclusivo!, la ineludible necesidad humana de libertad y la conciencia del yo (complejo proceso en el que una parte del todo se deslinda de él y se torna “censor del todo”, convirtiéndonos así en “individuos provistos de sentido ético”).

El estudio desprejuiciado de la conducta de los seres humanos socializados nos ha evidenciado el hecho de que sus móviles primeros más íntimos no descansan en complejas construcciones teológicas ni en precogniciones o moralinas apriorísticas de divino origen, sino que se alzan sobre apetencias de sobrevivencia individual y perpetuación de la especie no menos comunes que las que alientan el comportamiento de otros animales: hambre, sexo, miedo.

Mientras —por una parte— hemos aprendido a distinguir entre cultura, conocimiento e información y entre *razonamiento demostrativo* y *pensamiento especulativo verosímil*, y hemos concluido que aunque el primero es fiable, indiscutible y definitivo, por serlo, solo el segundo aporta conocimientos acerca del mundo que nos rodea, —por otra— la diseminación intempestiva de información de muy diverso contenido nos ha revelado que muchas de las personas más ricas del planeta se encuentran simultáneamente entre las más insatisfechas, certeza que nos ha obligado a sospechar que la admitida cognación entre riquezas y felicidad es falsa y que el postulado de antaño establecido, acriticamente aceptado, según el cual “*el sentido de la existencia humana está en la acumulación de riquezas materiales*” es una patraña estúpida e infundada.

La aceptación paulatina de los presupuestos de la dialéctica para abordar la realidad y aproximarnos a la historia, venciendo los modelos maniqueístas y los métodos mecanicistas heredados del pasado, nos ha permitido colegir que estamos condenados, dados los atributos de nuestro psiquismo, a asimilar secuencialmente eventos caracterizados por la simultaneidad de su ocurrencia, razón por la cual no solo somos el resultado de nuestra historia, sino que la historia misma se ve sometida continuamente a un proceso de re-construcción y modernización desde el presente que nos convoque, y mostrada de manera que mejor nos parezca justifica la comprensión que tengamos de la actualidad de referencia, mientras en el pasado omitido permanecen actuando, a la sombra, fuerzas causales, no iluminadas debidamente en su momento, que inevitablemente se revelarán bajo el ropaje de consecuencias inesperadas que nos obligarán a la promoción de actualizaciones más pertinentes.

Aunque en ocasiones el análisis de los resultados arrojados por la ampliación de la comprensión de los lenguajes formalizados y su aplicación a esferas del conocimiento muy

alejadas de sus intereses y esfuerzos iniciales puede ser considerado tendencioso, insuficientemente fundamentado, o estrechamente enfocado, y merezca consecuentemente epítetos que descalifiquen los resultados mismos (cual es el caso del “relativismo ético postmodernista” que iguala las piedras palestinas con la metralla israelí), pocas dudas caben que tras el amoralismo despechado y exultante de algunos de sus postulantes hay un valioso germen incubado en el mismo espíritu concluyente y útil que alentó a K. Marx a otorgar favoritismo personal a *de omnibus dubitandum*, la máxima latina de probada eficacia cognitivo-instrumental.

En resumen, es de esperar que la ideología antropocentrada que exija una sociedad con relaciones de producción socialistas se erija, entre muchos otros, sobre los siguientes arquetipos, científicamente argumentados:

- No existen más dioses que nosotros mismos.
- Nuestra especie es un resultado casual, no el pináculo de diseño alguno.
- Estamos literalmente de paso en este mundo y algún día todo lo que hoy nos es caro será polvo cósmico.
- No estamos rodeados de peligros provenientes del mundo incivil, sino que somos contrariamente su mayor amenaza.
- No existe más paraíso que el que podamos edificar en este planeta durante nuestro breve paso por él.
- Nuestras sociedades no se componen de héroes y villanos, sino de personas que experimentan diferentemente las disímiles circunstancias que encaran.
- El amor —no las conveniencias de cualquier tipo, ni las costumbres, ni connivencias socialmente aceptadas, ni otros motivos similares— será el aglutinante de la familia erigida sobre la base de uniones consensuales, no formales.
- Amparados en la plena aceptación de la ricamente diversa realidad psico-somática humana derribaremos los íconos de “belleza deseable”, los humillantes *sex symbols*, los prototipos cinematográficos, y nos regodearemos con los atributos todos de nuestra corporeidad y los subterfugios que ella ofrece en unión de nuestras mentes, sin traumas, pudores insensatos ni aspavientos.
- Después de, en la medida de lo posible, saldar penitentes la deuda ecológica a que nos han conducido nuestros irracionales excesos, descenderemos del trono prepotente de la tecnología y estableceremos una humilde alianza con la naturaleza.
- Las opiniones dejarán de ser jerarquizadas en función de su expositor para ser analizadas en función de la racionalidad, científicamente probada, que las ampare.
- La tecnología no será ni meta ni dictador, sino aliado e instrumento.
- La libertad humana no será consecuencia ni dádiva, sino axioma y presupuesto.
- La información y el conocimiento circularán sin restricciones o barreras, porque será comprendido que su intercambio es, más que un derecho, una ineludible necesidad humana, y las personas se verán alentadas a exponer, mejor que los datos que culturalmente acumulen, las hipótesis verosímiles a las que arriben.
- No hay predestinaciones ni destinos manifiestos: cada quien deberá de ser hacedor de su presente y diseñador de su futuro.
- No existen verdades que no puedan ser incondicionalmente sometidas al escrutinio de la razón.
- La moral no será compendio de normas epocales impuestas, más o menos abiertamente, por las relaciones clasistas de la sociedad, sino reflejo cada vez más adecuado de principios éticos deducibles de las peculiaridades del rico universo psíquico humano y estrictamente compatibles con ellas.
- Los juicios de valor y las disquisiciones desdeñosamente tolerantes o burlescas hacia los actos, enfoques, conductas de los seres humanos que nos precedieron

—como si se tratara de personas no vinculadas a nosotros en lo absoluto— serán sustituidos por intentos serios de **comprenderlos**.

- Las relaciones humanas no serán más entrada a un coto de beneficios (perjuicios) económicos y se convertirán en acceso a un universo de referencias y oportunidades.

Las implicaciones inmediatas de la plena aceptación de semejantes presupuestos, hijos legítimos de las variaciones que sufrirán las sociedades futuras, modificarán profundamente —en un ejercicio dialéctico-causal irreprochable— la imagen que tenemos hoy de nuestras sociedades e instituciones. Por ejemplo, el Vaticano es probable que se convierta en museo o parque temático, con salones culturales multipropósitos y, en consonancia, tal vez el último papa, como ocurriera con el ciudadano Pu Yi en la “Ciudad Prohibida”, funja como especialista principal de sus jardines, u ocupe cualquier otro cargo verdaderamente significativo, enriquecedor y retribuyente (encuentro pocos oficios tan degradantes como el de hacerse anunciar en calidad de vicario de una deidad en este planeta, sin nada tangible que pueda corroborarlo: es el *summum* de los timos)... Lo mismo ocurrirá con las fronteras y aduanas, las oficinas emisoras de ciudadanía y pasaportes, los “sistemas de estrellas”, los listados de “los cien mejores de la centuria”, los líderes omniscientes, las casas y familias reales y las personalidades impolutas e intachables... Una gratificante ganancia neta que recibiremos las personas normales (no habrá “personas normadas”) de tal reducción de vulgares ridiculeces es que dejaremos de escuchar las engoladas voces de bufones incompetentes convenciéndonos de la infalibilidad y agudeza precognitiva del máximo dirigente de turno, o de que el “coeficiente de inteligencia” de A. Einstein sólo se equipara al de I. Newton, aunque solo sea por el hecho de que la humanidad, tras redefinir el calificativo de “inteligente” y enunciarlo acompañado únicamente de la frase circunstancial que responda a la interrogante “¿para qué?”, desechará sabiamente, por reductivo y excluyente, el famoso I.Q.

Es claro que muchas personas —en dependencia de su entorno cultural, su dominio de las ciencias, sus intereses particulares, sus inquietudes epistemológicas, su curiosidad científica, la familiarización que tengan con el lenguaje utilizado y los temas expuestos, y otras diversas variables— discreparán de los enunciados anteriores, y no pueden ser inculcados bajo ninguna condición por esa causa, algo que desafortunadamente ha ocurrido, y —en el caso de la Unión Soviética— con mucha fuerza, violencia, ruindades y prepotencia. (Baste recordar que en los albores de la llamada Era Moderna por la historiografía occidental, las personas rechazaron la mecánica celeste del sistema ptolemaico y la forma plana de la Tierra ante la fuerza de la razón y muy a pesar de la razón de la fuerza de los Zhdanovs y Berias de la época, todos los cuales fueron, a la larga, víctimas de sus circunstancias, afirmación que si bien no disculpa sus desmanes, sirve para alentar el estudio de los eventos que los propiciaron, a fin de evitarlos en el futuro.)

Por eso, tal vez lo más importante sea comprender que:

- 1) los pilares de esta perspectiva arquetípica que lentamente va conformándose ante nuestros ojos será admitida plenamente **solo** como parte de la nueva ideología dominante que exija, como reflejo superestructural condensado de su base económica, una sociedad construida racionalmente sobre relaciones socialistas de producción;
- 2) por razones imputables a la solidez que caracteriza las relaciones neuronales del cerebro humano (cualidad que explica en última instancia la —individualmente considerada— enorme “inercia” de la plástica —considerada como especie— mente humana), existe un desfase perceptible entre los rasgos más relevantes de la futura ideología dominante, mientras se acendran gradualmente en su desarrollo, y aquellos que rigen la mente de los edificadores de esas nuevas relaciones de producción. En otras palabras, como invariablemente ha ocurrido en el pasado, los futuros creadores de la nueva sociedad serán hijos renegados de la vieja.

El mundo que fenece se aferra a sus viejos cánones. Es natural: en ellos se

identifica, en ellos adquiere significación. Por su parte, los nuevos, esos que están llamados a adquirir plena vigencia cuando el cambio de relaciones sociales exija la formulación de su propia ideología dominante, apenas se están protocolizando, pero sus implicaciones visibles son de tal magnitud, que constituyen ya un verdadero reto para sus parteros.

En efecto, puesto que —de acuerdo con uno de los más justamente manidos resúmenes de K. Marx— ***“la humanidad se propone siempre únicamente los objetivos que puede alcanzar, [... estos objetivos] sólo brotan cuando ya se dan o, por lo menos, se están gestando, las condiciones materiales para su realización”***, nos vamos deslizando de la seguridad de nuestra importancia individual hacia una comprensión menos bucólica de nuestros actos y presuntas huellas, de la confianza en nuestras metas mundanales a la admisión de nuestra intrascendencia cosmogónica, de la atemporalidad de nuestras concepciones a la relativización de nuestros modelos, de la sacralización de nuestras precepciones a su identificación con prosaicos enlaces biológico-moleculares, de la certeza de propósitos que dicta la interpretación estrecha del determinismo causal a la incertidumbre de la acción competente, de la comodidad de una predestinación divina a la búsqueda y forja de objetivos profanos y pedestres: de creyentes despreocupados a humanos responsables.

No es fácil.

Una visión estrechamente dicotómica de esta aproximación, ineludible según sostengo, podría conducir a la falacia de que tales postulados, avenidos aparentalmente a una suerte de estado monacal generalizado (regido por la máxima de Benito de Nursia: *“ora et labora”*), son espiritualmente áridos y existencialmente reductores. En última instancia, no podemos modificar la verdad; lo único que está en nuestras manos es modular la percepción que individualmente tengamos de ella, dentro de cierto rango de valores, determinado, a su vez, por la propia realidad perceptible a cada cual. (El equivalente social de estos asertos es que ninguna formación económico-social, ningún régimen político o institución puede modificar la esencia de los problemas que enfrentan los seres humanos, esto es, la esencia de la realidad; les es dable, a lo sumo, incidir sobre el enfoque socializado de los mismos, la aproximación social a su solución, incluyendo modos, recursos, medios y métodos para hacerlo, todo lo cual es bastante.)

Por otra parte, es difícil aceptar que el amor de una persona hacia otra de la que de alguna forma dependa el amante es más intenso que el que expresa hacia otro ser un individuo independiente de él y con respecto a él autosuficiente, en virtud de su libérrima voluntad. No hay más brillo en la obra hecha en busca de blasón, méritos, riquezas, gloria, que en el fruto de la pasión humanizada y de la necesidad espiritual conquistada por el acto. ¿Bastarán esos íntimos resortes éticos para la acción fructuosa y valedera? Es muy cierto que sí, porque apoyar nuestras realizaciones en comodines especulativos, actuar por ignorancia, fe infundada y acrítica, autoengaño, temor a consecuencias humanas o divinas no enriquece nuestro espíritu: lo mutila, por mucha belleza que el cercenamiento encierre y magna heroicidad vele ese gesto. No se trata de objetar la espiritualidad humana, sino de conquistarla por el conocimiento. No hay rechazo donde reina la superación dialéctica.

De Natura Rerum

El presente párrafo puede no ser entendido en lo absoluto por el lector sin que se pierda el sentido del texto central, pero —en calidad de recurso didáctico— debo de decir que el teorema conocido como “de incompletitud” de Kurt Gödel se compone en realidad de dos partes: los teoremas llamados, respectivamente, “de completitud” y “de incompletitud”, propiamente dicho. El primer teorema establece que cualquier teoría matemática coherente (incontradictoria) que incluya los números naturales (0, 1, 2...) es incompleta, o sea, contiene proposiciones respecto de las cuales no puede demostrarse, **con las herramientas del lenguaje que ofrece esa axiomática**, que sean ciertas o falsas. Apoyado en la salvedad que apunta la afirmación hecha en negritas, el segundo teorema de Gödel afirma entonces que la coherencia de cualquier axiomática se encuentra únicamente en una axiomática (o nivel de lenguaje) superior, que incluya a la anterior, el cual —a su

vez— no será completo... La enunciación general que se hace de ambos es que existe una amplia clase de sistemas formales en los que son incompatibles su coherencia (incontrariedad) y su completitud (esto es, la cualidad de un sistema mínimo —vale decir, no redundante— de axiomas, de una teoría axiomática dada, de permitir deducir todos sus teoremas mediante razonamientos lógicos)...

El teorema de Gödel es en muchas formas de una importancia extraordinaria para las teorías pertinentes a los procesos cognitivos y, en particular, para las matemáticas actuales. Él explica, entre otras cosas, por qué los *hackers* o piratas informáticos son inevitables, o sea, afirma que jamás existirá un código **utilizable** que no pueda ser finalmente descifrado, y demuestra formalizadamente por qué los lenguajes, tal como ocurre con el proceso del conocimiento, se estructuran por “capas”, en las que la anterior sirve de soporte a la subsiguiente, resultado que ya había sido intuitivo y, en cierto modo, obtenido por diversas vías indirectas, aunque no fuera debidamente atendido por los ideólogos del socialismo soviético —tal vez por ramplón desconocimiento real—, mientras se ocupaban probablemente de algo más “práctico” como podría ser la producción de banderolas y de imágenes del líder para un desfile: ese descubrimiento se llamaba **dialektika**...

Sin embargo, como ocurre con tantísimas otras obras del intelecto humano, la inmensa mayoría de las personas de este mundo han vivido, y viven, sin conocer el teorema de Kurt Gödel (lo cual no está para nada mal). Algunas de ellas por momentos han sido felices, otras no alcanzan más que estados esporádicos de satisfacción, pero nadie en su sano juicio imputaría el descontento de ningún ser humano al grado de dominio que tenga de este teorema, o del argumento central de *Las Bodas de Figaro* mozartiana, o de la cría de yaks en las tribus mogolas de Genghis Khan. Nadie lo haría porque **el problema humano es otro**.

Aunque probablemente sea en principio imposible enunciar **exhaustivamente** “el problema humano” (por su definición misma, pero especialmente por el modo en que individualmente se percibe), la mayoría convendría en aceptar que, cualquiera que sea su formulación, él proviene del hecho de que nosotros, además de vivir, existimos. Dicho de otro modo, siendo una unidad indivisible psíquico-física, tenemos que satisfacer simultáneamente las apetencias que nos impone nuestro cuerpo, en tanto animales, y las exigencias —no menos potentes— de nuestro universo psíquico. Para lograr ambos propósitos, haciendo uso de una capacidad de recreación que nos es innata, hemos modificado el mundo circundante (con dudoso acierto, hasta el momento).

Así, como el resto de los seres del mundo animal, nosotros nacemos y finalmente morimos, pero —a diferencia— de ellos, **nosotros lo sabemos**.

Acerca de la relación “mente-cuerpo” (conocida también como “problema mente-cuerpo”) se ha acumulado, desde que Descartes se ocupara de ella por primera vez, una copiosa literatura, la mayor parte de la cual, empero, por especulativa, podría más servir para mostrar caminos fallidos que auténticas explicaciones o resultados positivos. Ese cuadro ha mejorado sustancialmente en los últimos años, a medida que las ciencias neurológicas han ido describiendo las bases biológicas y fisiológicas de los enlaces neuronales, proveedores en última instancia del sustrato material tanto de nuestras representaciones mentales como de nuestras capacidades cognitivas y características psicológicas y comportamentales.

Entre los resultados obtenidos más destacables de las ciencias del cerebro, en estas primeras etapas, resaltan las contundentes explicaciones sobre los procesos empáticos, base de la comprensión y el aprendizaje, y las representaciones mentales de la realidad.

Siempre hemos sabido que los seres humanos, y solo los seres humanos, nacemos potencialmente predispuestos a dudar (misma predisposición innata que explica la fe) y que esa tendencia ingénita nos convierte en *homo sapiens*, o sea, en seres ávidos de saber, en seres capaces de aprehender el mundo, de apropiarnos de él mediante nuestros atributos cognitivos. Siempre hemos sabido que desde el nacimiento somos seres tendientes a la socialización y que esa propensión nos capacita para amar a los demás, a nosotros mismos y al mundo circundante. De la misma forma, la experiencia y la historia humanas han

corroborado una y otra vez que nacemos predispuestos a la libertad y que esa vocación nos habilita para re-crear el mundo circundante. Siempre hemos sabido todo eso: ahora gradualmente nos acercamos a comprender cómo ocurre todo eso.

No es posible exagerar la importancia de ese conocimiento. Él nos acerca al vencimiento de la ira; al desbaste de incomprendiones; al crecimiento individual mediante la superación dialéctica de quiénes hemos sido y, de alguna manera, siempre somos, para estar en condiciones de apuntar hacia sí —y no hacia el entorno social circundante, como generalmente hacemos— la saeta del vector con que identificamos la voluntad propia; al establecimiento de límites confiables de nuestros compromisos y a la evaluación realista de su alcance, incluyendo las nociones de partidismo, lealtad, fidelidad, y similares. El dominio espontáneo, pero profundo, de estas verdades hizo exclamar a K. Marx que no era “marxista”: serlo le habría impedido autonegarse dialécticamente.

Tal vez lo más notable de esos resultados sea la comprensión que nos regalan acerca de que no hay caminos educativos, tanto menos coercitivos, que consigan conductas humanas, asumidas y permanentes, que nieguen o atenten contra esa realidad psico-neuronal de los seres humanos sin que —individualmente— se afecten profundamente, en todos los planos de su realidad psico-somática, y sin que —a nivel social— se opongan, finalmente, a las condiciones que provocan sus desequilibrios personales. De existir esos caminos, el esclavismo clásico habría logrado en los esclavos la aceptación pasiva de su condición hasta nuestros días... (Escalofría pensar qué habría podido ocurrir con los jóvenes alemanes tras la instauración del nazismo...)

De esta forma, los dos polos antagónicos *tangibles* que desde el psiquismo humano han regido la conducta individual de los seres humanos, acuciados ciertamente por las circunstancias objetivas del mundo en que han sido, se encuentran en las representaciones mentales, estructuras definidas por los enlaces neuronales, provenientes de la educación (concebida en su sentido más amplio) y las representaciones mentales que exigen los cambios de visión que genera la época.

A tenor con lo expuesto nos es dable asegurar que si no fuera, una vez más, por la consistencia y robustez de la humana urdimbre de enlaces neuronales, mismos que definen quiénes y cómo somos, nuestras tendencias potenciales ingénitas y nuestros poderes humanos, la simple inevitabilidad de nuestra muerte individual o como especie podría conducirnos, en una aproximación ingenua, a la relativización de la validez de cualquiera de nuestras acciones. En efecto, para qué luchar por no ser esclavos, si hemos de morir; qué cambia cuando la mujer violada se opone al violador, en lugar de “disfrutar” del sexo impuesto; qué nos puede importar que los ricos naden en la abundancia y los excesos, si son como nosotros mortales; es más, por qué los ricos mismos se desgastan en futilidades acumulativas de artículos perecederos, si de nada sirve cuánto ganen, cosmogómicamente hablando... Nadie puede asegurar cuánto más (o menos) habría podido vivir Espartaco de no haberse alzado en armas contra su condición de esclavo, y es difícil que a alguien afecten ahora —o “sienta” que lo hacen— las relaciones carnales entre el joven embajador romano Cayo Julio César y Nicomedes, el rey bitinio.

Ante esas realidades relativizamos no solo actos aislados y resultados de la creación humana, sino el propio camino tecnológico seguido por el género humano en su andar (¿desarrollo?, ¿progreso?), ya que la modificación de nuestro hábitat no puede modificar nuestro destino como especie... Quizás pueda él postergarse, para toda la humanidad o una parte del género humano, pero el hecho de que nos mudemos a otros universos, o dimensiones, con imágenes virtuales de nuestro pasado, incluso con todo nuestro pasado factual a cuestas, solo conseguiría aplazar el cumplimiento de una regularidad inexorable: ante la eternidad del tiempo y la fugacidad de la obra humana, nada hay más raigalmente intrascendente que la trascendencia.

Con igual ligereza podríamos enjuiciar todo fruto o empeño humano, incluyendo, desde luego, estructuras “primarias”, tales como la “nacionalidad”, “creencias religiosas” o “convicciones personalmente admitidas”, cuyo peso “externo” está determinado por el entorno en que se desarrolle el individuo de referencia.

Vale apuntar que la aplicación de un proceso semejante de extensión laxativa al campo de la ética y la axiología, como parte de una deformación de visiones postmodernas e interpretación tendenciosa de otras verdades, ha sido una de las características más notables de los neocons, sin que escapen a este discernimiento crítico polarizado las aspiraciones o proyecciones socialistas. ¿Para qué aventurarnos en tales transformaciones desconocidas para la praxis histórico-social de la mayoría de los países del planeta, si al final todos vamos a morir? Semejantes líneas discursivas y argumentales no pueden ser ignoradas, silenciadas y respondidas emocionalmente, conductas todas que denotan a la postre temores y falta de sólidos criterios: deben de ser contrapuestas en forma bien razonada.

Sin embargo, si tras un análisis menos apresurado nos convencemos individualmente (si lo hacemos) que ocurre exactamente lo contrario, ya que en vista de que es irrelevante cómo nos llegue la muerte o cuál sea su aspecto, y no existen evidencias ciertas que, de manera científica y unívoca, nos demuestren que gozaremos de “otra oportunidad”, parecería sensato sopesar con mucho juicio qué modo de vida se elige; en el plano social, no hay elección posible: en virtud de la humana condición, los ricos y poderosos jamás convencerán al resto para que permanentemente los amparen, cobijen y aplaudan sin protestar. Por lo tanto no es asunto de cuántos años gane cada cual para finalmente morir sin disyuntivas, sino de supervivencia humana y autodestrucción.

Es obvio que todos los procesos y factores asociados a la elección de un modo de vida más existencialmente enriquecedor, la preparación para asumirlo, la adecuación (dinámica, orgánica, multidireccional y dialéctica) de planos interactivos de la realidad a esos proyectos, etc., es una función directa del crecimiento cultural-espiritual de los seres humanos, en el que la educación tiene un papel no minimizable, puesto que los atributos conductuales de cualquier individuo socializado —visibles solo en interrelación social de este consigo mismo, con sus semejantes y con su entorno natural— son el resultado de la interacción entre factores concomitantes del medio social con las potencialidades ingénitas de este. Consecuentemente, todos los procesos sociales sin excepción, en tanto moduladores de la percepción individual de la realidad, son procesos educativos.

Ex Ducere Versus Intro Ducere

Es curioso cómo la corrupción fonética del verbo latino *ducere* produjo en varias lenguas europeas una familia tan numerosa de palabras tangencialmente relacionadas, entre las que se encuentran desde “doctor” hasta “ducto”, pasando por “dirigir”, “conductismo”, “inducción”, etc. Más curioso resulta aún cómo al término “educar”, introducido en las lenguas europeas en el siglo XV de “*ex-ducere*” (literalmente extraer, guiar al exterior, poner al descubierto, **llevar al exterior**), se le haya adjudicado, en la práctica social de la aplastante mayoría de esos mismos países, el contenido semántico casi exacto del opuesto de aquel en el latín original, esto es, “*intro ducere*”, cuya forma castellana es de una oposición tan concluyente como la de su raíz ancestral respecto al término que nos ocupa. Lo cierto es que por “educar” nadie, o *casi nadie*, entiende [ayudar a] “sacar al exterior” (“exteriorizar”, “exponer”, etc.), sino por el contrario “**llevar desde el exterior**” (poner en el interior), o sea, intro-ducir.

Los resultados de las ciencias de la enseñanza y del conocimiento a nuestra disposición actualmente parecen confirmar que los mejores frutos de los procesos educativos se obtienen mediante la aplicación dialéctica de enfoques y métodos *ex-ductivos* e *intro-ductivos*, enfatizando tal vez los primeros. (Acaso esa razón haya popularizado tanto, en tiempos recientes, los llamados “métodos problémicos” de enseñanza entre los pedagogos.)

Esta conclusión es congruente con el principio básico, intuitivamente vislumbrado y empíricamente admitido de antaño, aun de modo inconsciente, que rige todo verdadero proceso de cognición: la aplicación en él de algún sistema referencial, esto es, algunos elementos de diversa naturaleza que nos permitan orientarnos, colegir semejanzas y diferencias con el objeto sometido a aprehensión, permitírnos avanzar.

En efecto, nuestro aprendizaje ocurre mediante comparaciones con ciertos modelos, arquetipos, patrones. Los sistemas referenciales actúan como unidades de medida. Ellos incluyen conceptos anteriormente adquiridos, conocimientos aceptados, que tengan una imagen mental en nosotros, esto es, que previamente hayan dejado en la estructura neuronal de nuestros cerebros la representación mental correspondiente. (Se dice, no sin acierto, que los seres humanos inventaron el concepto “diablo” para entender y explicar lo que significaban, o intentaban significar, con el concepto “dios”.)

La capacidad misma de “percatarse de lo oculto tras las apariencias”, esa facultad de “leer entre” líneas (el *inter legere* de los latinos) a la que hoy —tras la corrupción fonética pertinente— llamamos “inteligencia”, parece asociarse a la mayor o menor habilidad que tenemos los humanos de vincular la realidad sensorialmente recibida en un momento dado con los sistemas referenciales más apropiados, de los que disponemos, para: o buscar en ellos una suerte de validación (corroboración cognitiva) de la información recibida, o **modificar los sistemas referenciales**, en consonancia con los nuevos conocimientos adquiridos. Por tanto, si aludiéramos a la asimilación de conceptos abstractos, por ejemplo, y nos limitáramos a este tipo de “inteligencia”, podríamos decir que las personas menos avezadas en este sentido se muestran menos críticas por ser de alguna manera más propensas a aceptar nociones absolutas, autosustentadas.

De hecho podemos asegurar que la utilización no enmascarada del recurso referencial palmario es quizás el rasgo distintivo más importante entre “manipulación” y “educación”. Así, mientras la manipulación opera con absolutos que se asumen axiomáticos o “en sí mismos evidentes”, lo que excluye la oportunidad a la confrontación, la educación estimula al educando a que realice la investigación más amplia posible de los referentes pertinentes.

La geometría de Euclides, misma que sirve de modelo al axiomatismo tan popular en las ciencias de nuestros días, se basa justamente en la deducción de propiedades de los objetos geométricos, la veracidad de las cuales se apoya en la consistencia que tengan respecto a ciertas verdades evidentes o “axiomas” que actúan como referencias. (Es muy probable que la arrogancia de la que sus contemporáneos acusaron a Renato Cartesius, el popular matemático y filósofo René Descartes, se basara en la convicción de este autor, validada por la posteridad, acerca de que el sistema geométrico referencial universal que había elaborado constituía una herramienta cognitiva de insustituible valor.)

Sin caer en los excesos metafísicos del padre católico Pierre Teilhard de Chardin, quien supuso que la herencia cultural humana se había substancializado y cobrado cuerpo en una capa espiritual que rodea el planeta, la *noosfera*, ni en los de Carl Gustav Jung, quien adjudicó al misterioso “*inconsciente colectivo*” la facultad de acumular el legado intangible de cualquier cultura, hasta convertirse en una especie de “sistema referencial primario” para las diferentes civilizaciones de la Tierra, hemos de reconocer que toda la experiencia y conocimientos atesorados por la historia humana constituyen la más poderosa referencia con que contamos, independientemente del grado de acierto que hoy nos parezca los acompaña.

Al tiempo que parecería imposible ignorar la evidencia casi tautológica y la relevancia práctica de estas afirmaciones dentro del contexto de nuestro interés, es preciso reconocer que la experiencia educativa (no instructiva, no manipuladora, sino genuinamente educativa) de los países de socialismo irreal no constituye un ejemplo enriquecedor positivo en ciertos aspectos.

Atenidos sabiamente al principio de que “filosofar exige primero una panza llena y, más tarde, las herramientas culturales mínimas que permitan hacerlo”, es muy cierto que los procesos socialistas, después —en orden de importancia, a la par en el tiempo— de abocarse a satisfacer las necesidades vivenciales de los seres humanos, han sido invariablemente protagonistas de un esfuerzo titánico, real y eficaz, por erradicar el analfabetismo y ofrecer acceso a la educación a todos los miembros de sus poblaciones, con el objetivo de dotarlos de instrumentos culturales imprescindibles para colocarlos en el camino de la solución de sus problemas existenciales, de acuerdo con las consideraciones

individuales que tengan acerca de estos. Simultáneamente, es también cierto que, bajo las banderas de la “lucha ideológica con el enemigo”, se han seguido políticas informativo-culturales francamente restrictivas, partiendo de la peregrina idea, ya vencida por el Renacimiento, de que se puede aprender, vívida y creativamente, sin contrapartes, sin referencias, como un absoluto. Toda batalla de ideas supone cuando menos un diálogo, no un monólogo.

No se puede enseñar a leer y a pensar, para luego constreñir el campo de lecturas y crear un espacio cerrado de “ideas permisibles”. Incluso las obras de los “clásicos” del marxismo (desatinado y malquerido epíteto, por enclaustrador y encartonador, tratándose de revolucionarios) fueron debidamente purgadas, no por “superclásicos” (de imposible existencia, toda vez que su probada eventualidad habría descalificado a los simples “clásicos”), como cabe esperar al sentido común, sino más bien por “sub-anti-clásicos”, por lo que el justo llamado que aquellos hicieron en su momento a “beber el saber de las fuentes originales” se trastocó en clamor estéril en el desierto.

Como toda revolución auténtica, la Revolución de Octubre fue literalmente preparada por una intensísima atmósfera cultural, sumamente rica y productiva. Es imposible inadvertir la música de Chaikovski, el teatro de Chéjov, los poetas simbolistas, los pintores constructivistas, el ballet ruso. Desde la invención de la radio por Alexandr Stepánovich Popóv el 7 de mayo de 1895 hasta la poesía de Blok y la religiosidad de George Ivánovich Gurdjieff, allí encontramos ciencia, arte, misticismo, inconformidades, búsquedas, inquietudes, pero sobre todo hay un gran humanismo prerrevolucionario, una profunda comprensión de los seres humanos, cuyo exponente máximo es, de acuerdo al criterio de múltiples entendidos, el conde Lev Tolstói. Uno puede comprender muy bien a Einstein cuando dijo que ningún autor había influido tanto en la formulación de la Teoría de la Relatividad como Dostoevski. Las universidades rusas de aquellos tiempos eran un hervidero de imaginación e ideas novedosas. Entre los primeros propaladores mundiales de la obra de Marx (todavía entonces simplemente “obra de Marx”, o sea, no marxismo de bolsillo o de cajón) estaba Plejánov. Lenin escribía con una profusión asombrosa, pero —lo más importante— **discutía** con toda pasión y acaloramiento con **numerosísimos** oponentes intelectuales de fecundidad encomiable acerca de economía, política, arte, ética, leyes. No es casual que el primer modelo de un universo en expansión que interpretaba correctamente las ecuaciones de la Teoría General de 1915 de Einstein haya sido elaborado por Alexandr Friedmann —sin Internet, Airbuses, ni Global TV— en la temprana época de 1922, ni tampoco lo es que muchas feraces elaboraciones de lógica polisémica o polivalente hayan visto la luz primera en los vastos espacios de aquel imperio eslavo... Como antes ocurriera con la figura de Luis XVI, la patética, ridícula y medieval imagen cortesana de los Romanóv, ante el esplendor de las ideas circulantes, primero, mucho antes del cañonazo del crucero "Aurora" que anunció el nacimiento de una nueva era, ya había fenecido, vía degradación merecida de todo el zarismo, en las mentes de las personas comunes.

Cualquiera que estudie sin conocimientos previos ni prejuicios las teorías sociales que sustentaban los eventos de aquel octubre juliano en el inabarcable territorio pan ruso convendrá que ellas proclamaban tácita y explícitamente el fin para siempre de la producción enajenada de ideas. Diríase que la verja del Palacio de Invierno se abría definitivamente al intelecto sin tutelaje de zares, dioses y capital, al libre esplendor del espíritu humano, al soñar sin límites, a la persecución desenfrenada de cotas culturales cada vez más altas. Ese camino ha de conducir inexcusablemente, se comprende, al reconocimiento de la identidad esencial de los humanos, a la aceptación sin barreras de sus diferencias culturales, a la sustitución de la tolerancia benigna y mojigata por la comprensión no restringida de la alteridad, a la superación del internacionalismo —erector inevitable de valladares entre la riqueza material y altruismo del dador y la mendicidad y externa pasividad del receptor— por la participación mancomunada sin apellidos ni miramientos, al reconocimiento de la realidad humana sin imposiciones y a la subsiguiente deducción de las normas éticas que le correspondieren para hacer con ellas las aproximaciones morales que

la época exigiere.

Nada de eso ocurrió. Por el contrario, nuevas prohibiciones —de aparente fundamentación epistemológica— fueron impuestas al saber académico y a las artes en general y, en particular, a las ciencias sociales, biológicas, cibernéticas: aunque hoy nos parezca increíblemente absurdo, en la Unión Soviética, entre otros lazos prescriptivos y condicionamientos formales, estaba prohibido estudiar todas las obras de la escuela psicoanalítica, gran parte de la producción antropológica y sociológica occidental, la genética moderna y ramas claves de las ciencias matemáticas teóricas y aplicadas. Eso condujo al contrasentido de que los mejores y más originales exegetas, expositores y complementadores del cuerpo teórico cuyo desarrollo inició Marx vivieran fuera de las fronteras de la Unión Soviética.

Así, los soviéticos no comenzaron a producir, como exigía Marx, para proveerse el máximo tiempo libre posible, sino en aras de la producción misma, tal como ocurre en el país de capitalismo menos sofisticado imaginable. Por su parte, el justo enunciado leninista de que el trabajo habría de convertirse ineludiblemente en la primera necesidad de las personas cuando ellas fueran **completamente libres** (vale decir, beneficiarias de un estado de abundancia material, espiritual y cognitiva) y este, el trabajo, fuera el marco realizador genuino de uno de los más importantes poderes de los seres humanos, el que revela su capacidad ingénita para re-crear el mundo, se comprendió de la forma más ingenua y vulgar posible como inexplicables ansias de **trabajo manual asalariado simple**. Las implicaciones éticas de semejante simplificación son obviamente descomunales: como era de todo punto imposible que quienes ejercieran labores tediosas, reiterativas, no creativas, fatigosas, acerca del curso de las cuales no tenían incidencia alguna (o sea, la aplastante mayoría de la población), sintieran su cumplimiento como su **principal necesidad**, los sentimientos de culpa perenne y ruindad espiritual no reformable estaban garantizados para todos.

Esa degradación inmisericorde de la perspectiva marxiana es quizás el evento social más desastroso que ha conocido la humanidad. No pocos esfuerzos han sido dedicados a señalar los gruesos errores que lo produjeron; algunos lo han hecho con mesura; otros (los más), pletóricos de secreta alegría; pocos, muy pocos han sido destinados a explicar satisfactoriamente esos dolorosos hechos. En relación con el tema que nos ocupa, lejos de hilvanar una larga retahíla de necedades crueles y disparates surrealistas, es más sugestivo preguntarse qué relación existe entre ese fenómeno y el confinamiento de ideas que tuvo lugar en la Unión Soviética. (Demasiadas veces han sido aducidas, totalmente fuera de contexto, las palabras de la carta que Lenin envió a Gorki el 15 de septiembre de 1919, en la que expresa: *“Las fuerzas intelectuales de los obreros y campesinos han de crecer y fortalecerse en la lucha por el derrocamiento de la burguesía y de sus auxiliares, los intelectuales, lacayos del capital, que se tienen por el cerebro de la nación. En verdad eso no es el cerebro, sino la mierda.”* [«Интеллектуальные силы рабочих и крестьян растут и крепнут в борьбе за свержение буржуазии и ее пособников, интеллигентиков, лакаев капитала, мнящих себя мозгом нации. На деле это не мозг, а говно.»])

Nadie podía imaginar entonces las terribles consecuencias que para las fuerzas progresistas de la humanidad y la izquierda actual tendrían los suicidios, muertes tempranas, defecciones, exilios, internamientos, disidencias y represiones de un grupo importante de artistas, inventores, científicos, e intelectuales civiles y militares en general, no tanto por la relevancia misma de estos creadores, individualmente considerados (sin desdorar a ninguno, ni desnaturalizar sus sufrimientos humanos), como por el modelo de trato (mando/obediencia) que este enfoque estableció para la posteridad en calidad de **relación necesaria** entre las vanguardias intelectual y política de una sociedad socialista.

Aquí no se trata, desde luego, de suponer que las represiones a los intelectuales, por sí mismas, hayan implosionado a la URSS: demasiados regímenes funcionan gracias a eso en todo el mundo, con no poca estabilidad, tanto más en nuestra actualidad llena de fundamentalismos. De lo que se trata es del proceso, instaurado y triunfal, de retención de las ideas, de coerción del pensamiento, de restricción de la creatividad, de encauzamiento

forzoso del discurrir, de la paralización y enrarecimiento de los análisis, de la supresión de la discusión, del castigo generalizado al disentimiento, de la creación de espacios (actos y personajes) fuera del escrutinio crítico de la sociedad, de la distorsión sistemática de la realidad a favor del voluntarismo, de la implantación de la apatía, el gregarismo, el mimetismo, la suspicacia, la doblez política y el inmovilismo, en una sociedad cuya existencia dependía —¡justa y precisamente!— de que nada de eso hubiera ocurrido, porque fue la primera sociedad humana —y en su momento, la única— **genuinamente creada** (diseñada, proyectada, construida).

En otras palabras, la perenne e inevitable oposición entre poder y pensamiento, propia de las sociedades clasistas, debía de haber quedado superada para siempre en el primer país socialista de la Tierra, de haber sido este socialismo, real, esto es, de haber sido implantado un régimen en el que todos fueran *de facto* (no *de jure*) intelectuales (preparados, cultos, críticos, creativos, entregados, apasionados, disciplinados y desobedientes) y todos hubieran compartido cuotas similares de poder político.

Es muy posible que, entre otros factores, la suma de: a) la incultura de Stalin (generatriz de su desconfianza), personaje cuyas dos tesis básicas (la “agudización creciente de la lucha de clases a medida que avanza la construcción del socialismo” que justificaba las represiones, y la “posibilidad de construcción del socialismo y del comunismo en un solo país” que reforzó el aislamiento interno y externo del estado) fueron fatales para el movimiento comunista internacional; b) el terror desatado contra las mentes más lúcidas y críticas que hizo emerger una cúpula política de personeros anodinos, complacientes y cobardes; c) el ideario mecanicista imperante en la época, como resultado del cual se establecían nexos biunívocos ingenuos entre psiquis, soma y conducta (tanto los campos de concentración soviéticos como nazis partían de una comprensión individual, *ahistórica* y estrecha del apotegma “el trabajo hace al hombre”, entendido en el sentido de que quien se pinta los labios todos los días a la larga se feminiza); d) la desafección cierta (esto es, manifestada en acciones contrarrevolucionarias de terrorismo y sabotaje) de parte de la intelectualidad rusa hacia la revolución; e) la actividad de las agencias de inteligencia enemigas de la URSS en la época; f) la esperanza de que los nuevos intelectuales engendrados por la ulterior masificación de la cultura fueran a la vez muy sabios y muy obedientes (algo paradójico, quimérico y completamente imposible), se coligaran, vía el absurdo culto a la personalidad (quien admite que haya alguien ontológicamente superior a él como para venerarle sin críticas posibles, forzosamente cree que hay algunos a él inferiores), hasta sustituir instrucción por propaganda y educación por adoctrinamiento. Estos son temas que, naturalmente, exigen estudios más profundos. Para estimularlos, vale la pena preguntarse y explorar cuánto influyó en lo ocurrido en la URSS la irresolución de las desavenencias e incordios entre pensamiento y poder que allí existieron.

La importancia de las elites intelectuales, como *summum* y esencia del grupo social de que se trate, era bien conocida por los nazis: poco antes de la invasión a Polonia de 1941, fueron creados, adscritos al RSHA (Oficina de Seguridad del Reich) y bajo el control directo de Reinhard Heydrich, seis unidades de los *Einsatzgruppen*, grupos escogidos de exterminio, cuyo fin era eliminar, además de a los judíos, a la elite cultural y política del país invadido, entre los que contaban a aristócratas nacionalistas, líderes políticos y religiosos, comerciantes, maestros, médicos, artistas, escritores, músicos, pintores, científicos, profesores, etc.

Este tipo de “acuerdo forzado” entre partes tan dispares respecto al poder, se asentaba, una vez más, en una comprensión penosamente estrecha, mecánica y anti-dialéctica —mejor que metafísica— del universo integral humano. Se entendía, como hace suponer la idea conceptual subyacente en la creación de los “Campos de Trabajo”, de acuerdo a la denominación que recibiera la institución estatal destinada a dirigirlos, la celeberrima e infausta GULAG [del ruso ГУЛАГ: Главное Управление **Исправительно-Трудовых Лагерьей**, “Dirección General de Campos de Trabajos **Correctivos** ”)], que los nexos objetivamente existentes entre los tres vórtices rectores del *poliedro humano* (con el que simbólicamente, salvando las necesarias reducciones, podría representarse la realidad

humana socializada), soma-psiquis-conducta, existía una relación lineal, además de biyectiva, de suerte que la simple modificación de la conducta, por ejemplo, podría provocar cambios apreciables del psiquismo. Así, las personas obligadas a realizar trabajos manuales por períodos prolongados de tiempo se convertirían automáticamente en “hombres nuevos”. (Esa misma estúpida concepción reflejaron los creadores nazis de los campos de concentración cuando hicieron erigir a la entrada de los mismos un cartel metálico con la siguiente frase: *Die Arbeit macht Menschen [El trabajo hace al Hombre]*...). Habría que agregar que, en su momento, esa clase de enfoques y procedimientos formativos-pedagógicos se consideró “superior” y “más científico” que el simple castigo corporal. Semejantes infundadas creencias han perdurado en muchos sitios y ambientes hasta nuestros días.

Ningún soviético vivía en la indigencia ni en la extrema pobreza: una gran parte de la población vivía en la pobreza o suficiencia, una porción menor lo hacía en la abundancia, y quizás alguna exigua minoría, en el exceso. Eso significa exactamente que sus problemas vivenciales estaban resueltos, por lo que no fueron las carencias materiales las que les impidieron la búsqueda individual del sentido de sus existencias. ¿Qué les faltó? ¿Qué era verdaderamente indigente en el espacio soviético? Su universo de ideas.

Esta afirmación nos enfrenta de inmediato con varias interrogantes. En primer lugar ella contradice en apariencia la universalización de la instrucción instaurada en el estado soviético y los enormes y ciertos esfuerzos culturales hechos en las regiones más remotas del inmenso país, con las nacionalidades más diversas. En segundo lugar, dicho así parecería que comparativamente las relaciones entre poder y pensamiento en el mundo del capital fueron, en el período en que coincidieron ambos sistemas, mucho más cordiales. En tercer lugar habría que preguntarse cómo evitar en el futuro eso que podría con propiedad ser llamado “indigencia intelectual”.

Efectivamente, de todos es conocido que las energías dispensadas por el estado soviético a la instrucción y la enseñanza fueron colosales y sus logros en este campo, enormes: de un estado feudal atrasado, los soviéticos se irguieron literalmente hasta las estrellas.

Con el debilitamiento de la fuerte intelectualidad pre-soviética, hasta su conversión en “sierva-esporádicamente-incómoda” del poder político, el sistema naciente perdió la oportunidad histórica de forjar un referente intelectual, artístico, cosmovisivo, cognitivo, humanístico y científico absolutamente imprescindible para la posteridad, a partir del cual los soviéticos pudieran crecer como personas y asumir sus decisiones sin amparos, coyundas ni presiones.

El capitalismo, imposibilitado de ofrecer igualdad ciudadana y discriminación individual (como debía de ocurrir en un sistema —tejido, entramado, orden, etc.— social **racional**, e inclusive como fuera prometido por el lema precursor burgués de imposible cumplimiento clasista “Libertad, Igualdad, Fraternidad”), necesita homogeneizar a todos los miembros de sus sociedades, mediante su conversión en consumidores permanentemente insatisfechos, y eso es comprensiblemente lo que hace. Consecuentemente, el capitalismo **es** un sistema situado en modo cierto por encima de las personas abarcadas por sus complejos lazos relacionales: amos y asalariados convergen por las tardes en los mercados, mientras por las mañanas reproducen las circunstancias sesgadas que reavivan el ritual. Contrariamente, el socialismo, más que una estructura, **es** sus individuos: sin ellos, sin la participación consciente y voluntaria de todos, como demostró la implosión del *locus* soviético, no hay sistema.

Dicho así se hace evidente que el socialismo no es un estado, no es siquiera un ordenamiento definitivo (final, estático, incólume), es un convenio consensuado de relaciones; semejaría una “estructura” solo en el caso en que se admitiera su “autocomposición”, una forma en la que cada parte es sus individuos, a una, formadores y acreedores: ellos son el sistema.

Por tanto —a diferencia del capitalismo, que se “enriquece”— el socialismo no se “engrandece” (por eso puede desvanecerse tan rápidamente); se consolida solo como

consecuencia del enaltecimiento (esplendor, crecimiento humano individual) de sus miembros-sistemas. Para el socialismo la homogenización de las personas, su catalogación mediante parámetros fijos y la supuesta previsión de comportamientos, valor ciudadano y características éticas de las personas (incluyendo “fidelidad a la causa”, anteposición de los intereses sociales sobre los personales, conducta implacable ante lo mal hecho e ineludible ante el enemigo, etc.) sobre la base de los análisis “científicos” de los resultados brindados por esos procesos **es un suicidio**.

La sociedad pre-octubrina no conoció la explosión tecnológica de la parafernalia propagandística a que llegó más tarde el capitalismo consumista en su afán de imponer sus mercancías; en cualquier caso, semejante promoción nunca habría formado parte de las ediciones publicitarias soviéticas, y está bien que no ocurriera. También fue correcto desterrar para siempre de las páginas publicadas bajo el socialismo la llamada “Crónica Roja”; las novedades de la farándula; las noticias del corazón y los chismes de las vidas privadas de los personajes públicos; la literatura pornográfica, los libelos rosas; las proclamas extremistas de sexistas, antisemitas, racistas, fundamentalistas religiosos... No obstante, sustituir todo eso por la literatura catalogada dentro del “realismo socialista” —arte que, honrosas y raras excepciones incluidas, resulta eminentemente didáctico, esquemático, de realidades dicotómicas y desenlaces previsibles, en que siempre, además de moraleja, encontramos apología al héroe y comprensión a sus respuestas desmedidas y violentas, como manifestación de su “lealtad a los principios” y “espíritu ineludible ante los enemigos de clase”— más que un desatino cultural fue un suicidio intelectual.

Por eso no asombra que los exámenes de dominio de idiomas y de marxismo, obligatorios para obtener un doctorado, fueran completamente formales: nadie podía decir que el libro de Lenin “Materialismo y Empirocriticismo” es un tratado filosófico con temas discutibles (al menos por el hecho de que, al margen de otras virtudes, en él Lenin da una “definición” todo abarcadora de “materia”, la cual queda así finalmente reducida a “cosa especificada”), ni podía acceder a literatura occidental en la URSS, so pena de verse acusado de ser admirador de las ciencias y del modo de vida occidentales.

Tal vez uno de los fenómenos peor comprendidos por los ideólogos del socialismo irreal haya sido el fenómeno de las **crisis existenciales**. Esta incompreensión es hija de la visión materialista-mecanicista, bastante pedestre, acerca de los seres humanos que niega la objetividad de su subjetividad. Desde esta estrecha posición se deduce que a los seres humanos les basta con cubrir sus exigencias somáticas, mientras que sus requerimientos culturales son —por secundarios— permanentemente postergables. Así, por ejemplo, el acceso a la educación es contemplado más como un logro del sistema (lo cual es una afirmación cierta en comparación con el capitalismo), o una dádiva de un estado paternalista, que como un derecho.

Parece evidente que el único camino seguro para superar las crisis existenciales de las personas es su activismo creativo: social, cultural, científico, artístico. Todo eso exige información y posibilidades de participación, y presupone protagonismo y horizontalidad. Solo el socialismo puede asegurar para todos el vencimiento de esos deplorables estados de desvalimiento individual o pérdida de objetivos.

Hoy hay jóvenes rusos que se preguntan, con estupor y honestidad, por qué había tantas prohibiciones insensatas en la URSS relacionadas con la cultura y la ideología, por qué las autoridades de entonces temían tanto y tan infundadamente las discusiones, las discrepancias, las revelaciones de diferentes hechos y contextos. Los ideólogos oficialistas del socialismo irreal no supusieron que al vencer la contradicción principal de la época entre trabajo y capital, como era ella atinadamente conocida en los círculos marxistas, se creaban las condiciones para superar dialécticamente todas las otras injusticias y contrasentidos, lo cual hubiera sido absolutamente cabal y exacto, sino que esas otras muchísimas complejidades humanas o bien dejaban de serlo automáticamente por arte de *birlibirloque* o bien debían de comenzar a desaparecer por sí mismas. De esta manera, por ejemplo, las mujeres soviéticas eran tanto más iguales a los hombres cuanto más y mejor los suplantarán en tareas que exigían mucha fuerza y riesgos, lo cual significa en propiedad

que los hombres sí son superiores a las mujeres, que sí hay tareas de hombres y de mujeres, y que las mujeres tienen que ganarse la igualdad con los hombres en **su** campo, que es donde se demuestran esas cosas.

A juzgar por los temas tratados públicamente en la Unión Soviética, tanto por los especialistas de la cultura y de las ciencias como por los ciudadanos comunes, allí no existían discriminados por el color de la piel, ni conflictos con los homosexuales (no había homosexualismo), ni minorías étnicas rechazadas, ni amantes del boato y la pacotilla, ni abortos clandestinos, ni delincuencia social, ni drogadicción, ni prostitución, ni corrupción administrativa, ni cuadros dirigentes que se gastaban “sus ahorros” (provenientes de los fondos destinados a “comisiones de servicio”) en comprar baratijas ostentosas para sus autos particulares, ni funcionarios que despreciaban a quienes se desempeñaban en cargos subalternos, ni desertaban en el extranjero los representantes del poder, ni se inventaban viajes innecesarios a Suecia y Finlandia para discutir con potentados de firmas extranjeras en el terreno, ni se lucraba con los premios de vacaciones ni con las oportunidades de descanso en lugares especiales destinados a vanguardias y dirigentes, ni se temía a la muerte, ni a la soledad, ni había gangsterismo, ni intimidación social, ni las mujeres a las que la guerra había negado merecida compañía masculina se paseaban ansiosas mendigando cópula carnal a toda costa (si no buscaban consuelo con el “camarada *Спирт*” [*Spirt*, Alcohol]). Tampoco había problemas legales, ni laborales, ni productivos, ni privilegios inmerecidos, ni juicios enrarecidos, ni fraudes académicos, ni oportunismos científicos, ni dudosas dispensas del erario público, ni carencias materiales motivadas con deliberación, ni quejas fundadas contra los poderes administrativos, ni desafecciones manifiestas, ni niños con problemas conductuales, ni religiosos excluidos, ni aplastados por el entorno social, ni desclasados gozosos, ni aduladores sin principios, ni fanáticos desenfrenados, ni incompetentes poderosos, ni minusválidos con privaciones, ni personas atrapadas en el aburrimiento y la desolación, ni alumnos aprobados por dinero, ni encumbramientos implantados, ni transgresiones vergonzosas de la ley, ni hijos e hijas de papa y mamá, ni aplicaciones erróneas de castigos, ni seres inefablemente ansiosos, ni amenazas veladas a los quejosos, ni buscadores infatigables de verdades esotéricas, ni venganzas disimuladas contra los molestos, ni violaciones sexuales contra menores, ni tráfico de personas, ni dificultades ecológicas, ni intrigas palaciegas, ni desaparecidos, ni abusos de autoridad, ni puntos oscuros de la historia nacional, ni violencia familiar, ni alcoholismo socializado, ni trato desconsiderado contra los animales, ni prohibiciones en el arte, ni prejuicios sexuales, ni celos, ni atavismos comportamentales, ni adulterio, ni opiniones acerca del sistema de enseñanza, ni parejas abiertas, ni envidias y zancadillas laborales, ni relaciones maritales forzadas, ni crímenes horrendos, ni criterios negativos sobre el sistema penitenciario, ni asesinatos pasionales, ni enfermedades intratables, ni enfermos sin tratamiento...

Al no conocerse ninguno de los cuadros sociales mencionados en la Unión Soviética, lugar donde todos los obreros trabajaban con enorme placer y las vacas daban leche como si fueran mecanismos de relojería, el socialismo se vio obligado a dejar en manos del capitalismo la solución de esos problemas, pero se cuidó con tal actitud de ser acusado de haberlos tenido, y de haber aportado soluciones que la burguesía mundial habría reputado fácilmente de **inmorales**.

Una vez más la práctica social se ha encargado de demostrar que no es posible vencer una idea: sólo es posible superarla. Tampoco pueden suprimirse si ellas mismas no se agotan, desvanecen y refunden en su negación dialéctica.

De Natura Humanum

La interpretación de las evidencias parece aconsejar que hubiera que concluir que la desafección de los soviéticos por su sistema encontró en la existencia del Tercer Mundo causas objetivas, mientras la desatención de sus problemas existenciales, la carencia de metas cotidianas y paradigmáticas individualmente definidas, unida a un desarrollo cultural sesgado y deforme la alimentaron en el plano subjetivo. Las personas no somos reses, la

satisfacción —productivamente evaluable— de las cuales se consigue con una adecuada alimentación e inmunización oportuna contra enfermedades.

Se diría que las evidencias permiten concluir que si las necesidades materiales de los seres humanos, relacionadas con sus exigencias vivenciales, son relativamente fáciles de satisfacer, las apetencias de su universo espiritual, especialmente las cognitivas, son insaciables. (Como dicen los que saben: es más fácil “matar” el hambre que el apetito, y aún más fácil, ¡matar a los hambrientos!). Por eso, es verdad que una revolución vale cuanto se defiende, mas habría que agregar que perdura si es capaz de edificar un paradigma de vida y existencia aceptable para sus gestores, tan pleno como sea posible, desde el punto de vista dialéctico, epocal, y económico-nacional (o geográfico-incluyente, si consideramos alianzas estratégicas como las del ALBA, como las de la ex-URSS, como la que debió de ser el Consejo de Ayuda Mutua Económica del “campo socialista”, o las que se pretenden sean las denominadas Sur-Sur), que incluyera no solo —ni primordialmente— la solución de sus acuciantes problemas vivenciales, sino la creación de posibilidades de realización individual, la potenciación de las capacidades innatas re-creativas de cada cual, la definición personal de opciones, la participación activa de todos en la ejecución del presente y diseño del futuro comunes, la estructuración —en fin— de metas individuales socialistas y espiritualmente enriquecedoras. No es tan complicado destruir una estructura social, por defectuosa que sea, como edificar cualquier otra pretendidamente superior.

Así, tras la debacle soviética, vivimos el triste triunfo global del consumismo. En esta época de imbecilización generalizada y de banalización de los conceptos impera el argumento de que *solo en el exceso (por definición, apriorísticamente ilimitado, además) adquiere sentido, ante cada individuo humano y para él, su propia existencia*, de manera que una importante mayoría de la humanidad, incluyendo aquellos que disfrutaban de una abundancia prácticamente desmedida, vive en persecución de las posibilidades que le conducirían a “los excesos”, y hacen de esta caza el *Leitmotiv* de sus vidas.

Simultáneamente, la transnacionalización de la producción y, principalmente, la extensión irrefrenable de la manipulación global han dado lugar a un fenómeno nuevo en la historia humana: la globalización, complejo proceso de internacionalización de escalas de valores y —sobre todo— de valoraciones, gracias a la cual, en virtud de la aceleración prácticamente incontrolada del desarrollo tecnológico, se observa no sólo la internacionalización de los medios y del modo de producción (algo situado en la esfera de los “elementos objetivos”), sino la de patrones sociales conductuales y de otro tipo, bien centrados en el campo de la espiritualidad humana. Si bien la internacionalización de dispositivos (equipos, maquinarias,) y tecnologías, así como la de sus modos de empleo podría ser *ya*, dado el curso tecnológico seguido por el desarrollo de la humanidad, **históricamente inevitable**, la mundialización de estereotipos conductuales y aproximaciones subjetivas a la realidad **seguramente** no lo es. Lo primero podría ser beneficioso en términos de impulsar el desarrollo; lo segundo, francamente dañino, porque **frenaría el desarrollo mismo** al negarle toda una muy rica multiplicidad de visiones: la unanimidad absoluta, siempre forzosa, conduce indefectiblemente al estancamiento; sólo la diversidad propicia el crecimiento.

Mientras la izquierda mundial, tras el descalabro parcial —pero significativo— sufrido, repiensa sus experiencias, repasa sus preceptos fundacionales mínimos, reagrupa bríos, reconsidera situaciones coyunturales y se prepara a enarbolar sus nuevas aspiraciones históricas, resulta aterrador que el pensamiento manifiesto y divulgado (descontando ese otro que hoy todavía encuentra muy parca difusión) de la —diríase— mayoría de los seres humanos haya quedado circunscrito a la inmediatez más ridícula...

¿Qué somos sin sueños? ¿Qué somos sin diseño de futuro? ¿Qué somos sin aspiraciones de la instauración definitiva del amor universal (hablo, ¡faltaba más!, del amor militante, del amor asumido, del amor consciente, del “amor-a-pesar-de-todo” edificado por la libérrima voluntad de seres obcecada y groseramente desobedientes, que no del “calentón de paso”, del guaseo melindroso, del coqueteo de bellos torsos, ni del amor platónico y novelesco sin raíces, pesadumbres y textura)? ¿En qué nos hemos convertido si

comprimimos nuestros anhelos a ser usufructuarios de una determinada tarjeta de crédito, miembros de un club prestigioso, poseedores de algunas prendas de “marca”, turistas de sitios bien publicitados, visitantes de rincones exclusivos y lujosos, consumidores de *best sellers* y premios *Oscars*? ¿A qué fue reducido el magnífico espíritu del ser que en su momento desafió la historia humana toda, y se atrevió a cimentar —aun cuando no lo consiguiera plenamente— las bases de relaciones humanas en las que prevaleciera el apotegma expresado por José Martí de que, ante la sociedad, ha de bastar siempre y simplemente la condición humana? ¿Cómo es posible que dejemos en las manos ciegas de los mezquinos intereses del mercado el proyecto de nuestras extensas e intensas relaciones interhumanas —trátase de individuos, clases, grupos o poblaciones— y, con ello, de todo el porvenir de nuestra especie? ¿El mercado establece que, en aras de satisfacer la profana avidez de los grupos privilegiados de poder, es imprescindible la destrucción del entorno, cuyo resultado colateral es nuestra autodestrucción, y habremos de acatar mansamente ese *diktat*, sin rebelarnos? ¿O acaso creeremos al idiota senador estadounidense que declaró impertérrito que el día que muera el último árbol sobre la faz de este planeta, vendrá a él nuevamente dios para repoblarlo íntegramente?

Las tozudas ciencias naturales no se cansan de aseverar que somos apenas una mancomunidad de homínidos sofisticados que, para enfrentar la asumida certeza de la temporalidad de cada quien, aguijoneados por el ansia (ineludible por instintiva, paliativa ante la percepción personal, plenamente inextricable siempre) de lograr —al menos— nuestra perpetuidad en tanto especie, hemos diseñado y erigido un universo, paralelo al natural, en el que nuestra esencialidad cobra refinada concreción; en él tenemos historia, y somos causales y efectivos respecto a sus eventos. ¿Consentiremos que nos graben añoranzas, como heridas lacerantes inflingidas en la leve espiritualidad que nos identifica, por vegetar en espacios aparentes donde quienes sufren no existen?... Espeluzna la casi real impotencia y la aparentemente idílica indiferencia de las mayorías.

La izquierda, entre tanto, se ha estado fértilmente refundando.
Cuba resiste.